BOLIVAR

JORGE CAMPOS



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



BOLIVAR

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

BOLIVAR

JORGE CAMPOS

Prólogo

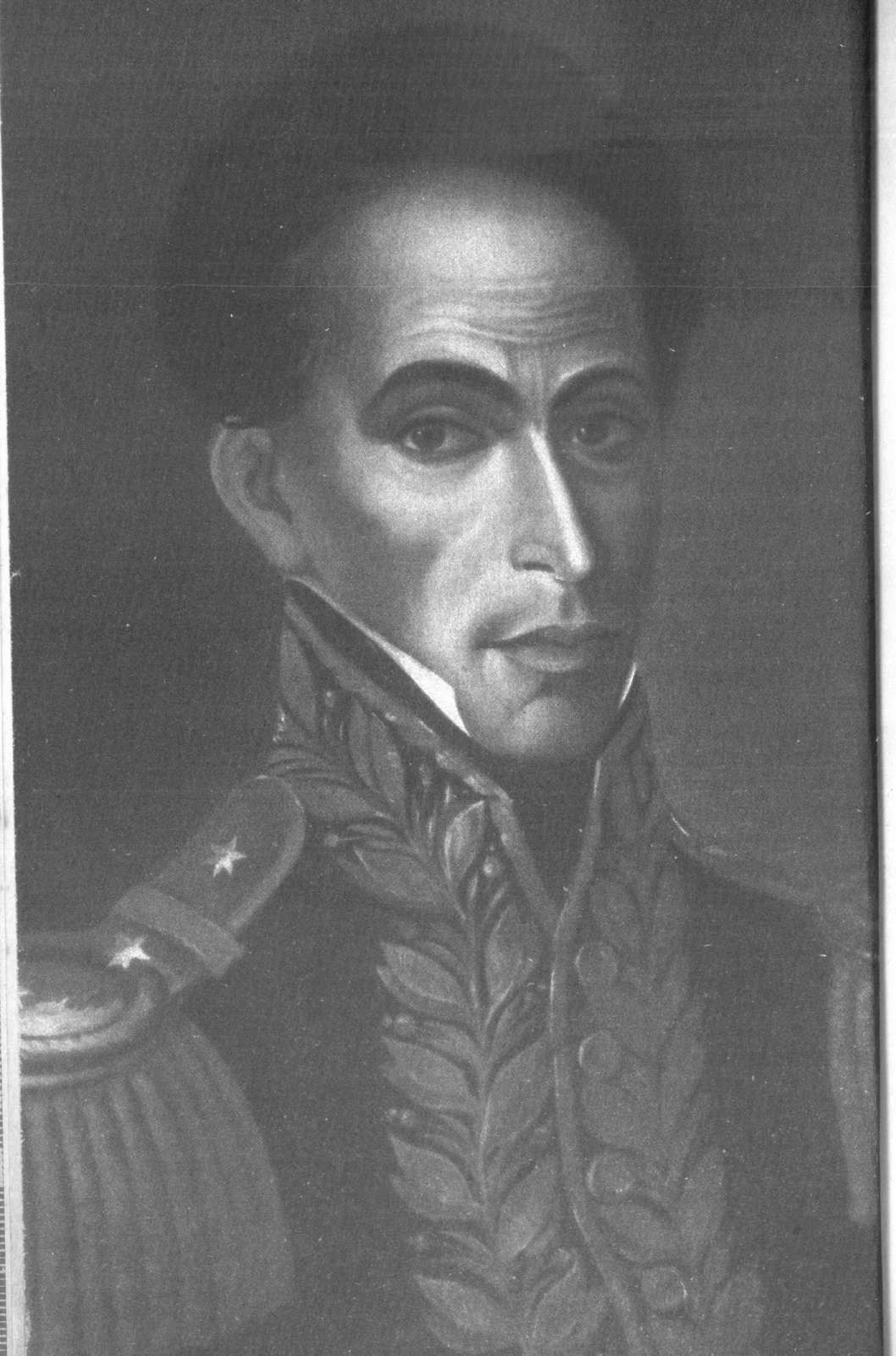
MANUEL PEREZ VILA

SALVAT

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Ediciones Destino.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8166-3
Depósito legal: NA-1053-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 · Barcelona
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985
Printed in Spain

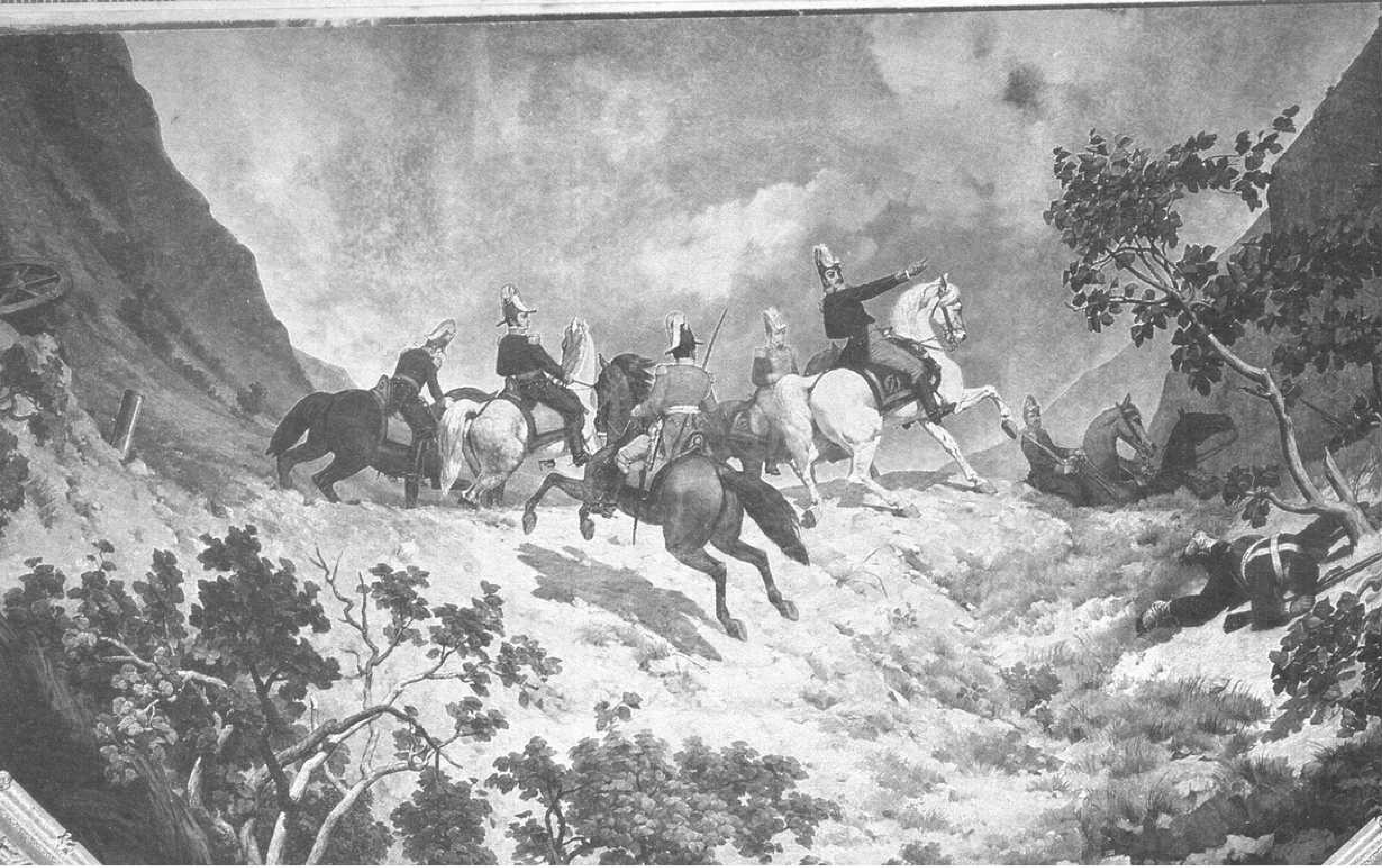
Indice



Simón Bolívar (1783-1830)

Simón Bolívar ha pasado a la historia con el sobrenombre de el Libertador merced al decisivo papel que desempeñó en la independencia de varias naciones sudamericanas. Nacido en Caracas en 1783, tras ingresar en el ejército completó su formación en España y viajó por Francia e Italia, donde prometió solemnemente luchar sin descanso hasta liberar a su patria del colonialismo español. De vuelta a su país, participó activamente en la proclamación de la independencia de Venezuela (1811) y en la expansión de los ideales independentistas por la América española. Sus importantes victorias frente a las fuerzas coloniales afianzaron su liderazgo político y militar, y en 1817 fue nombrado jefe supremo de la República de Venezuela. En 1819 tomó Bogotá y patrocinó la unión de los territorios independizados en la llamada República de Colombia. Dos años más tarde, su decisiva victoria en Carabobo consolidó la independencia venezolana, a la que siguió la liberación de Perú, Ecuador y Bolivia, procesos todos en los que el Libertador intervino destacadamente, tanto en el terreno militar como en el de la creación de leyes constitucionales. A partir de 1826, Bolívar concentró sus esfuerzos en lograr la unidad de las nuevas repúblicas y una estrecha colaboración con los restantes países de la América hispana, objetivos primordiales, aunque frustrados, de su ideario político. En los últimos años de su vida tuvo que hacer frente a numerosas insurrecciones y, tras renunciar al poder, murió en la hacienda de San Pedro Alejandrino en 1830.

◄ *Retrato de Simón Bolívar pintado en Quito por Antonio Salas, el año 1829.*



Prólogo

El legado histórico de Bolívar

por ***Manuel Pérez Vila***

Simón Bolívar nace en Caracas, Venezuela, el 24 de julio de 1783. Muere en la hacienda de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, Colombia, el 17 de diciembre de 1830. Breve fue su vida: apenas cuarenta y siete años y medio. Pero inmensa y perdurable la obra realizada: la independencia directa de Venezuela y de otras cinco naciones –los actuales países bolivarianos– y la consolidación definitiva de la emancipación política de la América Hispana continental.

Fue un venezolano de talla universal. Un hombre de pensamiento y de acción –guerrero, estadista, escritor, fundador de naciones– que supo interpretar los anhelos de libertad e igualdad de los pueblos de su América y conducirlos a la victoria contra el anticuado sistema colonial. Pues la grandeza del dirigente está en función directa de su compenetración con el pueblo, cuya participación es decisiva para el logro de las profundas transformaciones históricas. Y la independencia de Hispanoamérica fue una de éstas.

A lo largo de la existencia de Bolívar son claramente discernibles la unidad y la continuidad esenciales de su personalidad y de sus propósitos. Es, sin embargo, posible distinguir tres grandes etapas que se funden y complementan sin anularse recíprocamente. La del joven que busca su rumbo y que luego se prepara para la acción asimilando experiencias y conocimientos durante sus viajes a Europa y a Estados Unidos, y a través de sus lecturas y sus estudios; esa etapa alcanza su momento estelar con el juramento de Roma en 1805 y llega hasta la misión diplomática de 1810. La del guerrero, el político, el estadista, etapa que cubre los años de lucha armada e ideológica, desde el discurso de 1811 en la Sociedad Patriótica de Caracas hasta las batallas de Junín y de Ayacucho en

◀ *Simón Bolívar, junto con su Estado Mayor, dirige la batalla de Carabobo, 24 de junio de 1821.*

1824. Viene luego la del revolucionario constructor, que con los pies bien afincados en la realidad americana y con amplios conocimientos de la historia y del mundo contemporáneo, emprende a partir de 1825 profundas transformaciones sociales y a través del Congreso de Panamá promueve la integración hispanoamericana; son esfuerzos que no fructifican entonces, pero que señalan caminos para el porvenir.

La acción de Simón Bolívar se sitúa así en el marco de la gran revolución que sacude al mundo occidental entre 1775 y 1830, fomentada por el espíritu de la Ilustración, el anticolonialismo, el surgir de las nacionalidades, la proclamación de los Derechos del Hombre, la tolerancia religiosa, el liberalismo, el individualismo romántico, y que en el ámbito económico-social se refleja en el ascenso de las clases medias y en la primera revolución industrial. Con Bolívar la América independiente vibra al ritmo del mundo contemporáneo y se convierte en uno de los protagonistas de la historia universal.

En Roma, en agosto de 1805, cuando sólo contaba veintidós años, juró ante Simón Rodríguez, su maestro y amigo, con quien compartía los ideales de libertad y de justicia social, que no daría descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta que hubiera logrado romper las cadenas que mantenían en sujeción colonial a su patria. Una patria que para ellos empezaba en la Venezuela natal y se extendía a todas las regiones de habla hispana del continente. Y Bolívar cumplió su promesa. Por esto, porque supo convertir sus palabras en hechos, sus compatriotas de Venezuela, a quienes había guiado a la lucha, le otorgaron en 1813, después de sus primeras victorias, el título de Libertador. Un título que él llevó con sereno orgullo y dignidad indoblegable hasta el fin de sus días. Le llamaron el Libertador –el que liberta– porque quiso emancipar naciones y mentes, no sólo con la espada sino también con la palabra y el ejemplo. Por esto se le sigue llamando el Libertador.

De 1810 a 1824 Bolívar ocupa un lugar muy destacado en las campañas de la independencia del territorio de las actuales Repúblicas de Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador y Perú. Si bien es cierto que nunca estuvo en Panamá, le daba una gran importancia al Istmo, al que llamaba «el vehículo del universo». Las Antillas –Curaçao, Jamaica, y de un modo muy especial Haití– le brindan refugio o le dan apoyo.

Sirve brevemente como diplomático en Londres, en 1810. Promueve en Caracas en 1811 la Declaración de la Independencia. Como militar, asiste a la caída de la República en 1812 y aprende la lección de ese fracaso. A fines de ese mismo año define en el Manifiesto de Cartagena la estrategia de su liderazgo: unidad de mando, instituciones centralizadas, cooperación continental.

A partir de 1813 combate con la espada, con la voz, con la pluma, con el ejemplo. Hasta 1818 obtiene algunas brillantes victorias, pero sufre también tremendas derrotas. A veces, sus propios compañeros de armas le desconocen y ha de marchar al exilio, pero siempre vuelve a la lucha con renovados bríos. Con su decreto de Guerra a Muerte de 1813 busca la cohesión ideológica y emocional de los hispanoamericanos. En la Carta de Jamaica, en 1815, plantea y argumenta la necesidad y la posibilidad de la integración continental. En 1816 proclama la libertad de los esclavos. En el discurso inaugural del Congreso de Angostura, a orillas del río Orinoco, en 1819, señala rumbos para la organización del Estado en un ambiente de libertad y de justicia social. Al mismo tiempo, consciente de la necesidad de una ética política, presenta su proyecto de Poder Moral. A través del periódico Correo del Orinoco, fundado por él en 1818, difunde y defiende el ideario de la revolución emancipadora y liberal.

En una increíble campaña de cuatro meses escasos, en 1819, cruza los llanos inundados por torrenciales lluvias, atraviesa la empinada e inhóspita cordillera de los Andes y derrota al ejército español en la batalla de Boyacá. La Nueva Granada (hoy Colombia) queda libre. Poco después, Bolívar funda la poderosa República de la Gran Colombia, ejemplo práctico de integración hispanoamericana, formada por las actuales naciones de Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá.

En 1820, la revolución de Riego y la instauración de un gobierno liberal en España, cuyo rey jura la Constitución, permiten vislumbrar una salida pacífica para la lucha por la independencia. El Libertador y el general Pablo Morillo, jefe de las fuerzas españolas en Venezuela, firman un tratado de armisticio y otro de regularización de la guerra, y se entrevistan el 27 de noviembre en el pueblo de Santa Ana. Pero no se logra la paz. Al reanudarse las hostilidades, Venezuela es liberada en junio de 1821 con la batalla de Carabobo, demostración de la capacidad estratégica y táctica de Bolívar como conductor militar. En 1822, el más hábil y fiel de los generales de Bolívar, Antonio José de Sucre, lleva la libertad al Ecuador, donde Guayaquil se había independizado anteriormente. La entrevista celebrada ese mismo año en la propia ciudad de Guayaquil entre Bolívar, jefe de las fuerzas libertadoras del norte, y el prócer argentino José de San Martín, jefe de las del sur, señala uno de los momentos culminantes de la fraternidad hispanoamericana. En 1823, Bolívar, llamado por los peruanos después del

retiro de San Martín, llega a Lima, en medio de una tremenda crisis político-militar, económica y espiritual. Restaura la confianza, labora sin descanso, y en 1824 las batallas de Junín y Ayacucho –esta última ganada por Sucre– completan la libertad de Perú y de toda Suramérica. Ha terminado la fase militar de la independencia. A la par de su acción guerrera, Bolívar promovía la educación popular, la emancipación de los marginados, las instituciones democráticas que la época permitía, la libertad de expresión. Las necesidades de la guerra, por imperiosas que fueran, nunca impidieron la acción del estadista.

Aun antes de la batalla de Ayacucho, Bolívar había convocado desde Lima, en diciembre de 1824, el Congreso de Panamá, cuya reunión se efectuó, sin su presencia, en 1826. El Libertador aspiraba a que las recién independizadas colonias presentasen un frente unido, no sólo en sus relaciones con la antigua metrópoli sino también ante los grandes imperios establecidos o nacientes: Inglaterra, Rusia, Francia, los Estados Unidos... , a fin de figurar en el concierto mundial con una sola voz que fuese respetada. Quería también estrechar los lazos espirituales, económicos, diplomáticos y culturales que ya vinculaban entre sí, por su común origen, a las naciones hispanoamericanas. Las unía, como decía Bolívar, una fe, un acento (o sea, un idioma) y un amor.

Concluida la guerra, Bolívar ve también llegada la hora de acelerar la reforma social. Para la República de Bolivia, fundada en 1825, y que él visita ese mismo año, el Libertador redacta un proyecto de Constitución acorde con las circunstancias político-sociales de las sociedades americanas. Dicta igualmente numerosos decretos para emancipar al indígena, promover la educación, proteger a la infancia abandonada, abrir caminos, combatir la corrupción, conservar los recursos naturales, fomentar el trabajo creador. A su lado está, de nuevo, su antiguo maestro Simón Rodríguez.

Pero las ambiciones caudillescas entorpecen y acaban por paralizar su obra. En Caracas estalla una rebelión separatista. En Bogotá intentan asesinarle. La Gran Colombia se desintegra, mientras su fundador, que se ha desprendido del mando, agoniza en Santa Marta. Su última proclama es un llamamiento al patriotismo esclarecido, a la racionalidad, a la unión. El 17 de diciembre de 1830, Simón Bolívar, el Libertador, entra en la inmortalidad.

Doce años depués, en 1842, sus restos mortales fueron conducidos a su ciudad natal. Encabezan la comisión que fue a buscarlos, los representantes de Venezuela, su patria, acompañados por delegaciones de varios países de América y de Europa. Era el reconocimiento universal y definitivo de su grandeza como líder en la

lucha por la independencia y la libertad. Hoy, sus cenizas reposan en el Panteón Nacional, en Caracas, rodeadas del respeto de los pueblos que él libertó o contribuyó a libertar, y de cuantos, en cualquier región del mundo, ven en la libertad uno de los derechos inalienables del ser humano y consideran que la independencia nacional es la condición básica de la existencia de todo país.

Nacido rico, consumió su fortuna en la revolución. No buscó el poder por el poder mismo, sino para servir al pueblo. Por esto, al terminar la guerra, inició aquellas reformas sociales que la ambición mezquina de algunos hizo fracasar. Mucho de lo que él proyectó, propuso o inició está aún sin hacer. En sus escritos –su verdadero legado– se encuentran ideas coherentes y audaces, que pueden servir aún de inspiración en nuestra época.

Aunque combatió con ardor mientras fue necesario, no le movió el odio. Conocía bien los valores positivos de la civilización española y no ignoraba los aportes de las culturas aborígenes y de las africanas, trasplantadas éstas al suelo americano. Creía en el porvenir del Nuevo Mundo como crisol de culturas y deseaba superar el trauma de la guerra. En 1820 promovió medidas para humanizar la lucha que hacen de él un precursor de la acción filantrópica de la Cruz Roja Internacional. Con visión de estadista, le concedía una gran importancia a la educación popular –hecho no frecuente en su época– como factor esencial de convivencia en el interior de cada país y de las naciones entre sí.

Ya hemos dicho que fue uno de los promotores de la integración latinoamericana –pues pensaba también en Brasil– desde la Carta de Jamaica hasta el Congreso de Panamá. Pero su proyecto era aún más amplio y ambicioso. El preveía la creación de organismos internacionales capaces de auspiciar un fecundo diálogo entre las diversas culturas del mundo. Este es su legado universal que hoy ha empezado ya a fructificar, si bien es mucho el camino que falta por recorrer. Bolívar nos indica el rumbo, pues fue un hombre de visión ecuménica, que ideó y puso en marcha –aunque por breve tiempo– los mecanismos de entendimiento entre los pueblos mediante reuniones internacionales a fin de alcanzar lo que él llamaba «el equilibrio del universo».

La exaltación del guerrero, del estadista, del héroe, en suma, no debe hacernos olvidar al hombre. Pues sin éste no hay héroe, Bolívar fue, profunda y auténticamente, un ser humano. Las cualidades –y también los defectos, que los tuvo– del hombre público se afincan en su condición humana plenamente asumida y vivida. Fue un gran hombre, ciertamente. Pero fue también, y antes, y siempre, simplemente un hombre. Sus años de niñez, de adolescencia y

de juventud son tan interesantes como pueden serlo los de su vida pública a partir de 1810.

Tenía un agudo sentido del humor. Rendía culto a la amistad. Amó con pasión a Teresa y a Fanny y a Josefina y a Bernardina y a Benedicta y a tantas otras, especialmente a Manuelita. Comprendía a sus compañeros de armas e ideales, y sabía persuadirlos. Halló en el noble Sucre el hijo que le había negado, al parecer, la vida. Fue un pensador y un conversador notable. Tenía un don especial para el periodismo de opinión. Manejaba una prosa diáfana y relampagueante, que aún hoy atrae por lo novedoso y personal del estilo, y cautiva por la experiencia vital y la genialidad del contenido. En su lenguaje afloran intuiciones deslumbrantes, imágenes poéticas, metáforas sorprendentes, máximas que condensan la sabiduría de un sagaz observador. Para él, que quedó huérfano muy joven y que perdió a los ocho meses de matrimonio a su primera y única esposa, la familia era «un tesoro», y así lo declaraba. Le tocó, como a todo ser humano, su cuota de dolor, de incomprensión y de ingratitud.

Su simpatía, su inteligencia, su constancia y las demás cualidades de que estaba dotado las puso Bolívar al servicio de una causa. Las circunstancias le exigieron desarrollar sus innatas condiciones de guerrero y de estadista, que ejerció simultáneamente, dándole mayor énfasis a la conducción de la guerra o a la del Estado, según fuese necesario. Si hubiera vivido en otra época, tal vez hubiese sido un historiador de certeros análisis, un poeta de poderosa inspiración, un sociólogo o un economista con clara percepción de la realidad. Pero tal como la historia nos lo entrega fue, y es, el Libertador. Un hombre que supo enfrentar el reto de su tiempo: acaso en esto consista su mejor lección, su legado.

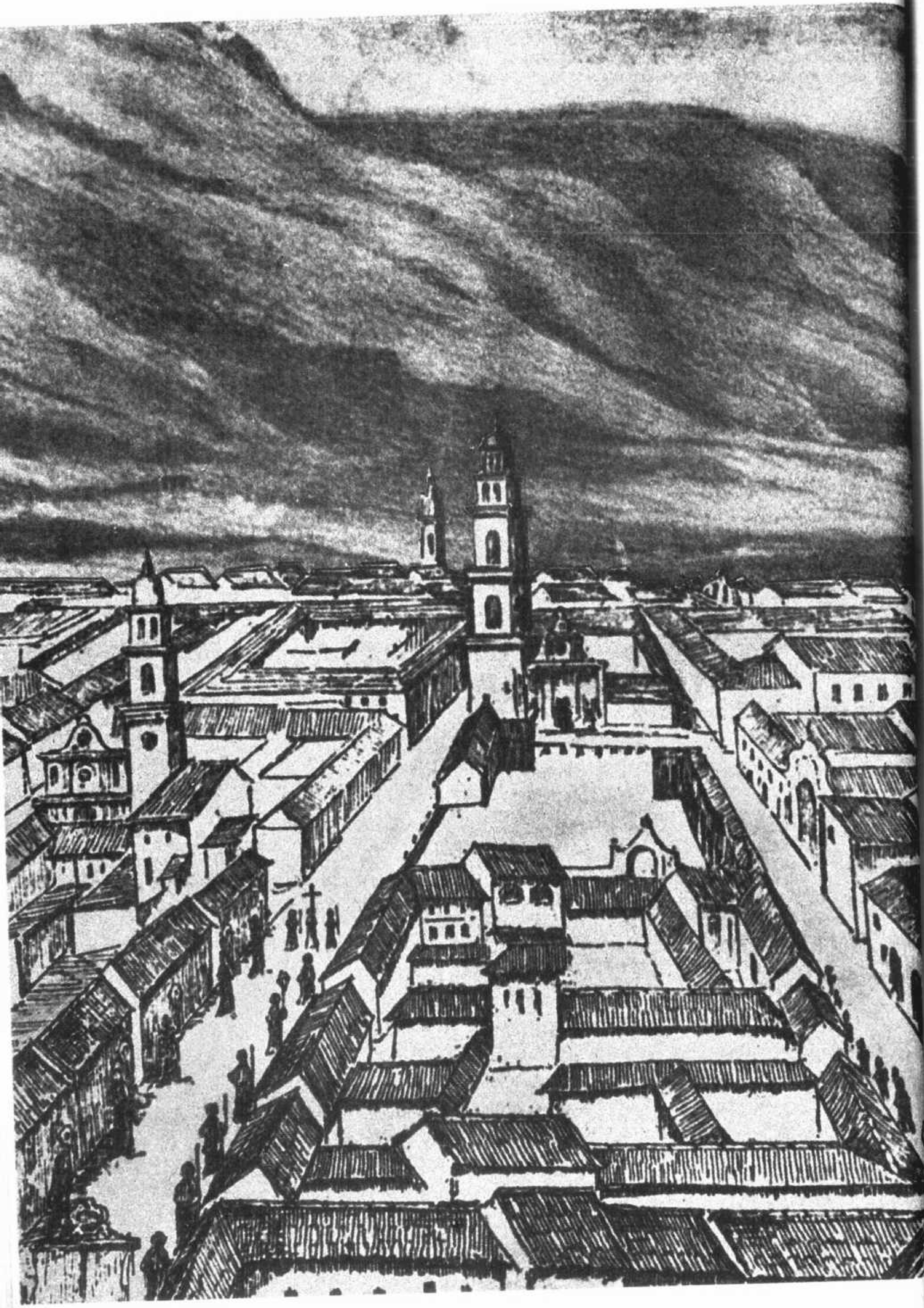
1. Años de formación entre Europa y América

El 24 de julio de 1783 nace un niño en una ciudad de ese mundo nuevo, todavía mal conocido en Europa, al que llaman América, aunque España aún lo denomina oficialmente las «Indias». Una ciudad que lleva el nombre sonoro de Caracas, de 45.000 habitantes —tantos como muchas provincias españolas—, de casas bajas, amplias, con patios, huertas, jardines; de recia construcción muchas de ellas, y que lucen escudos señoriales en alguna de sus fachadas. El ajedrez de su trazado incluye conventos e iglesias, que por encima del panorama de tejados hacen resaltar cúpulas y veletas, en competición de donaire con estipes y ramas de palmeras.

En la ciudad, la casa, próxima a la Plaza Mayor, en la zona

Grabado antiguo de la actual plaza de Simón Bolívar, en Caracas.





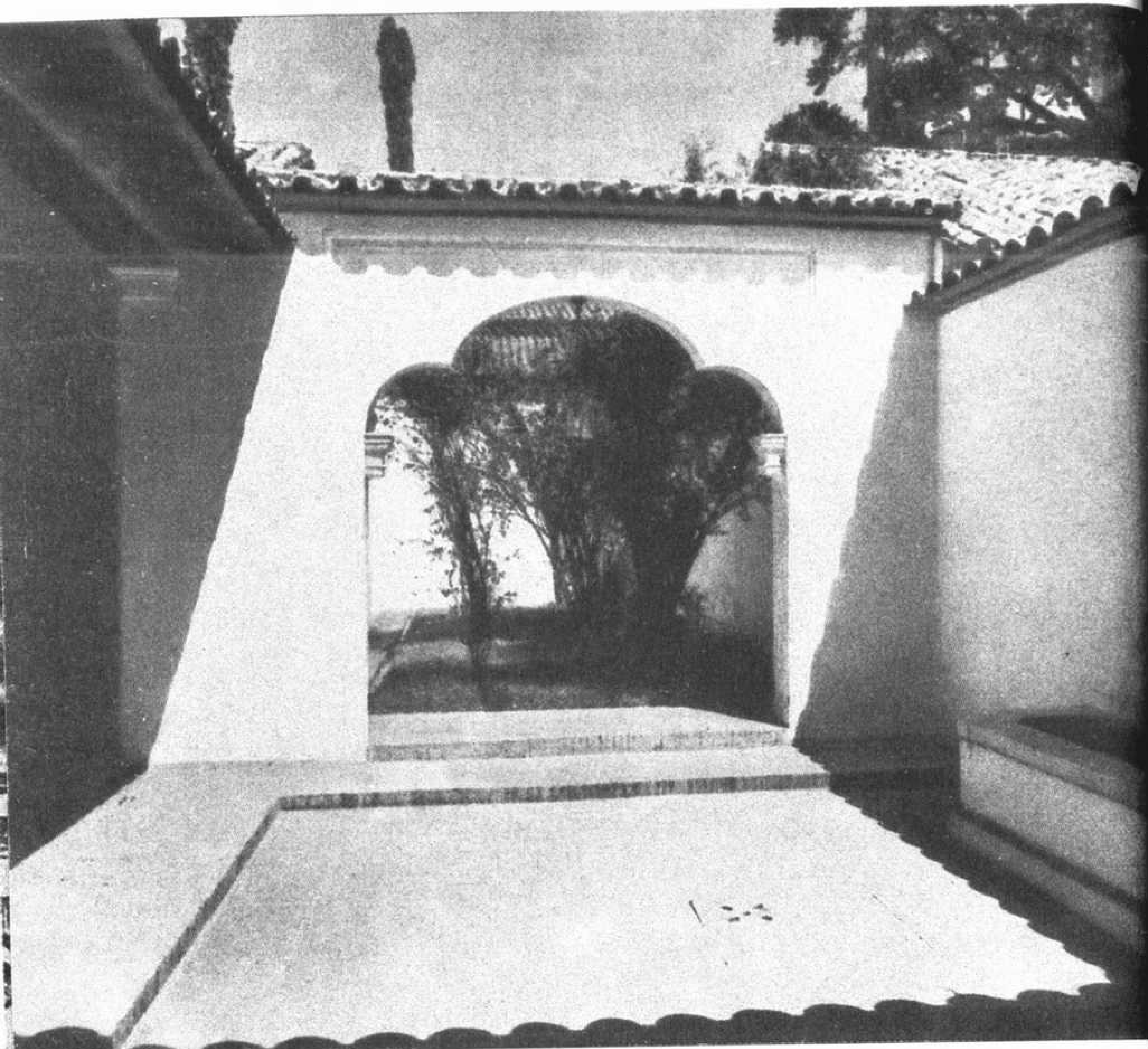


Fachada de la casa natal de Bolívar, tal como puede verse hoy.

◄ *Vista de la Caracas colonial del siglo XVIII.*

central, frontera al convento de San Jacinto, famoso por sus oradores, era una amplia mansión, añadiendo a su típica construcción de finales del siglo XVII o principios del XVIII comodidades modernas, como la del agua corriente, que una tubería alcanzaba desde el río Caroata; con cuadras, patios —el principal, el de los chaguaramos, el de los granados...—, lavadero, cocina y otras dependencias del servicio, que una pared dividía de las habitaciones anteriores e impedía a los esclavos varones circular por las estancias señoriales del frente, destinadas a la familia.

En la casa, la familia, como correspondía a la mansión, firme económicamente, orgullosa de su posición, formaba parte de



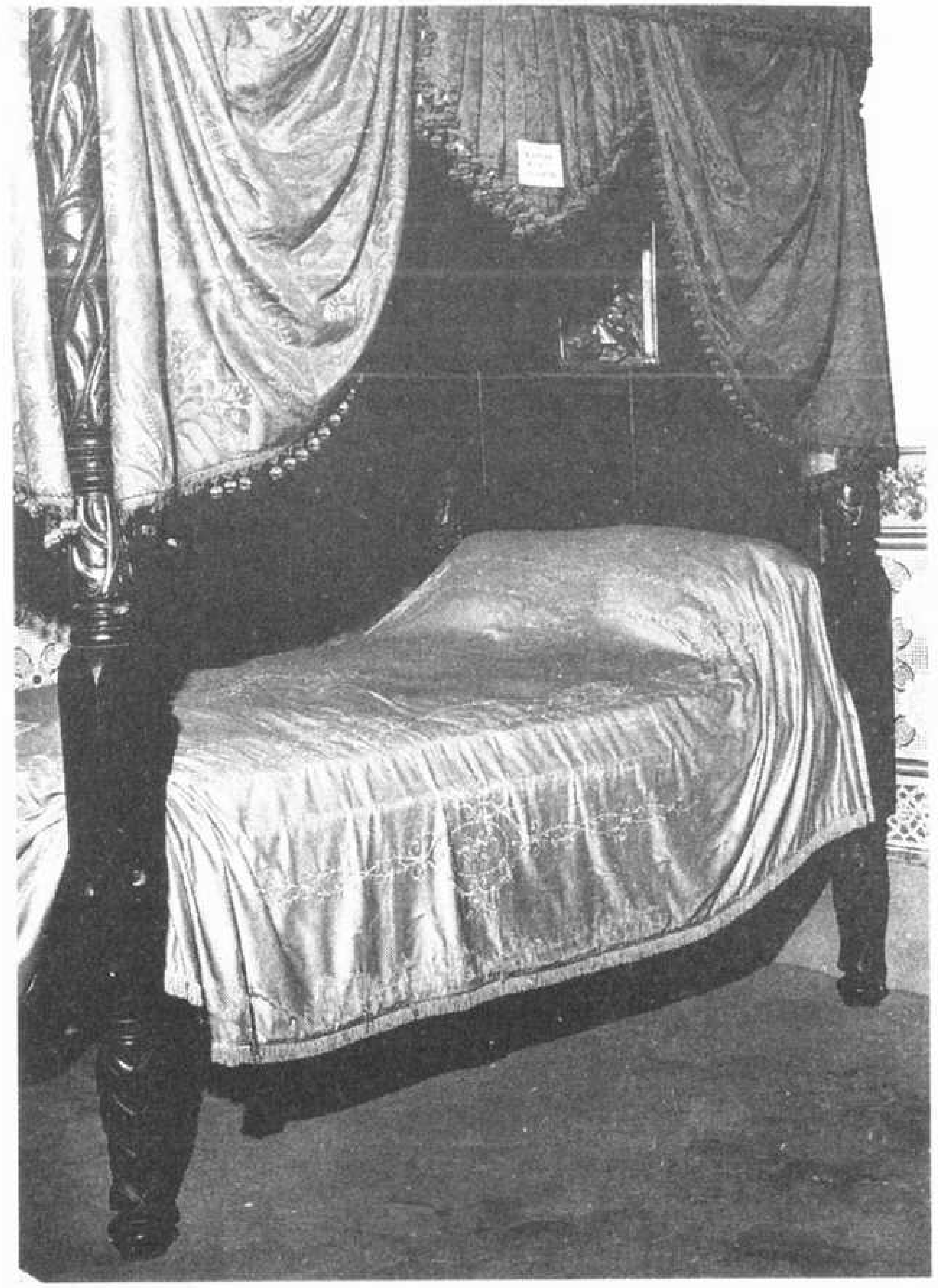
◄ *Patio de los granados, en la casa natal de Bolívar. Aún se conserva tal como lo mantenía la familia.*

la oligarquía *mantuana*, especie de aristocracia criolla, con derechos que la distinguían, entre ellos el de las mujeres a asistir a misa cubiertas con un manto, de donde les venía el sobrenombre. Aristocracia u oligarquía basada en la riqueza terrateniente, las haciendas, los esclavos, la vida social cerrada para quienes no pertenecieran a ella.

El escalón entre la aristocracia criolla y la metropolitana no era fácil de salvar. Por encima de los criollos estaban los españoles. La dificultad exacerbaba el «orgullo mantuano» y alzaba muros en torno a una sociedad que alcanzaba un grato nivel de vida, en el que se despertaban apetencias culturales, resueltas con gusto y elevación.

Lujo en el amueblado de las casas; refinamiento y cortesía en las reuniones, donde se oía música, se comentaban las obras teatrales vistas en la jornada anterior, se felicitaba al estudiante

Esta cama, conservada en la casa natal de Bolívar, ocupa en la sala principal el lugar exacto donde nació el Libertador.



de la universidad o al predicador celebrado. Se buscaban libros afamados en Europa, especialmente de Francia o Inglaterra. Iba naciendo un espíritu irreverente y polémico.

«Aquella tierra de gracia»

Así la llamó Colón, el primero que hablara de ella, y quien supuso que no lejos se hallaba el paraíso terrenal, con la dulzura de sus grandes ríos y la feracidad de sus campos, que daban cosechas frutales con tanta prodigalidad como el mar perlas. En ella surgieron durante dos siglos unas cuantas ciudades, las mismas que encontramos en el momento en que, bien pobladas y ricas, constituyen el núcleo de la Capitanía de Venezuela, que las gobierna.

Una sierra muy grande pero poco poblada. La vida se agru-



Los habitantes de los Llanos, según un testimonio gráfico de la época.

Los habitantes de los Llanos, según un testimonio gráfico de la época.

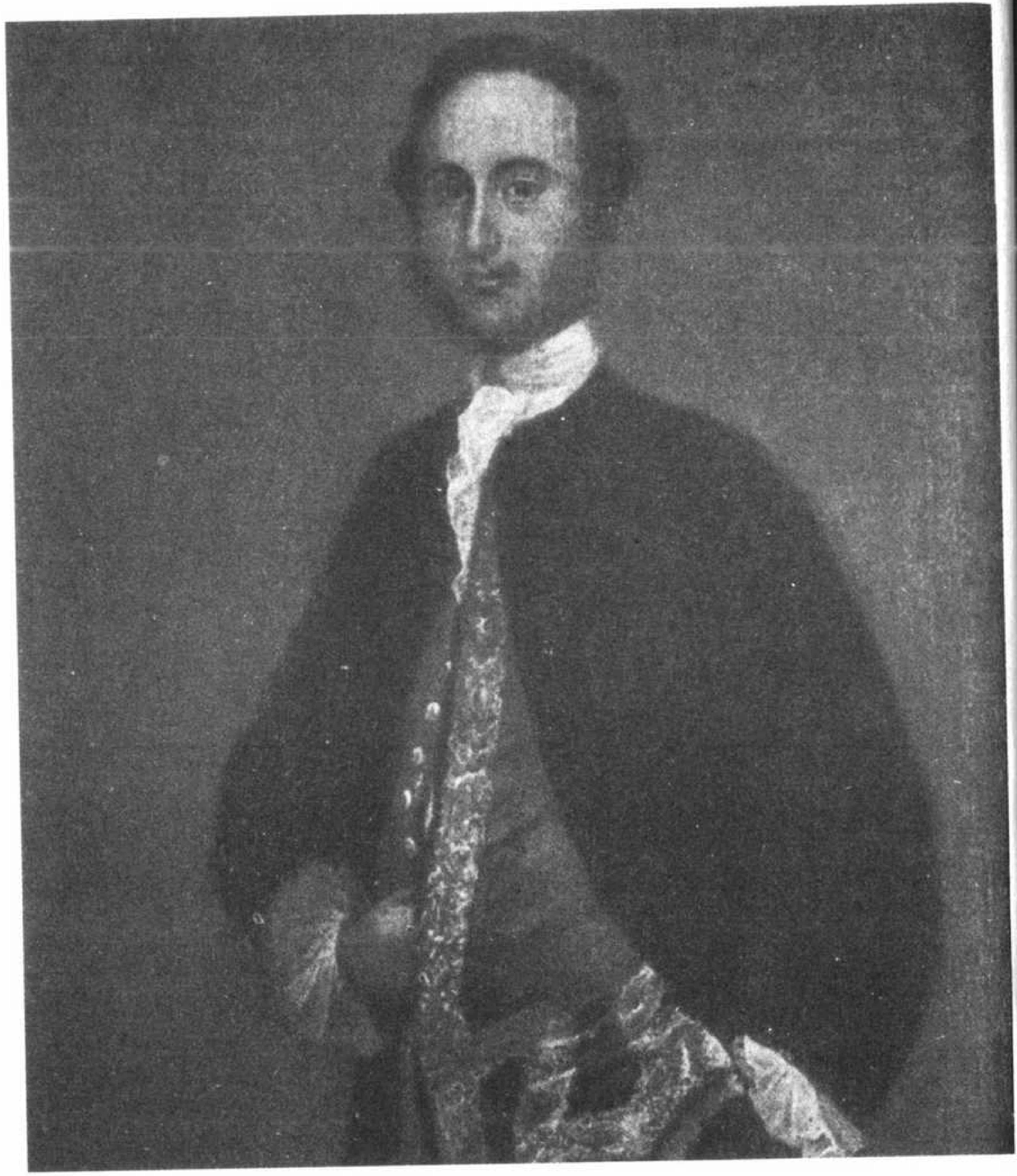
pa en las ciudades cercanas a la costa. Más allá queda una espléndida naturaleza, que parece tutelar las montañas. Al pie de éstas, los valles, la riqueza de las arboledas de cacao, las plantaciones de caña de azúcar, el tabaco, el maíz, el trigo, los árboles cuajados de frutos.

Después, hasta las márgenes del Orinoco y las estribaciones de las más altas cordilleras del mundo, los llanos y las sabanas, donde los herbazales alcanzan la altura del hombre a caballo; tan dilatados que, como escribió un cronista, «por todas partes hacen horizonte», hasta obligar al uso de la brújula, como en alta mar. Miles de reses pastan en ellos, sobrepasando el propósito humano de reducirias a sujeción ganadera. Los llanos dan uno de los perfiles más acusados de la provincia de Caracas, como con impropiedad pero uso común se la llama, y en ellos surge un tipo de hombre, el llanero, centauro más que jinete, sobrio en la alimentación y no acostumbrado a lujos civilizados, resistente a inclemencias y sinsabores.

Al sur del Orinoco, la Guayana, los árboles de caucho, la selva hostil brindando una riqueza no atendida. Y al norte, como un gran apeadero, la isla Margarita.

Fertilidad, riqueza, promesas de abundancia en aquel final del siglo XVIII, que enciende antorchas luminosas con la luz del Progreso, la Libertad, los Derechos del Hombre, la Independencia... Ideales que al tratar de ser conseguidos desencadenan larga y cruel contienda. Los hombres abandonan la agricultura y corren a las armas, arden ingenios y haciendas, bajan las cosechas y pisotean los caballos los surcos cultivados. La estructura del país hace que el ajedrez bélico mueva sus piezas, de uno a otro, en los mismos lugares, la zona en que las ciudades reúnen las claves políticas y la mayoría de la población. Los llanos entran en juego con sus hombres austeros y terribles. Es como una gran crisis de crecimiento que amenaza con postrar al país y que tiñe de heroísmo y sangre la tierra de gracia que avistaron las carabelas.

La familia Bolívar podía pasar como ejemplo de aristocracia mantuana. Su arraigo en el país venía de lejos. Desde un Simón de Bolívar, que en 1588 llegó a la Costa Firme acompañando a un gobernador de Venezuela, y que buscó en el cultivo de la tierra, y no en el oro, las riquezas indianas. Hombre activo y político, fue procurador de la provincia de Caracas ante Felipe II unos años después. Las generaciones sucesivas se eslabonan con un segundo Simón de Bolívar, clérigo, después de enviudar; con



Juan Vicente Bolívar y Ponte, padre de Simón Bolívar, retratado por un pintor desconocido.

un hijo de éste, capitán, corregidor y justicia mayor. Como en el aforismo que popularizara Cervantes, «Iglesia, Mar y Casa Real», motivos de servicio y fortuna ofrecen a los Bolívar el triple ejercicio de posibilidades que los asienta sólidamente en la provincia. Después, don Juan de Bolívar, que a fines del siglo XVII defiende La Guaira contra piratas y contrabandistas, empresa análoga a otra, aunque de mayor fuste, en que hubo de participar su descendiente Juan Vicente Bolívar, como oficial voluntario, cuando el comodoro Knowles se presentó con su escuadra ante aquella plaza en marzo de 1743.

Este Juan Vicente Bolívar y Ponte es el padre del niño. Al nacer éste, era coronel del Batallón de Aragua, de las Milicias Re-



Hipólita Bolívar, ama de cría del Libertador. Biblioteca Central, Universidad Nacional, Bogotá.

gladas, ejemplo de criollo acomodado, que ha vivido unos años de juventud en la corte de Madrid, sin echarla luego de menos en su productiva actividad de ganadero y cultivador, preocupado también por las innovaciones industriales o el comercio, como exigía un espíritu de su siglo.

De la madre, María Concepción Palacios y Blanco, podría decirse otro tanto. Sus dos apellidos de españoles llegados en los siglos XVI y XVII a Tierra Firme, enraizados en la vida de la colonia, forman la confluencia de sangres en el momento en que —en este y otros muchos de sus contemporáneos— va a surgir la generación que desgajará del tronco hispano la hipernutrida rama de su colonia.

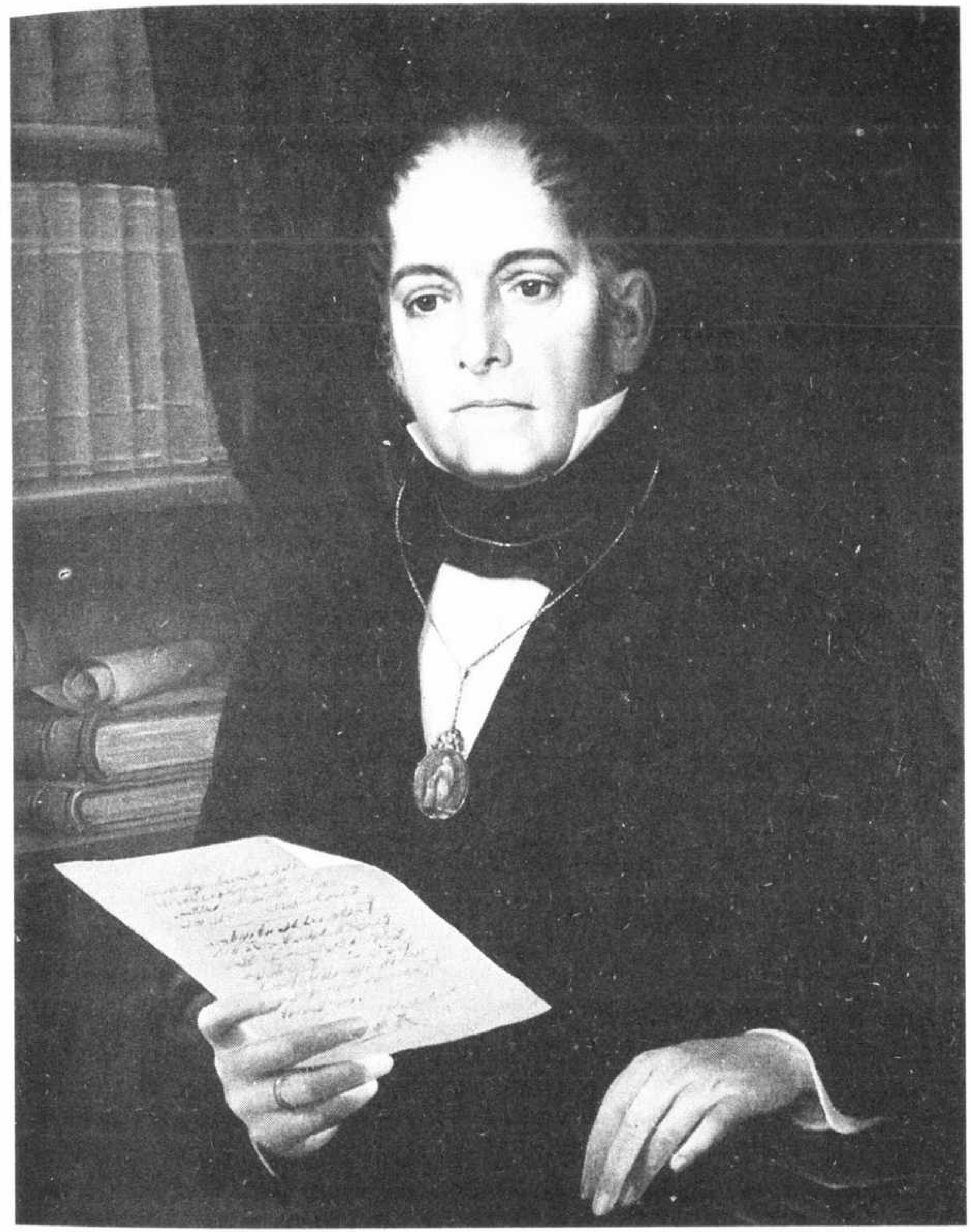
El cuidado de la casa, la dirección del pequeño mundo de servidumbre y esclavos, sus salidas a misa, o las reuniones, en que se mostraba capaz de cantar o pulsar el arpa o la más tradicional guitarra, todo ello llenaba sus horas.

Orfandad y maestros

Sólo tres años después —el 19 de enero de 1786—, el padre, que ya tenía sesenta, muere, dejando una viuda de veintiocho y cuatro hijos pequeños; el cuarto de ellos, Simón. Han heredado una fortuna inmensa para la época. La viuda tiene que ocuparse de la administración de la hacienda. Simón y sus hermanos pasan temporadas en los Valles de Aragua. Se sabe que el 13 de mayo de 1792 la viuda montaba a caballo para dirigirse desde esta finca a la capital. Su salud no parecía resentirse. Sin embargo, dos meses después había fallecido.

El niño ha pasado de los tres a los nueve años al lado de su madre. Ha de hacerse cargo de él su abuelo, que también fallece al año siguiente. Su tío don Carlos Palacios es quien ha de ocuparse de él. A su lado sigue Hipólita, la negra que fue su nodriza y cuyas funciones maternales se amplían al desaparecer la verdadera madre.

El niño Simón, que había aprendido a leer, escribir y contar con varios preceptores, asistió a la escuela pública de la ciudad, regentada por el educador venezolano Simón Rodríguez, hombre de originales y progresistas ideas pedagógicas y sociales, que había ayudado como amanuense al abuelo de Bolívar y conocía ya a éste. El tutor, don Carlos, soltero, pasaba mucho tiempo en sus haciendas, mientras el niño salía a pasear por Caracas y sus alrededores a pie o a caballo, en compañía de muchachos que no eran «de su clase». El tutor y su sobrino no se entendían bien. Al cumplir los doce años, Simón, aprovechando una ausencia de Carlos, se fugó y fue a buscar calor de hogar en la casa de su hermana María Antonia, ya casada. Esto suscitó un pleito que terminó cuando Bolívar, a pesar de su resistencia, fue conducido por orden de la Audiencia a casa de su maestro Rodríguez en calidad de interno. Rodríguez logró ganarse su confianza y se convirtió desde entonces en «el maestro» por antonomasia de Bolívar. Entre ellos, durante esos pocos meses de 1795, se anudaron lazos de simpatía que no cesarían sino con la muerte. La siembra afectiva en el espíritu de su joven pupilo la hizo en Caracas el maestro no con teorías a la Rousseau, sino con tacto,



Andrés Bello (1781-1865), humanista venezolano y profesor de Bolívar.

comprensión, sensibilidad y firmeza. Le dio también conocimientos; pero más importante que éstos fue el hecho de que le abriera la mente y el corazón a las perspectivas de una vida consagrada a un ideal. Por esto le decía Bolívar en 1824: «Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso...»



Esteban Palacios y Blanco, tío y padrino de Bolívar.

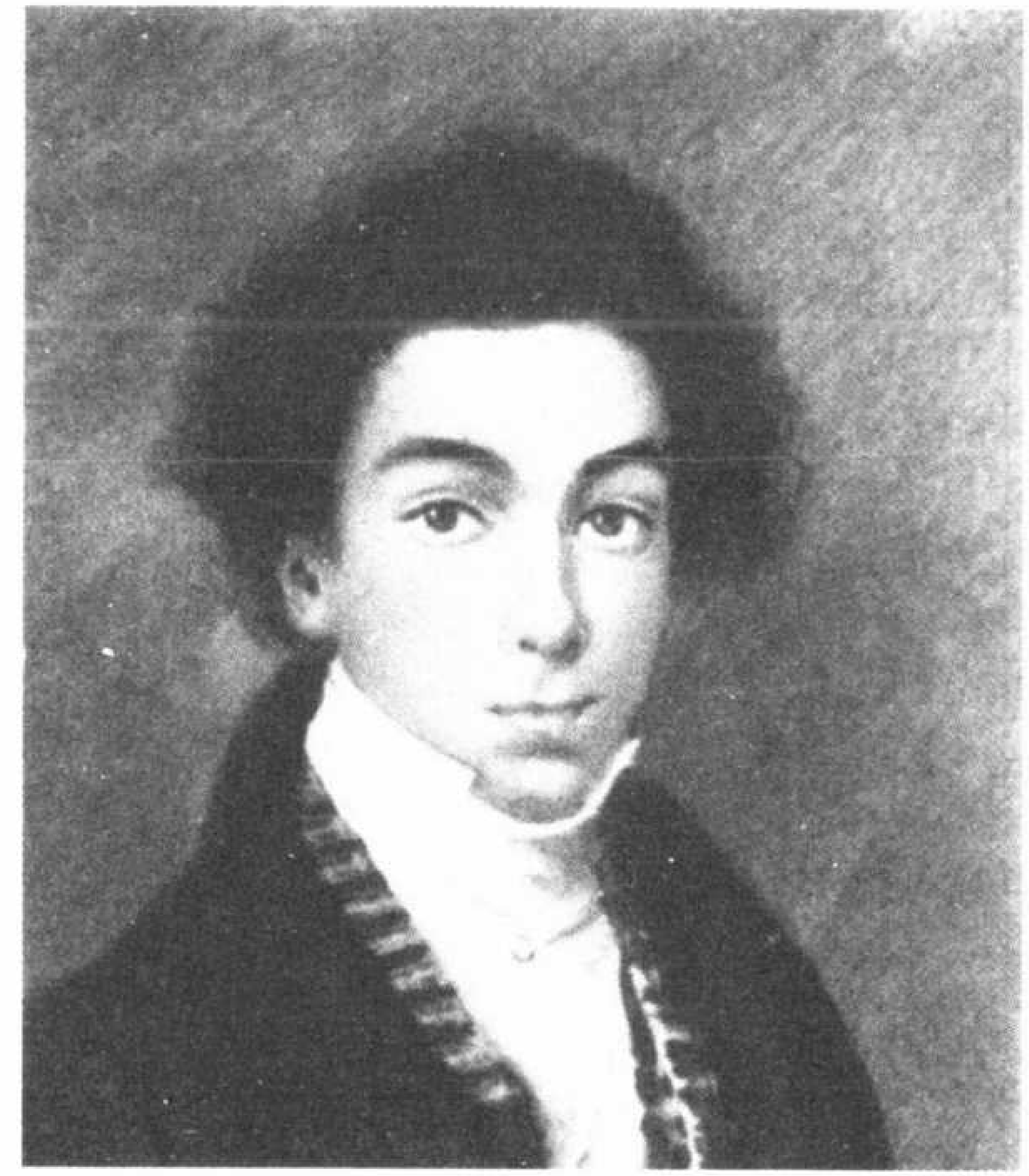
Varios maestros más tutelaron las enseñanzas que recibió el muchacho. Gramática, aritmética, historia, religión, latín —esta disciplina a cargo de Guillermo Pelgrón, fervoroso propugnador de la emancipación—; luego cosmografía y bellas letras, que corrieron a cargo de Andrés Bello.

Viaje a la corte

Seguía el muchacho la carrera que correspondía a un joven de la alta sociedad criolla de la época. Mientras en el fondo de su espíritu iban cayendo las semillas que flotaban en el aire y sustentaban varios de sus maestros, la familia trataba de lograr la mayor elevación posible en relación con la cortesana metrópoli. En julio de 1798, el rey Carlos IV firmaba un despacho nombrándole subteniente de Milicias de Infantería de Blancos de los Valles de Aragua, cuerpo del que su padre había sido coronel, lo que facilitaría a don Esteban Palacios el logro del favor.

La misma idea y los deseos del joven fueron, sin duda, los que aconsejaron y orientaron su envío a la corte, donde su tío Esteban se hallaba establecido, y en la que su amigo y coterráneo Manuel Mallo ocupaba un puesto privilegiado cerca de la reina.

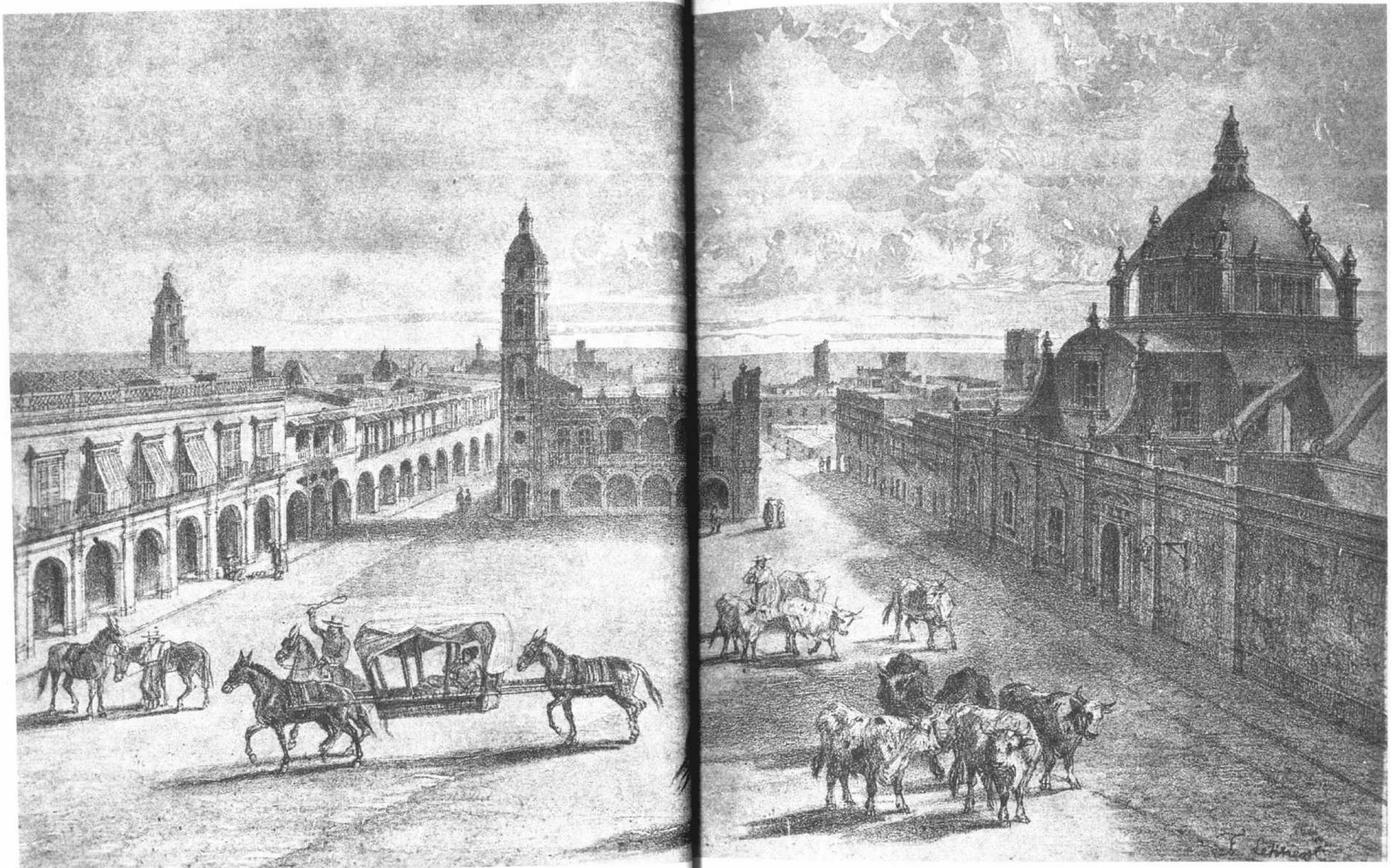
Miniatura de Bolívar en la época en que se embarcó en el navío San Ildefonso, que le llevaría hasta la corte de Madrid.



En enero de 1799 se produce una ocasión favorable para el viaje a España, con la partida del navío *San Ildefonso*, que sale de La Guaira el día 19, y llega felizmente a Veracruz; pero la singladura siguiente, La Habana, se hace imposible, por estar sitiada la ciudad por los ingleses.

Mes y medio de forzosa estancia en las tierras mexicanas. El joven Bolívar visita Ciudad de México y Jalapa. No sabemos la impresión que causaría en él la visión de aquel otro pedazo de la tierra americana, con el barroco decorado o la riqueza de las casas cuyas puertas le abrían las cartas del obispo y otras personas de calidad de Caracas.

Hay barruntos de que el joven se mostraba impulsivo y audaz en sus opiniones. Un día, en el palacio del virrey, se comentaban los hechos de la todavía próxima Revolución francesa, y el visitante venezolano se expresó en términos escandalizadores para aquella sociedad. Preguntas sobre la reciente intentona revolucionaria de Gual y España también provocaron respuestas muy distintas de las que los cortesanos novohispanos podían esperar. No sabemos si encontró espíritus afines ni si llegó a trabar contacto con gentes que albergaran, más o menos oculta, la idea de independencia. Poco tiempo estuvo en México y era muy joven todavía para que sus opiniones fuesen sólidas.



Plaza Mayor de Ciudad de México. Grabado de Ensayo sobre Nueva España, *de A. von Humboldt.*

De estos tiempos es el primer documento bolivariano: una carta, dirigida a su tío, aprovechando un barco que salía rumbo a Maracaibo, y dándole cuenta de la acogida que le dispensó el oidor. Apenas una carta de escolar, como correspondía a un jovenzuelo de quince años. Levantado el bloqueo de La Habana, el navío llega a este puerto y se une a un convoy con rumbo a la Península.

Bolívar en Madrid

Desembarca, en mayo de 1799, en el puerto de Santoña, de donde viaja a Madrid. En junio está ya en la capital. Su tío don Esteban, ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor del Reino, le lleva a la casa que compartía con Manuel Mallo, guardia de corps, del que se decía que había sucedido a Godoy en los favores de la reina.

Poco después se mudan a una casa de la calle de Jardines.

Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, Madrid.



La corte en el real sitio de Aranjuez, según un dibujo de D. Aguirre. Biblioteca Nacional, Madrid.

▼ **El palacio de Aranjuez, donde pasaba largas temporadas la corte de Carlos IV.**



No llevan vida lujosa, pero sí acomodada. El joven va estudiando, pero también sigue a la corte, que pasa de los deliciosos jardines de Aranjuez a El Escorial y La Granja, agobiada por el excesivo calor de aquel año. Mas también la población madrileña tenía sus atractivos: el paseo del Prado, cotidiano escenario de reuniones vespertinas; dos teatros donde se podía gozar de seguidillas, boleros, guarachas y fandanguillos de Cádiz, tanto como de buenas compañías de teatro italiano. ¡Lástima que una acusación de jacobinismo hiciera que fuesen expulsados aquellos comediantes!

Casas de juego, gabinetes de lectura, salones donde se recibía a familiares o amigos. Se bailaba, se tomaban refrescos, se comentaban los hechos de Napoleón, que ya empezaba a proyectar su sombra sobre el mundo, o se criticaban las medidas del Gobierno respecto de sus lejanas posesiones indianas.

La leyenda enturbia la verdad histórica en estos días madrileños de Bolívar, y nos ha dejado unas estampas de difícil comprobación. En una de ellas trata de fijarse un episodio simbólico: en Aranjuez, jugando al volante con el príncipe Fernando y otros cortesanos, da, sin querer, un golpe en la cabeza al heredero de la corona. Otra quiere que María Luisa visitara alguna vez la casa de Mallo y el joven Bolívar la acompañara luego de tapadillo, buscando calles poco frecuentadas, hasta el solemne Palacio de Oriente. Otra, más ceñida a la verdad, aunque de causas no aclaradas, cuenta el intento hecho por unos esbirros de Godoy, que en la Puerta de Toledo tratan de poner las manos sobre su persona. Probablemente el motivo fuera el uso de uniforme militar —sin formar parte de los cuerpos en servicio— en un momento en que se preparaba la guerra con Portugal.

Aquellos días madrileños de Bolívar están iluminados por el amor, que va a cerrar con una boda su estancia en España. En septiembre de 1800 comunicaba a sus familiares su propósito.

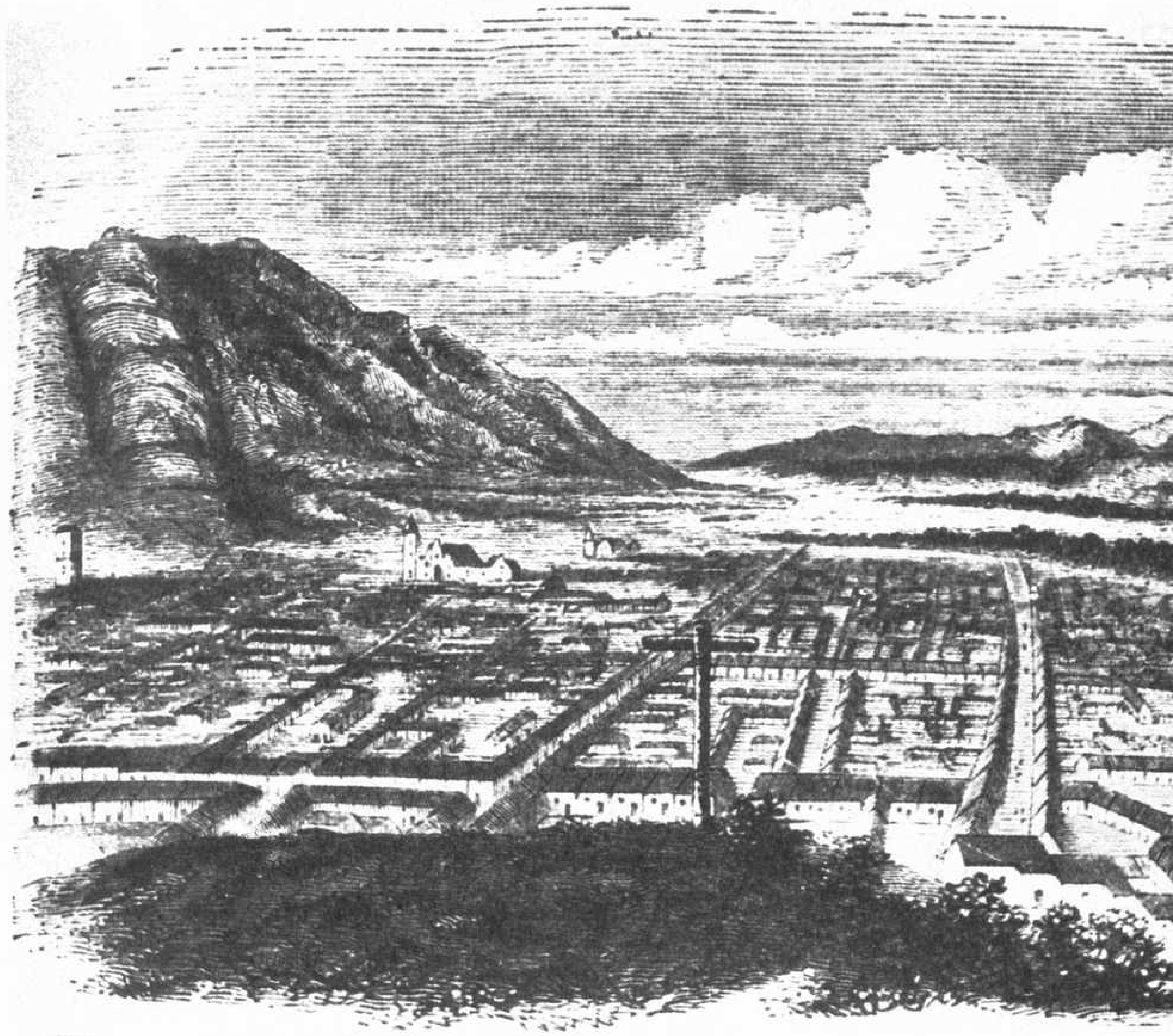
«...Por haberme apasionado de una señorita de las bellas circunstancias y recomendables prendas como es mi señora doña Teresa, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita.»

Es ella María Teresa Rodríguez del Toro, a quien ha cono-



Vista del Madrid de finales del siglo XVIII, por el que paseó Bolívar durante su estancia en España.





Vista de Caracas poco antes del movimiento independentista.

◀ *La boda de Simón Bolívar, según una pintura de Tito Salas.*

cido en casa del marqués de Ustáriz, personaje que visita con frecuencia, admirado de su cultura, y con quien le gusta mantener largas conversaciones. Enamorado profundamente, trata de acortar los días que le separan de su matrimonio. Pero el padre de la joven, don Bernardo, decide darle largas al asunto y se marcha a Bilbao con su familia. Hasta allí sigue Bolívar a su «amable hechizo», como él llama a Teresa en la única carta suya de amor que se conoce. Sin embargo, los Rodríguez del Toro, que estaban de luto, volvieron pronto a Madrid. Bolívar tuvo que permanecer en Bilbao y decidió hacer una excursión a Francia aprovechando las fiestas de la paz de Amiens. El 13 de enero de 1802 ya estaba en Bayona. Burdeos y París le encantaron. Desde en-



Detalle de la pintura titulada Las tres etapas del Libertador, *de Cleto Rojas. Casa Guipuzcoana. La Guaira. Venezuela.*



Simón Bolívar en la época de su estancia en París, 1804. Colección Alfredo Boulton.

tonces quedó prendado de Francia. Se hallaba en Amiens a mediados de febrero cuando supo que don Bernardo daba por fin su consentimiento, y se apresuró a regresar a Bilbao y luego a la Villa y Corte. Logra los permisos necesarios, y el 26 de mayo de 1802 tiene lugar la ceremonia en la capilla de San José existente en un palacio del duque de Frías. Su tío Esteban no se hallaba entre los asistentes, preso como consecuencia de alguna intriga desconocida hasta hoy.

Los recién casados salieron pocos días después hacia La Coruña. Desde allí, un barco los condujo a La Guaira, donde desembarcaron en junio de aquel año.

De nuevo Caracas. Otra vez la vida más apacible, más cercana a la naturaleza. Los rencores —si los hay— de la vida cortesana quedan paliados por la lejanía o canalizados hacia la opinión criolla, que se distancia del lejano Gobierno desde la árida



Fanny du Villars, la mujer que acompañó y guió a Bolívar durante su estancia en París. Retrato por Delorme. Colección de la condesa de Trobiand, París.

Casa Guipuzcoana. La Guaira. Venezuela.

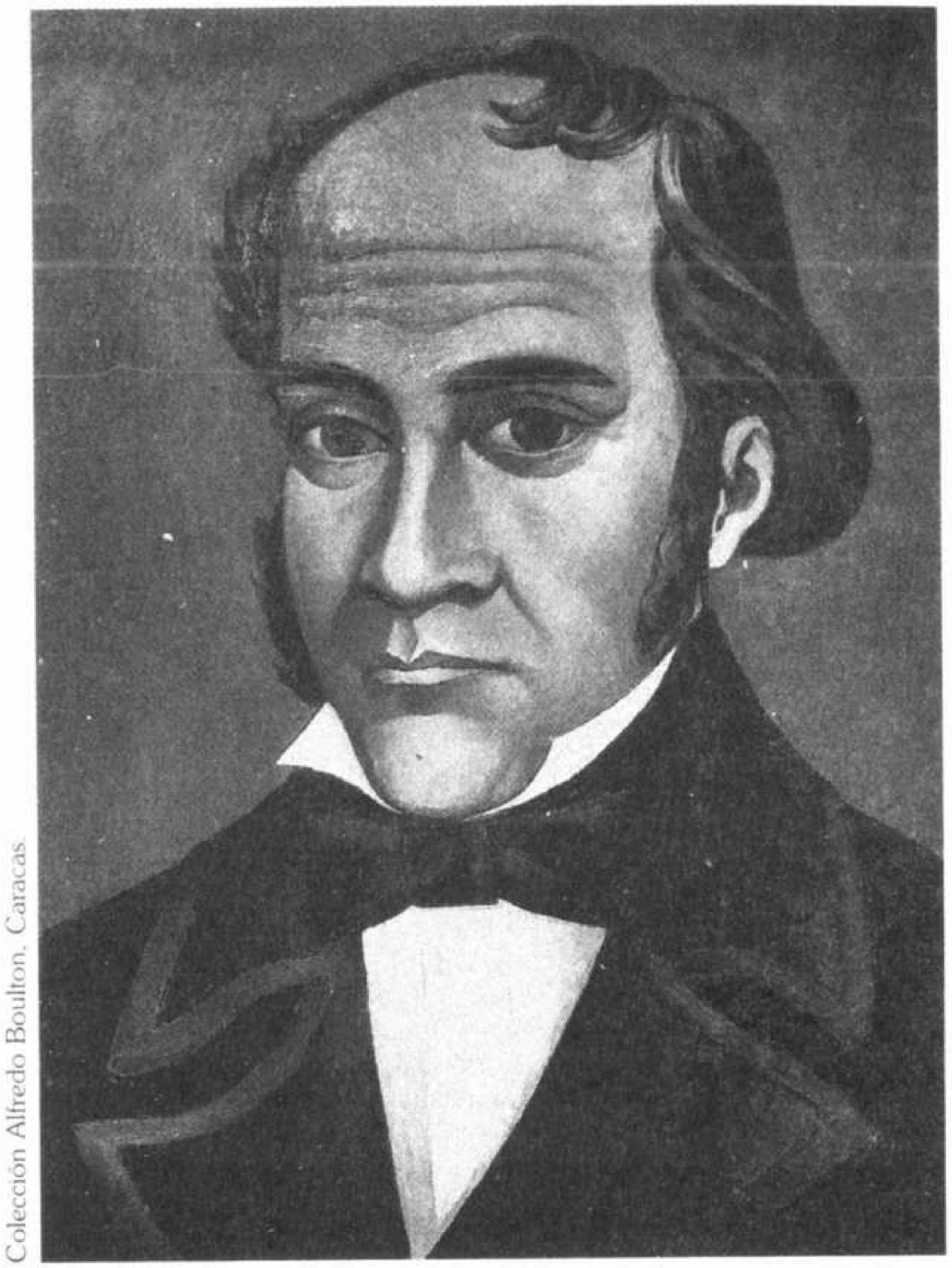
meseta castellana. Pero es probable que Bolívar piense poco en todo ello, dejando correr las jornadas al lado de su esposa.

Un golpe cruel se la arrebata poco después: la endémica fiebre amarilla del Caribe fue fatal en su organismo, no aclimatado. Cinco días de enfermedad apenas dieron tiempo al joven esposo para comprender lo ocurrido. El cadáver de María Teresa, vestido con un rico traje de brocado, descansaba la cabeza sobre el faldellín con que Bolívar fuera bautizado en la misma catedral donde el 23 de enero de 1803 tenía lugar el entierro.

París

Queriendo alejarse probablemente del escenario de sus días de casado enamorado y feliz, abandona Venezuela. Se dirige a Cádiz, donde se ocupa de negocios, y a Madrid, donde enfrenta

Simón Rodríguez, maestro y amigo de Bolívar. Las ideas roussonianas y liberales de este hombre influyeron en el espíritu de su joven discípulo.



Colección Alfredo Boulton. Caracas.

su dolor con el del padre de su esposa, y en unión de Fernando Toro parte hacia París.

Ningún lugar mejor para olvidar. Ningún ambiente más distinto de la patriarcal Caracas o la todavía tradicionalista corte madrileña que aquel París de 1804, cuando Napoleón hacía surgir una corte imperial de la burguesía enriquecida proveniente del levantamiento de los *sans-culotte* y jacobinos.

El espectáculo es nuevo: todo el hervor de un pueblo se ha condensado en un hombre. Las ideas de Rousseau y los demás filósofos, caros al amable y seductor *Robinsón* de la infancia, han trastocado la monarquía más poderosa de Europa y dado nacimiento a un héroe, digno paralelo de los grandes de la antigüedad: Napoleón, proclamado emperador el 18 de mayo y coronado por el papa el 2 de diciembre de 1804.

Simón y sus amigos no quieren mezclarse con el París bullicioso. Se quedan en su posada y cierran las ventanas. Piensan



Colección de la condesa de Trobiand, París

que aquel hombre que va a arrancar de las manos del papa la corona que se pondrá sobre su cabeza es un traidor a la gran revolución de los franceses.

Apuestos oficiales, adinerados proveedores del ejército, nobles que trataban de hacerse perdonar su origen, plebeyos que aspiraban a la nueva aristocracia, damas y damiselas elegantes y provocativas, herederas de los filósofos de los salones dieciochescos tanto como de las mujeres que irrumpían en la calle en las jornadas revolucionarias. Si todo soldado podía llevar en la mochila el bastón de mariscal, con mayor razón su compañera podía aspirar a la más alta categoría social.

En aquel París, Bolívar encuentra un grupo de hispanoamericanos que contribuyen a que se produzca en él un desarraigo del pasado próximo, cuyo recuerdo le traía horas de dolor.

Un amor, Fanny du Villars, esposa del coronel Dervieu du Villars, le acompaña en aquellas jornadas parisienses y le abre muchos caminos en aquella brillante ciudad que se siente capital del mundo.

Pero el más importante de todos, el que puede conducirle a un futuro todavía imprevisible, lo va a recorrer con su viejo amigo Simón Rodríguez.

El buen *Robinsón* seguía entregado a sus aficiones de pedagogo y humanista. Daba clases en Bayona y había dado fin a la empresa de traducir y editar en castellano *Atala*, de Chateaubriand, en 1801, fecha hito para los preludios del Romanticismo hispano.

Por aquellos días Bolívar conoce a Alexander von Humboldt, con quien conversa. Este hombre, que ha recorrido América y meditado sobre su situación, la cree madura para la independencia. Así se lo dice a Bolívar. Alguno de los que le rodean asiente. Pero el sabio concluye: «Lo que no veo es al hombre que pueda realizarla.»

El juramento del Monte Sacro

Bolívar, Simón Rodríguez y Fernando Toro emprenden, en abril de 1805, una excursión, recorriendo largas jornadas a pie. Desde París caminan hacia el sureste, Lyon, la Alta Saboya, el norte de Italia, Turín, Milán. En esta ciudad se encuentran con Fanny du Villars y su marido.

◀ *El explorador y naturalista alemán Alexander von Humboldt (1769-1859).*

Napoleón se ciñó la famosa corona de hierro de los lombardos, en la catedral milanesa, el 26 de mayo de ese año. Bolívar y Rodríguez asisten a la ceremonia y luego presencian la gran revista militar llevada a cabo en las llanuras del Monte-Chiaro, cerca de Castiglione, que presidió el emperador. Allí fermentarían en su espíritu, mezcladas, las ideas contra el que consideraba un traidor a la libertad y aquellas, también agresivas, nacidas de la grandiosidad del desfile ante la majestuosa figura del hombre de la época.

De aquí a Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia, Perusa y Roma. Cumplía con la gran ambición del intelectual o el artista de su tiempo, a caballo entre dos siglos; con el amor por la antigüedad clásica y el impulso romántico por la libertad. Le atraían las ruinas y los museos que le mostraban testimonios de los relatos griegos y romanos que le impresionaron en su niñez. Una posada junto a la escalinata de la plaza de España le servía de diario punto de partida para sus excursiones romanas.

Cierta tarde, hallándose los tres en el Monte Sacro, el romántico poder del crepúsculo los dominó. El día había sido caluroso. El sol se resistía a desaparecer y enrojecía el cielo. Agitados por la marcha, jadeantes, sudorosos por la ascensión a la colina, contemplaban el panorama, bello y con matices de viejo grabado. Simón Rodríguez se sentó en una piedra —resto de una columna, destrozada por el tiempo, en su romántico recuerdo—; Bolívar, en pie, como un héroe de leyenda, dando ya el primer burilazo en su legendaria estampa, todavía anhelante por el esfuerzo, juró ante la majestuosa ara del horizonte incendiado por el sol:

—Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.

Era el 15 de agosto de 1805.

2. Regreso a Venezuela

Vuelta a la patria. Unicamente en navío norteamericano podía viajar con seguridad, a causa de la guerra que Napoleón mantenía con los ingleses. La ciudad libre de Hamburgo le permite tomarlo y llega a Charleston en enero de 1807. De allí a Filadelfia, desde donde es más fácil el traslado a la provincia venezolana.

La vida que encuentra es la misma que dejó. Si acaso, más acentuados y quizá expresados en voz más alta los sentimientos de emancipación. Pero no tanto como para que triunfe la intentona de Miranda, quien el año anterior había desembarcado en Coo e intentado proclamar la independencia.

De nuevo la atención a la hacienda. El *Diablo Briceño*, dueño de haciendas vecinas, iracundo y belicoso, además de «impertinente y majadero», al decir de serio historiador, le provocó a una lucha por cuestión de linderos, a la que llevó a sus esclavos armados y llegó al ataque personal, en el que Bolívar consiguió arrebatarle la pistola. No con eso acabaron los incidentes y las disputas, que sólo habían de ser borrados por el gran pleito sangriento en que se iba a enzarzar el país. Bolívar pasa sus jornadas entre esta hacienda de Yare —donde le causa Briceño varios disgustos— y su casa de Caracas.

Conversaciones con vecinos, familiares y amigos, ávidos de oír al que vuelve de Europa y hacerle conocer sus ideas y planes. Discusiones. La postura de Bolívar en aquellos días y en los primeros del movimiento emancipador no permite albergar ninguna duda.

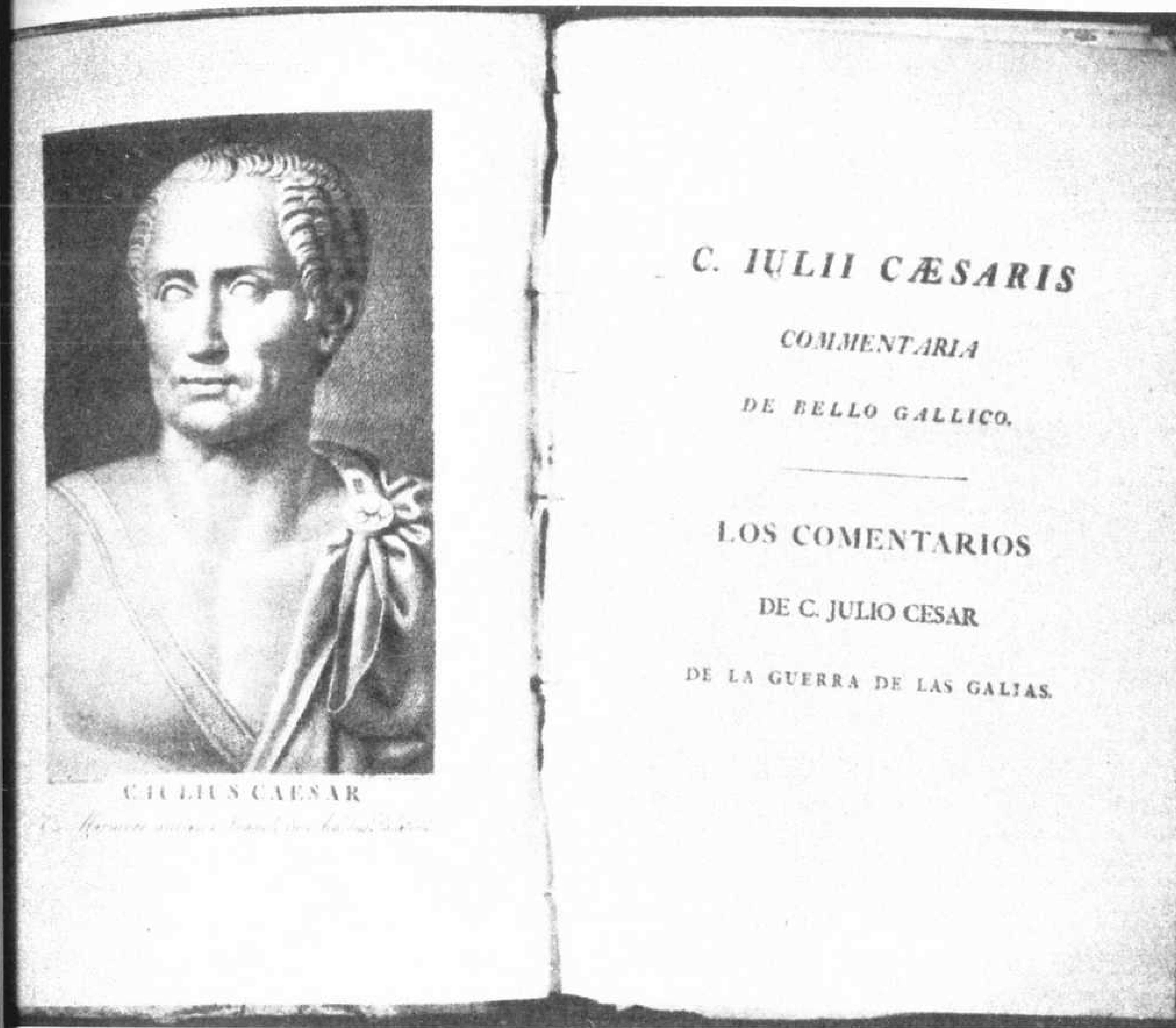
Podría trazarse aquí una línea que separa dos tiempos en la vida del hombre que estamos contemplando. Va a acabar el hacendado caraqueño y no tardará en aparecer el guerrero arrebatado por la épica gesta emancipadora. Una línea en su vida como en la de centenares —y después miles— de sus compatriotas. No es un hecho que surja de su propia voluntad, aunque hayamos visto la evolución y firmeza de sus ideas, sino que los peones del gran juego de la historia van a obligar a una serie de

jugadas que podrían haber variado según los actos de quienes fueron peones en ellas, pero cuya finalidad y propósito no podrían ser otros.

Las inmensas tierras que la corona española gobernaba desde la lejanía de su centralismo metropolitano maduraban para desgajarse del tronco que las venía nutriendo política y culturalmente.

Hombres tenaces como Miranda habían venido machacan-





Ejemplar de los Comentarios *de César que perteneció a Bolívar y que éste llevó siempre durante sus campañas.*

◄ *La casa natal de Bolívar en 1910, antes de la reconstrucción.*

do en el hierro todavía frío de la independencia de los países americanos. El ejemplo de los pueblos del Norte era un peligroso ejemplo, y sus hombres —Washington, Franklin— cobraban categoría romántica de héroes del nuevo tiempo.

El espíritu de revuelta bullente entre los criollos acomodados ahondaba las diferencias con los aristócratas o funcionarios metropolitanos. Sus aspiraciones no pasaban de desear un gobierno autónomo sin los gobernadores y las leyes enviados desde la Península. Regirse a sí mismos sin atacar las altas instituciones era el ideal a que se reducía la mayoría de los círculos que conspiraban contra España, conspiración que se limitaba a



Francisco de Miranda, el Precursor, un hombre que consagró su vida a la liberación de América.

resistir pasivamente a las leyes españolas y que se acercaba sorda, suave y lentamente al «estampido» que habían anunciado Ulloa y Jorge Juan en 1786 en su informe sobre el estado de América.

La existencia de ese espíritu no era desconocida en España. Un gobernante, el ilustrado conde de Aranda, hablaba al rey de los «trastornos funestos» que en el futuro habían de brotar en el continente, y tratando de adelantarse al curso de los acontecimientos, proponía una especie de semiindependencia, creando tres monarquías, regidas por infantes españoles, y en las que España conservaría bases que ayudarían a mantener su poder y las ligarían con la corona matriz.

Pero el proyecto quedó en papeles muertos, sin otro porvenir que los archivos. Los pasos de la historia de Europa eran firmes y resonantes. Ante el asombro del mundo, caía Luis XVI y se encendía una guerra en que los improvisados ejércitos de los *sans-culotte* derrotaban a los soldados del Imperio austríaco, perfilados como soldados de plomo.

Miranda, el visionario caraqueño que predicaba por las cortes europeas la piedra filosofal de la independencia americana, era uno de los victoriosos generales de la Revolución. La llamarada jacobina amenazaba devorarse a sí misma, cuando surgió Napoleón orientando las nuevas fuerzas de Francia hacia la conquista del mundo. La vecina España es arrollada. Sus reyes desaparecen, huéspedes o prisioneros de Bonaparte. El ancho mundo de sus súbditos ha perdido su padre y director. Ocasión única para que el sentimiento de gobernarse a sí mismos, surgido hasta entonces como una vergonzante reivindicación, sea un noble afán patriótico que puede proclamarse a la luz del día. ¿No han dado ejemplo los propios españoles alzándose en juntas que se orientan hacia la lucha contra el invasor y el Gobierno del país mientras permanezca en su prisión de Valençay el deseado Fernando?

En este clima existían fermentos muy activos, que de momento se absorbían en el anhelo general, pero que, encontrando cultivo adecuado, se desarrollarían y teñirían con su color el conjunto: aquellos en quienes habían prendido las ideas revolucionarias francesas y soñaban con la independencia, la república.

Chispazos reveladores fueron la conspiración que en 1797 se descubrió en Caracas, en la que los criollos Gual y España, ayudados por españoles, entre ellos el famoso Picornell, ya condenado a muerte en la Península por igual motivo, intentaban proclamar la república, y el fallido intento realizado por Miranda al desembarcar en Coro en 1806, sin que su gesto y su palabra encontraran el eco que esperaba. Era pronto para hablar de república y hasta de emancipación. Muchos de los que se vieron arrastrados en el torbellino de la guerra sin cuartel por la independencia, comenzaron soñando sólo con una participación directa en el gobierno del país.

Ya el 27 de julio del mismo 1808 en Caracas se conoció la detención de varios individuos acusados de sedición, contra los que se inició un lento proceso. Algún amigo recomendó a Bolívar que no se mezclase en reuniones ni las organizara en su casa. El consejo le hizo retirarse a su hacienda.

Son los tiempos en que el conde de Tovar, riquísimo propietario que trataba de sustituir paulatinamente a los esclavos por arrendatarios libres, dirigió al capitán general una representación «en favor de una Junta Gubernativa de Gobierno», consecuencia de otra anterior, firmada por él y otros caraqueños, y con la que sólo consiguieron ser encerrados en el cuartel de San Carlos.



Caricatura publicada en la prensa inglesa de la época, que muestra a Napoleón dominando el mundo y a punto de castigar con el bloqueo continental a Inglaterra. Esta, representada por un hombrecillo, le conmina a detenerse.



Firmas del Libertador.

Protestas de adhesión a los reyes de España y de lo beneficioso de la junta para defender los derechos «del señor don Fernando VII y de la Casa de Borbón», de amor y hermandad con los nacidos en España; fidelidad, honor y patriotismo. Pero también frases que acusan la gravedad del momento o suenan ya a redoble revolucionario: «He llegado a la edad de ochenta y tres años sin mezclarme jamás en los negocios públicos porque jamás fui testigo de uno tan importante como el presente...» «No hay familia noble que no esté sumergida en el llanto y la desolación, y por todas partes se escuchan quejas y clamores...»

El sereno y firme alegato del conde de Tovar se apoyaba en la vacilante conducta del capitán general, que había participado de la idea y cambiado impresiones con los cabecillas del movimiento. Reaccionando luego, por recibir mejores noticias de España que las que daban cuenta de la invasión y dominio por los franceses, su relación con cuantos más se habían significado le permitió la iniciación del proceso.

De Bolívar sabemos que tomó parte en los conciliábulos donde se planeó el establecimiento de la Junta, y que la llamada *Cuadra Bolívar* —quinta de recreo heredada de sus padres, situada en las afueras de la ciudad, en lugar poco frecuentado— fue uno de los puntos de cita.

Bolívar asistió a las reuniones, discutió ardorosamente, hasta llegar a las manos con algún contrincante; pero no quiso firmar la representación por no estar en los términos que él propugnara. No le parecía bien la sumisión a la Junta Central Suprema de Sevilla. Quería una junta con mayor autonomía. Apuntaba ya declaradamente hacia la independencia.

3. La declaración de la independencia

El año 1810 va a ser una fecha decisiva. Bolívar se encuentra en su finca —todo lo retirado que se puede estar de un movimiento que alienta en un país y hacia el que irremisiblemente se camina— cuando los conspiradores consideran llegado el momento. Este fue determinado por la llegada, el miércoles santo, 18 de abril, de dos comisionados de España, el conde don Carlos Montúfar y el capitán de fragata Antonio de Villavicencio, portadores de la noticia de que se había establecido en Cádiz el Consejo de Regencia, que, apoyado en las Cortes, había de suplir al monarca prisionero de Napoleón. Ni la noticia ni las personas elegidas eran lo más a propósito para pacificar los revueltos espíritus.

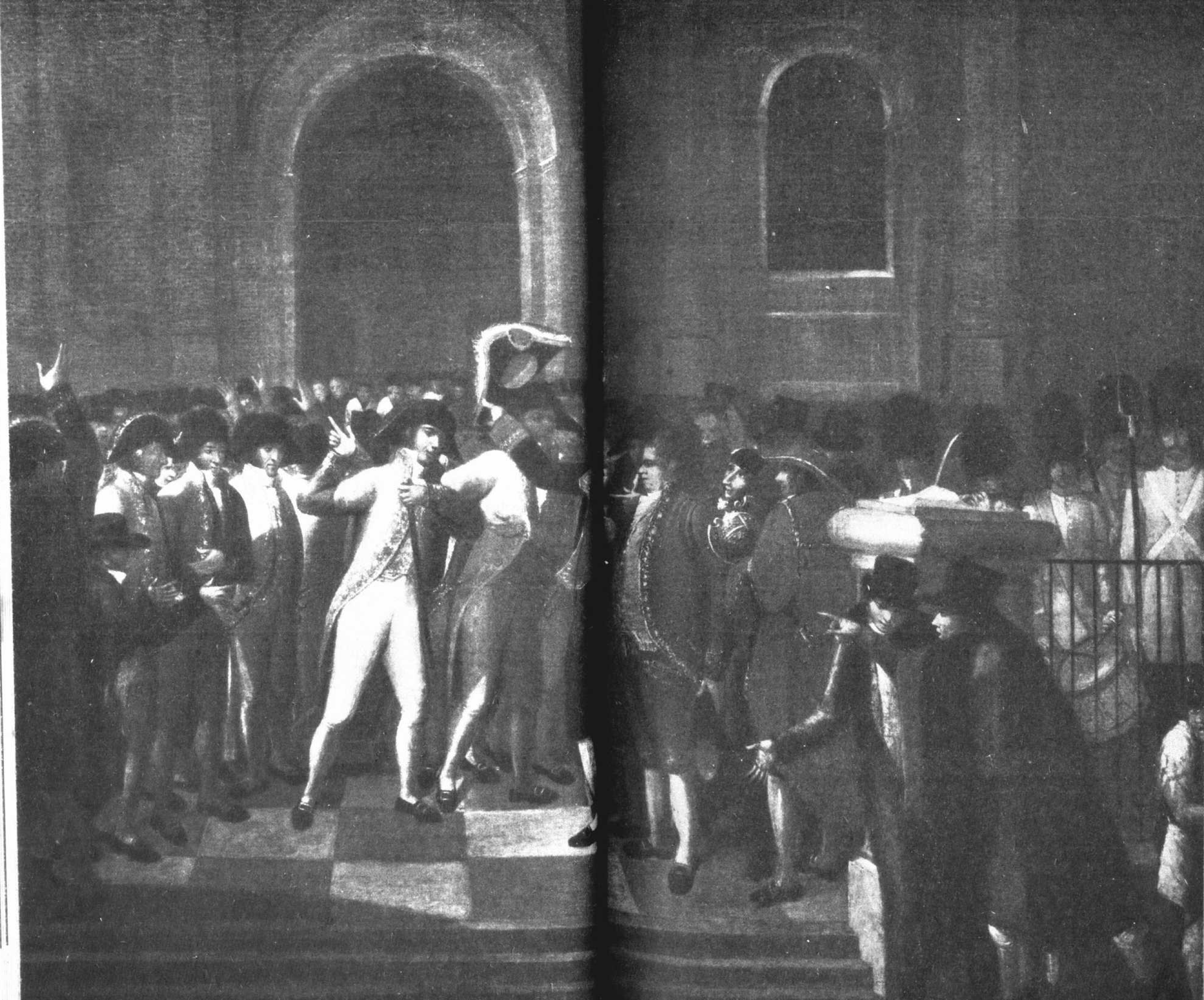
El 19 fue el día del levantamiento, más espontáneo que preparado, a pesar de su lenta gestación. Antes de los oficios de jueves santo en la catedral se planteó al capitán general, Vicente de Emparán, la necesidad de constituir una junta que gobernase velando por los derechos del soberano. Cuando iba a entrar en el templo volvieron a dirigírsele los «patriotas» con gesto que se podía ya tomar por insubordinación. Los granaderos del Regimiento de la Reina, que forman la guardia, presencian la escena y presentan armas. Su capitán, ignorante de cuanto pasaba o podía pasar, les ordena quietud. El pueblo comienza a alborotar. La guardia del Cabildo, adonde conducen los «patriotas» al capitán general, ya no le presenta armas.

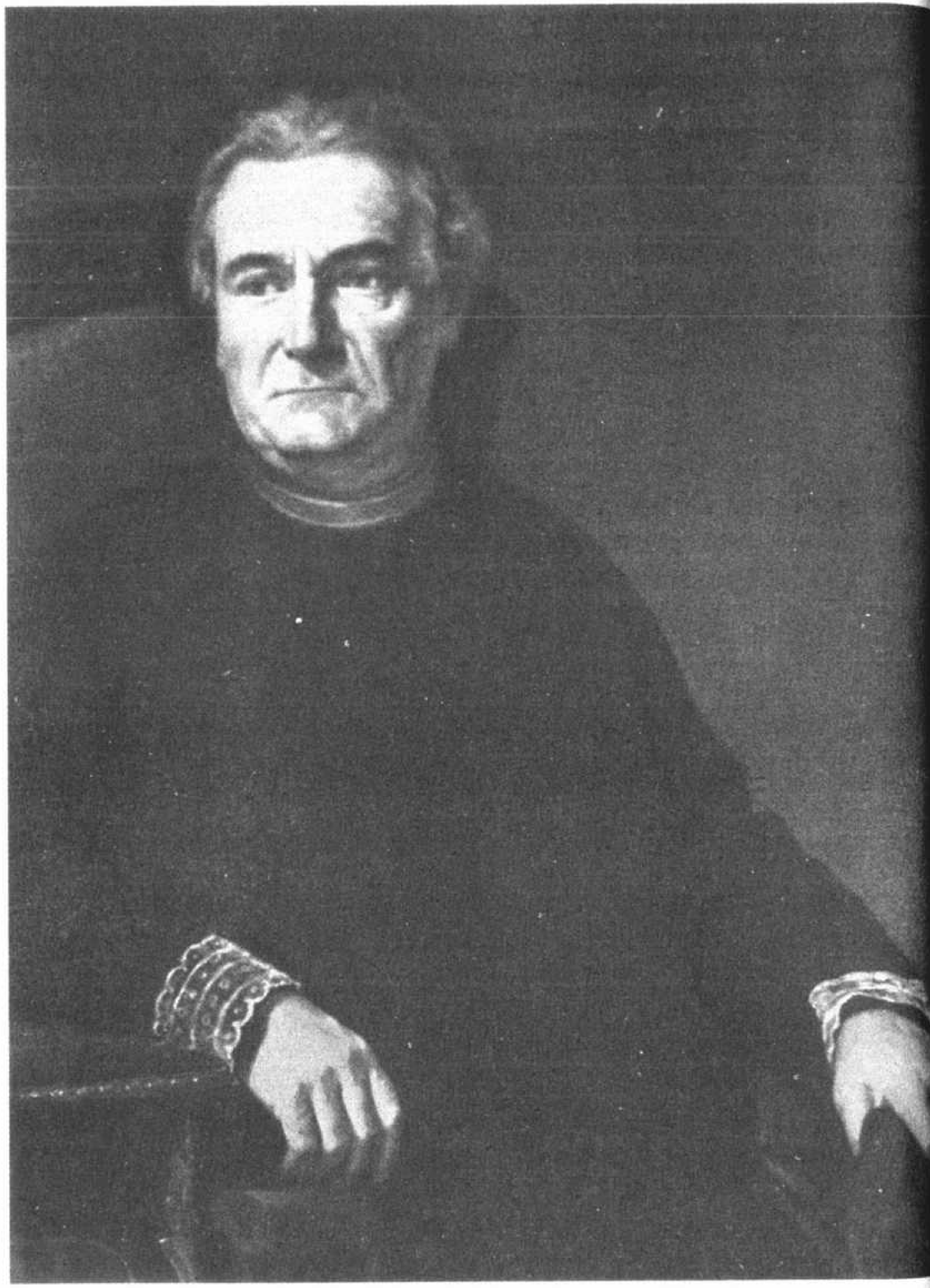
No reacciona cuando Juan Germán Roscio y José Félix Sosa, en nombre del Cabildo, le hablan de crear una Junta Suprema, cuya acta comienzan a redactar con él como presidente. Pero llega en este momento el canónigo de la catedral José Cortés de Madariaga, que se atribuye la cualidad de «diputado por el clero», y pide la deposición del gobernador. Emparán se asoma al balcón y busca afianzar el poder que se le escapa en la masa que se agolpa ante el edificio. Pregunta si están contentos con su mando. Tras él, como dirigiendo a la multitud, no confa-



Museo de Bellas Artes, Caracas

Pintura titulada El 19 de abril, *de Arturo Michelena. Museo de Bellas Artes, Caracas.*







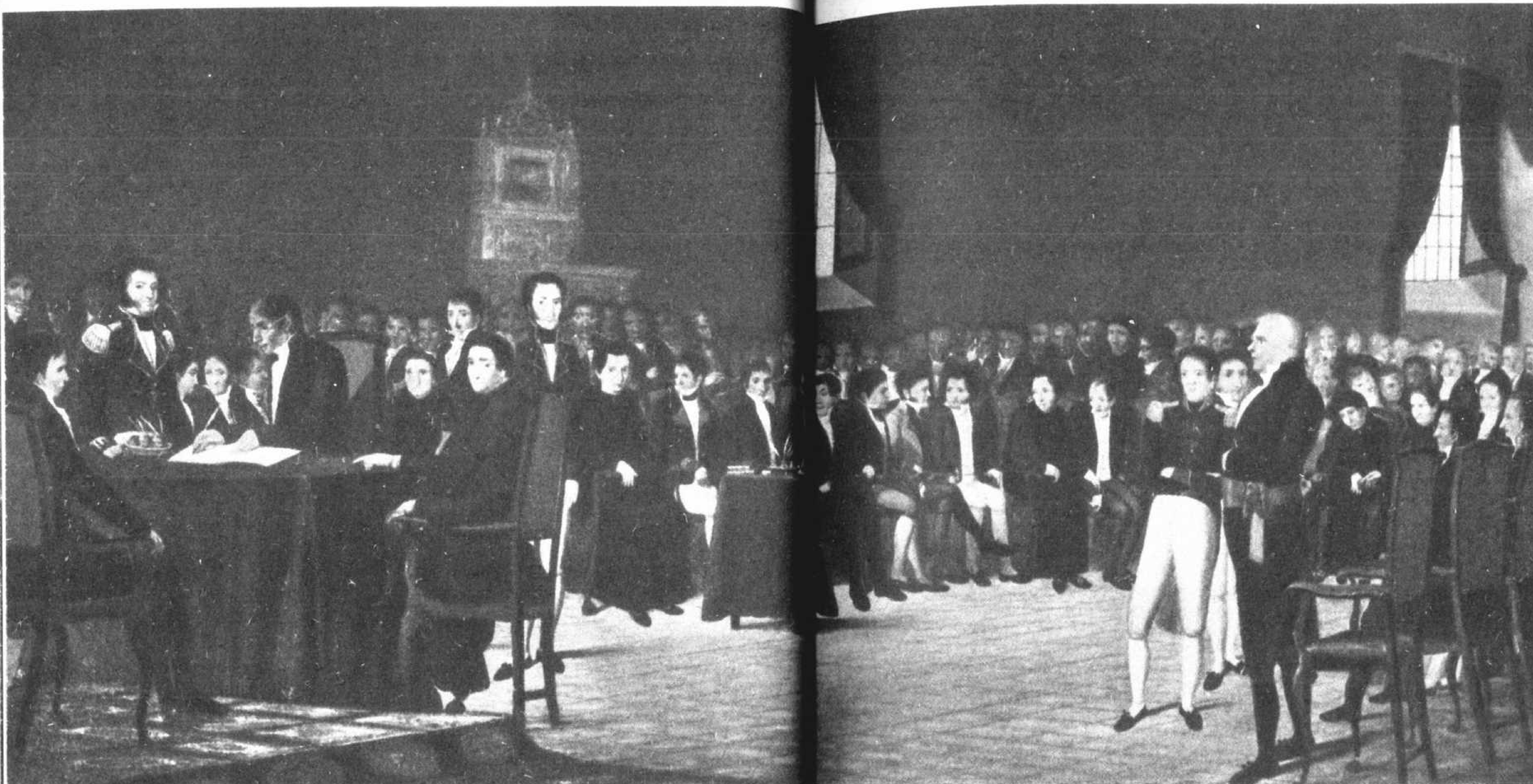
El canónigo José Cortés de Madariaga, «diputado por el clero», tuvo un papel decisivo en la jornada del 19 de abril.

Simón Bolívar en 1810, según un retrato de Ch. Bill.

◀ *Doble página anterior: pintura titulada* 19 de abril de 1810, *de Juan Llovera. Representa la revolución que tuvo lugar en esa fecha en la ciudad de Santiago de León de Caracas, hoy capital de la República de Venezuela.*

bulada con su gesto, el canónigo hace signos de que no. «¡No le queremos!», grita el pueblo.

«Pues yo tampoco quiero, ¡mando!», exclama Emparán en su despecho. Y así, con aquella Junta que tan fácilmente se sacudía el gobierno español, había empezado una revolución que rápidamente sustraería de la España conquistadora todas las tierras del continente que hablaban su lengua.



Pintura de Juan Llovera titulada Los representantes de las Provincias Confederadas de Venezuela, reunidos en Congreso, restauran y vindican los Primitivos e Imprescriptibles Derechos de la Patria.

Bolívar, apenas conoció lo sucedido, corrió a ponerse junto a sus amigos. El nuevo Gobierno le concede el grado de coronel de infantería y decide utilizar sus servicios en un lugar donde cree que pueden ser muy útiles. Su cultura y sus viajes a Europa contribuirían, junto con sus propias instancias, a que se le enviase comisionado a Londres, en unión de Luis López Méndez y Andrés Bello, a informar de lo sucedido al Gobierno británico y a asegurarse su ayuda. Los comisionados sostienen varias entrevistas con el ministro de Asuntos Exteriores inglés, lord Wellesley, quien los recibe de forma oficiosa. Hablan en francés. Bolívar, bien secundado por sus compañeros, defiende fogosamente la posición venezolana, pero el gabinete británico mantiene una prudente reserva: no quiere desalentar a los criollos, pero me-

nos aún quiere enajenarse la voluntad de los españoles, que, aliados ahora con Inglaterra, pelean contra Napoleón en la Península. Entre tanto, el revolucionario Francisco de Miranda resulta muy útil a los comisionados, a quienes abre su casa y su biblioteca, les informa, aconseja y pone en relación con notables personajes. Al mismo tiempo que desempeña su misión, Bolívar observa el sistema político inglés, por el cual habrá de sentir siempre una razonada admiración. Las entrevistas con Wellesley llegan a un punto muerto a mediados de septiembre, y Bolívar de-

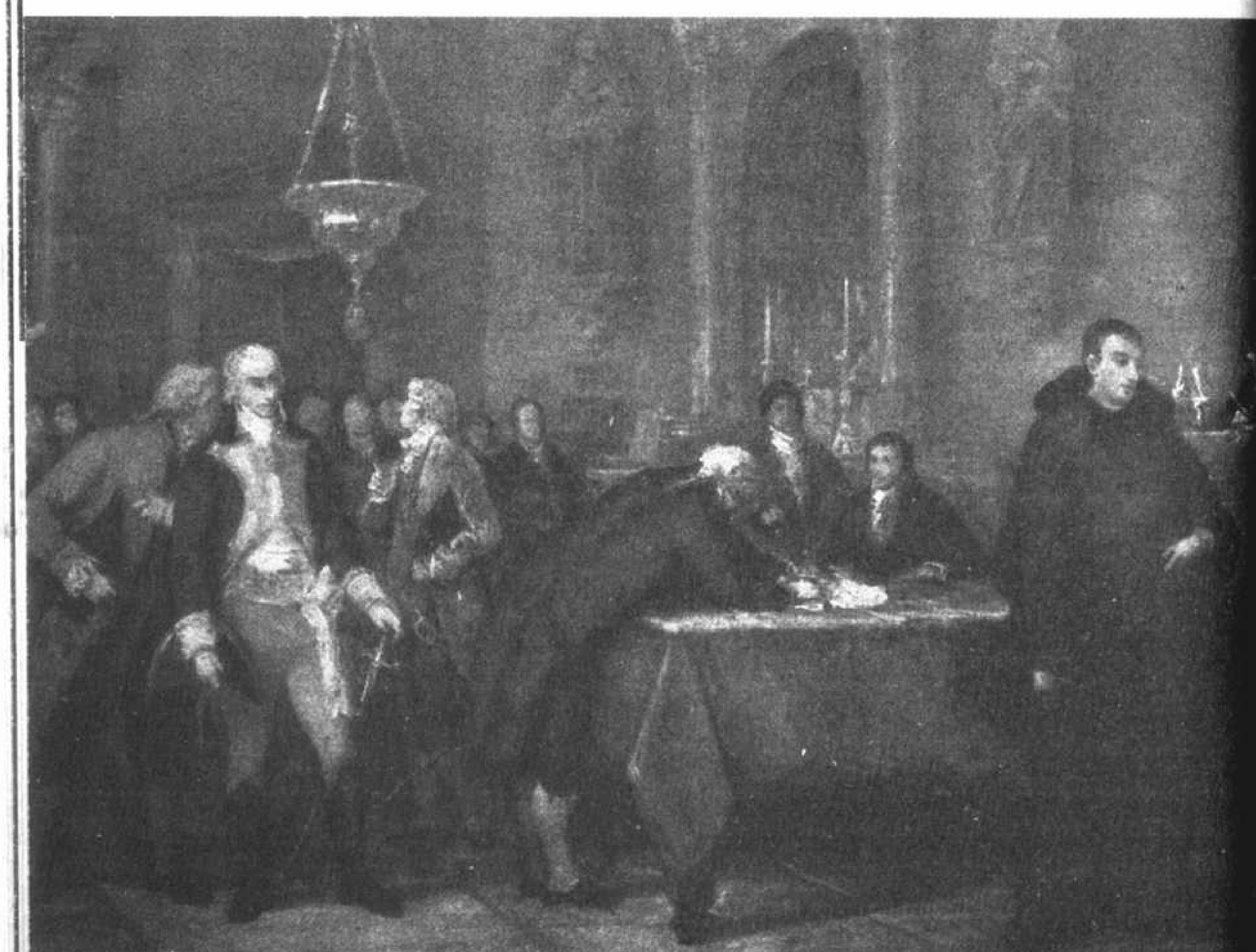
cide regresar a Venezuela. Miranda no tarda en seguirle. Los dos han hecho buena amistad.

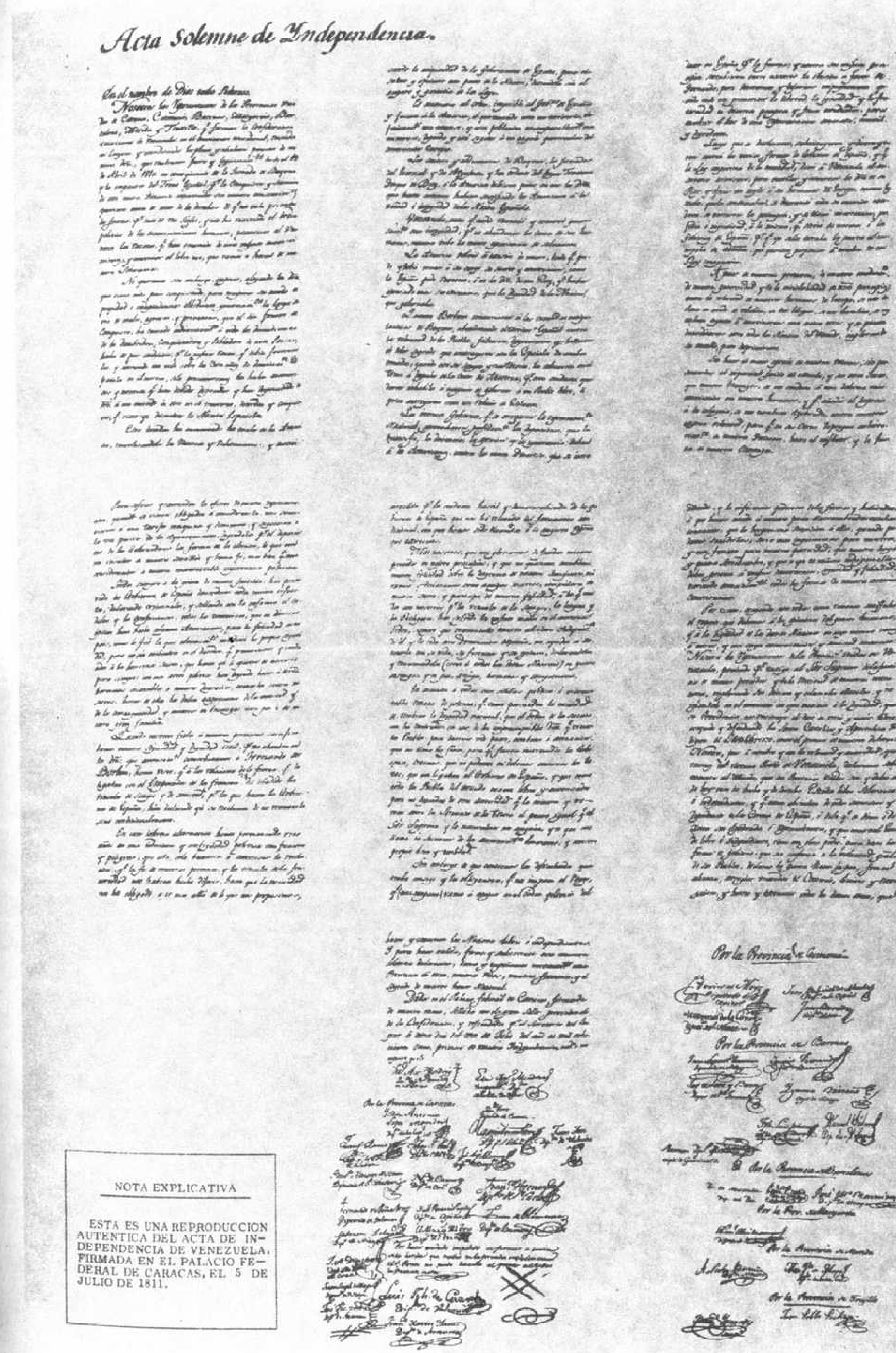
El 5 de diciembre de 1810 regresa Bolívar de Londres. Poco después llega una figura casi mítica, Francisco de Miranda, precursor de todo el movimiento de independencia, infatigable expositor y defensor de su idea por las cortes europeas del siglo XVIII. Sin embargo, los comisionados no volaron en su busca, ni siquiera procuraron tener un cambio de impresiones. Fue Bolívar quien, comprendiendo su utilidad, le consideró una preciosa ayuda, le llevó a su casa, regalándole con su hospitalidad, y defendió ante todos su inexcusable presencia en el movimiento emancipador.

Su historia pasada abonó esta defensa. Los más revolucionarios veían en él al adelantado de la revolución; su generosa entrega a una empresa le conquistaba el corazón de muchos de aquellos hombres que alentaban ideales de virtud cívica. Su fama

Acta de Independencia de Venezuela, 5 de julio de 1811.

Redacción del boceto del Acta de Independencia. *Oleo de Martín Tovar.*

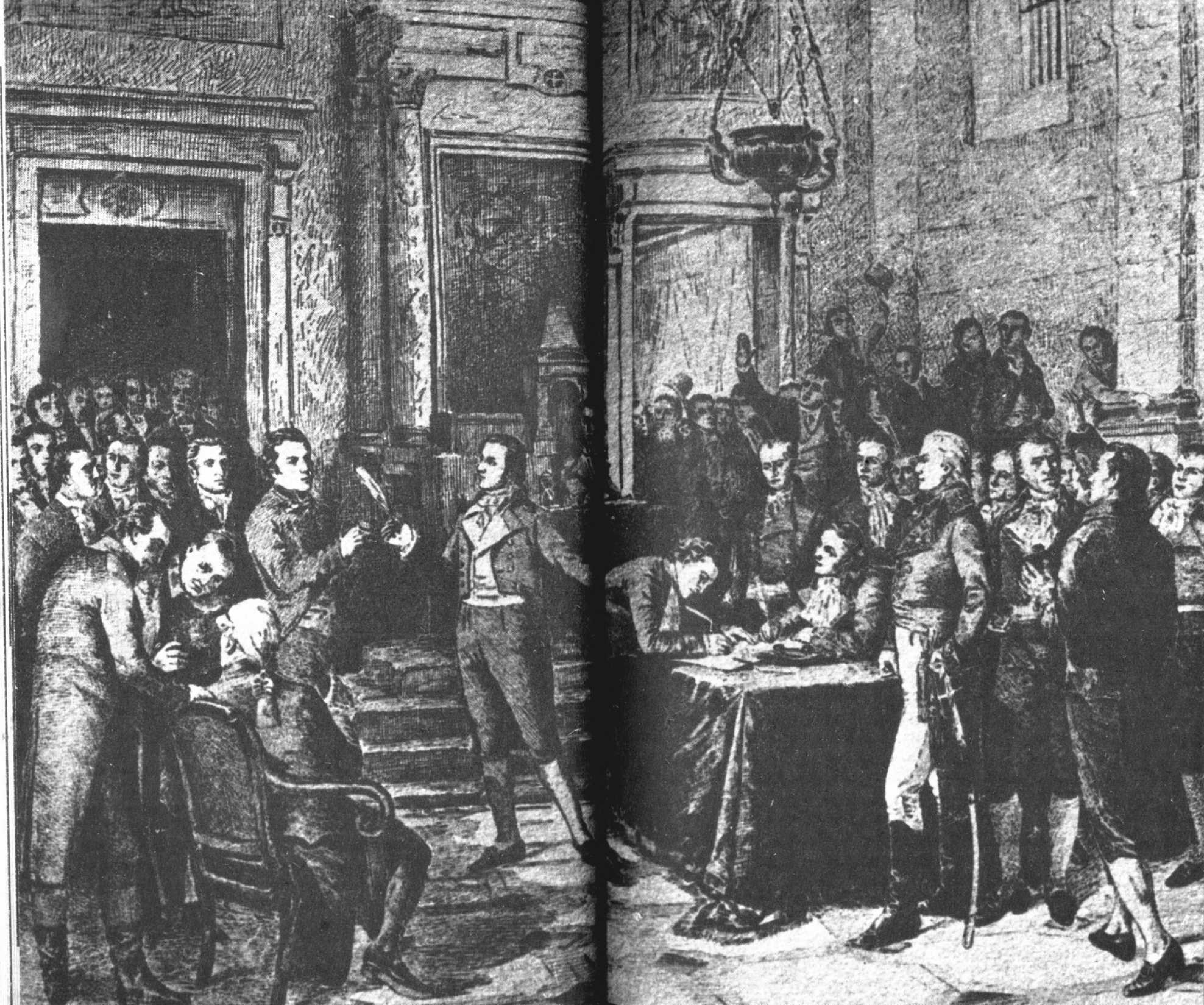




Acta Solemne de Independencia.

NOTA EXPLICATIVA

ESTA ES UNA REPRODUCCION AUTENTICA DEL ACTA DE INDEPENDENCIA DE VENEZUELA, FIRMADA EN EL PALACIO FEDERAL DE CARACAS, EL 5 DE JULIO DE 1811.



le daba jerarquía militar y política. Como consecuencia de tod ello fue nombrado teniente general por la Junta y elegido dipu tado en el Congreso que se reunió el 2 de marzo de 1811.

Bolívar y Miranda fueron el alma de la Sociedad Patriótica —club comparable a la «Montaña» francesa—, que propugnaba la declaración de independencia absoluta. El primero de ellos pro nunció el 3 de julio un discurso categórico y ardiente:

«Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad su ramericana. Vacilar es perdernos.»

«Propongo que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos.»

Se aclamó la propuesta. Se redactó al día siguiente la pro posición, y una jornada más bastó para que el Congreso decla rase la independencia.

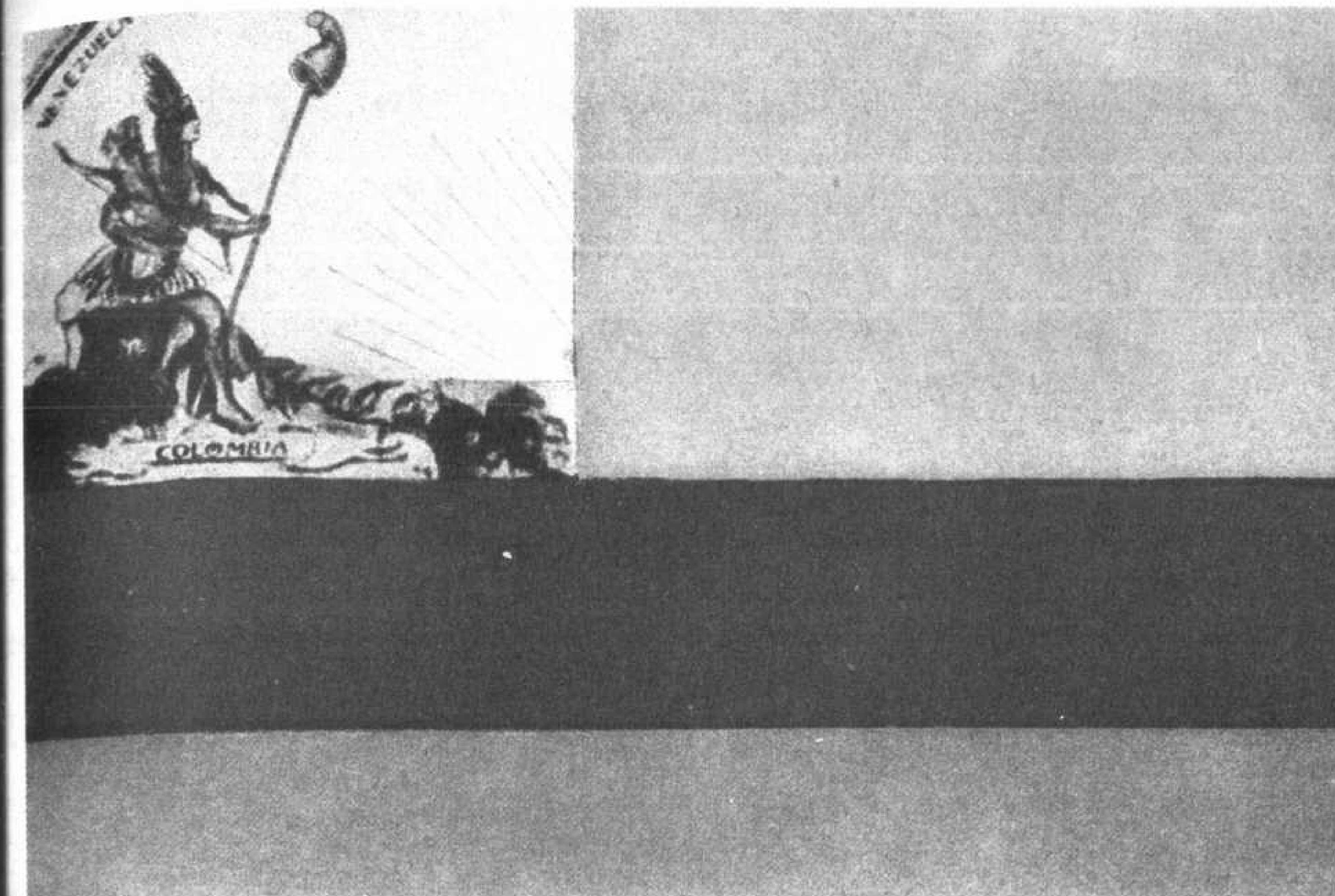
El fracaso de la primera República venezolana

Nacía un nuevo país. Adoptaba la bandera tricolor —ama rillo, azul y rojo—, la misma que enarboló Miranda en 1806. Se entregaba con ardor a las tareas legislativas. Pero no iba a ser tan fácil. Ya en el momento de la Declaración, un venezolano Maya, se opuso a ella y estuvo a punto de ser asesinado por los arrebatados patriotas. Luego, Coro y Maracaibo niegan obedien cia a las nuevas autoridades.

El realismo tenía sus raíces, que darían carácter de guerra civil y especiales tintes de crueldad a la contienda que se inau guraba el 11 de julio en la ciudad de Valencia.

Miranda dirige las operaciones militares. Bolívar asiste al si tio de Valencia, que se rinde el 13 de agosto, y es la persona qu llega ante el Ejecutivo a comunicar la triunfal noticia. Surgen otros brotes. Comienza a sonar el nombre de Monteverde, jefe milita de segunda importancia entonces, pero que iba a ser quien ases taría un golpe mortal al naciente país venezolano. Domingo Mon teverde era capitán de fragata y llegó desde Puerto Rico hasta Coro, desde donde se pretendía atacar a las provincias subleva das. Un alzamiento en Siquisique sirvió para que Monteverde re

◀ *Doble página anterior:* Firma del Acta de Independencia. *Grabado sobre el óleo de Martín Tovar.*

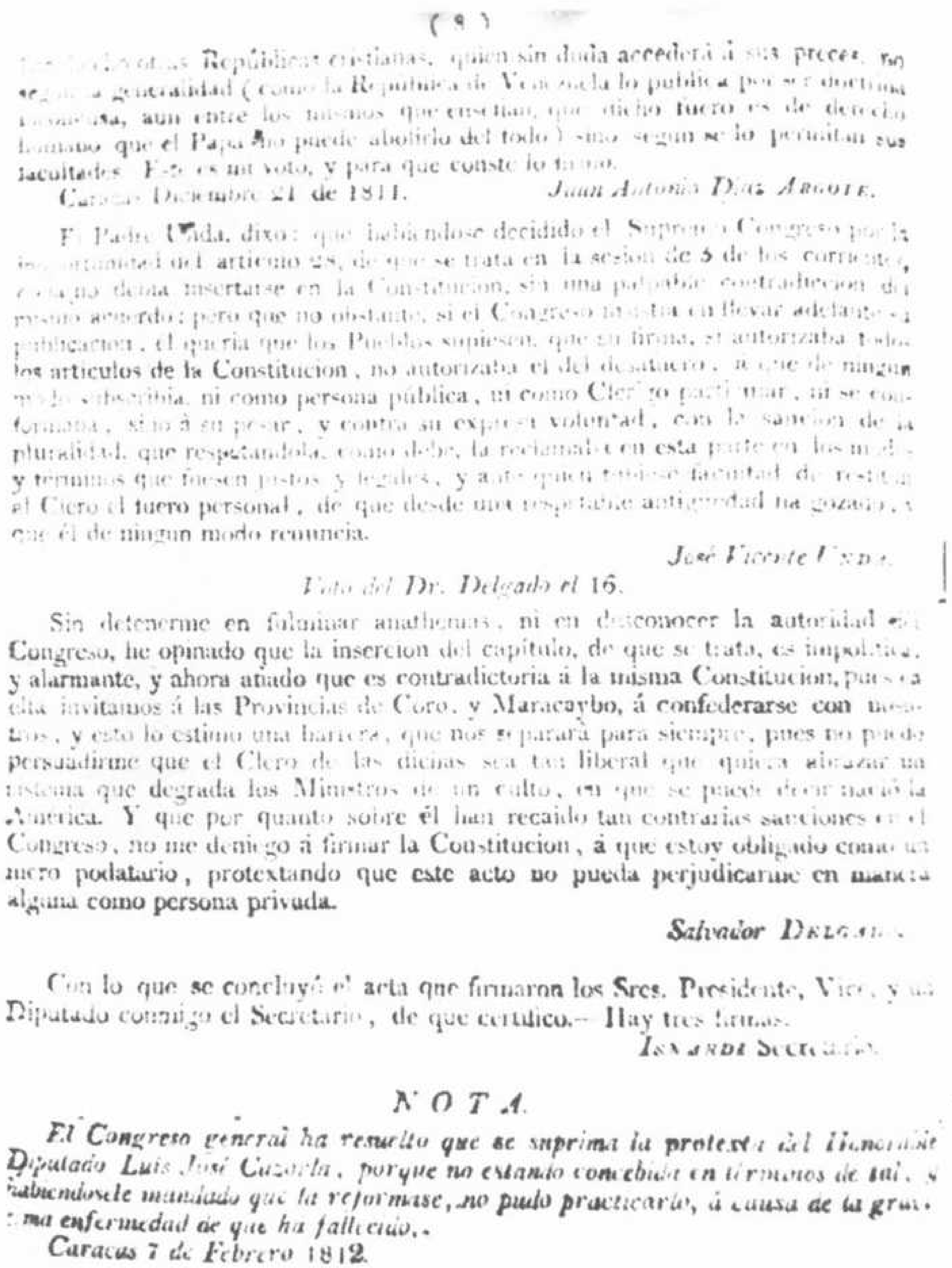


Bandera de las primeras jornadas republicanas, con los mismos colores que la de Miranda en 1806.

cibiese orden de ocupar la plaza y ayudar a los realistas. No se conformó con eso, sino que, desobedeciendo órdenes, emprendió la invasión de Carora, destruyendo fuerzas superiores.

Ocurría esto a finales de marzo, apenas días antes de los terremotos que convirtieron en montones de escombros edificios y monumentos de Caracas, Barquisimeto, Mérida... Un testigo presencial nos ha dejado la estampa de Bolívar, en mangas de camisa, ascendiendo por las ruinas del templo de San Jacinto para formarse idea de la magnitud de la catástrofe, y lanzando exclamaciones que revelan su pensamiento de que las fuerzas de la naturaleza se le oponían con tanta furia como la que sostenía a su voluntad para no cejar en su empeño.

El terremoto no sólo había cuarteado los muros que aún quedaban en pie. También las conciencias de muchos de los que habían aplaudido a los patriotas se resquebrajaban ante el espectáculo de las víctimas y los ecos de los sermones que desde los púlpitos hablaban de aquel castigo del cielo. En algún lugar, los habitantes prestaban juramento a Fernando VII como expiación que aplacase al Dios enojado. Monteverde supo sacar ventaja de la desorganización del momento, tomar ciudades —como Bar-



(8)

[illegible] Repúblicas cristianas, quien sin duda accederá á sus preces, no seguir la generalidad (como la República de Venezuela lo publica por ser doctrina [illegible], aun entre los mismos que enseñan, que dicho fuero es de derecho humano que el Papa no puede abolirlo del todo) sino segun se lo permitan sus facultades. Este es mi voto, y para que conste lo firmo.

Caracas Diciembre 21 de 1811. *Juan Antonio Diaz Argote.*

El Padre Unda, dixo: que habiéndose decidido el Supremo Congreso por la [illegible] del articulo 28, de que se trata en la sesion de 5 de los corrientes, [illegible] debia insertarse en la Constitucion, sin una palpable contradiccion del mismo acuerdo: pero que no obstante, si el Congreso insistia en llevar adelante su publicacion, el queria que los Pueblos supiesen, que su firma, si autorizaba todos los articulos de la Constitucion, no autorizaba el del desafuero, ni que de ningun modo subscribia, ni como persona pública, ni como Clerigo particular, ni se conformaba, sino á su pesar, y contra su expresa voluntad, con la sancion de la pluralidad, que respetandola, como debe, la reclamaba en esta parte en los modos y terminos que fuesen justos y legales, y ante quien tuviese facultad de restituir al Clero el fuero personal, de que desde una respetable antigüedad ha gozado, y que él de ningun modo renuncia.

José Vicente Unda.

Voto del Dr. Delgado el 16.

Sin detenerme en fulminar anathemas, ni en desconocer la autoridad del Congreso, he opinado que la insercion del capítulo, de que se trata, es impolítica, y alarmante, y ahora añado que es contradictoria á la misma Constitucion, pues en ella invitamos á las Provincias de Coro, y Maracaybo, á confederarse con nosotros, y esto lo estimo una barrera, que nos separará para siempre, pues no puedo persuadirme que el Clero de las dichas sea tan liberal que quiera abrazar un sistema que degrada los Ministros de un culto, en que se puede decir nació la America. Y que por quanto sobre él han recaido tan contrarias sanciones en el Congreso, no me deniego á firmar la Constitucion, á que estoy obligado como un mero podatario, protextando que este acto no pueda perjudicarme en manera alguna como persona privada.

Salvador Delgado.

Con lo que se concluyó el acta que firmaron los Sres. Presidente, Vice, y un Diputado conmigo el Secretario, de que certifico.— Hay tres firmas.

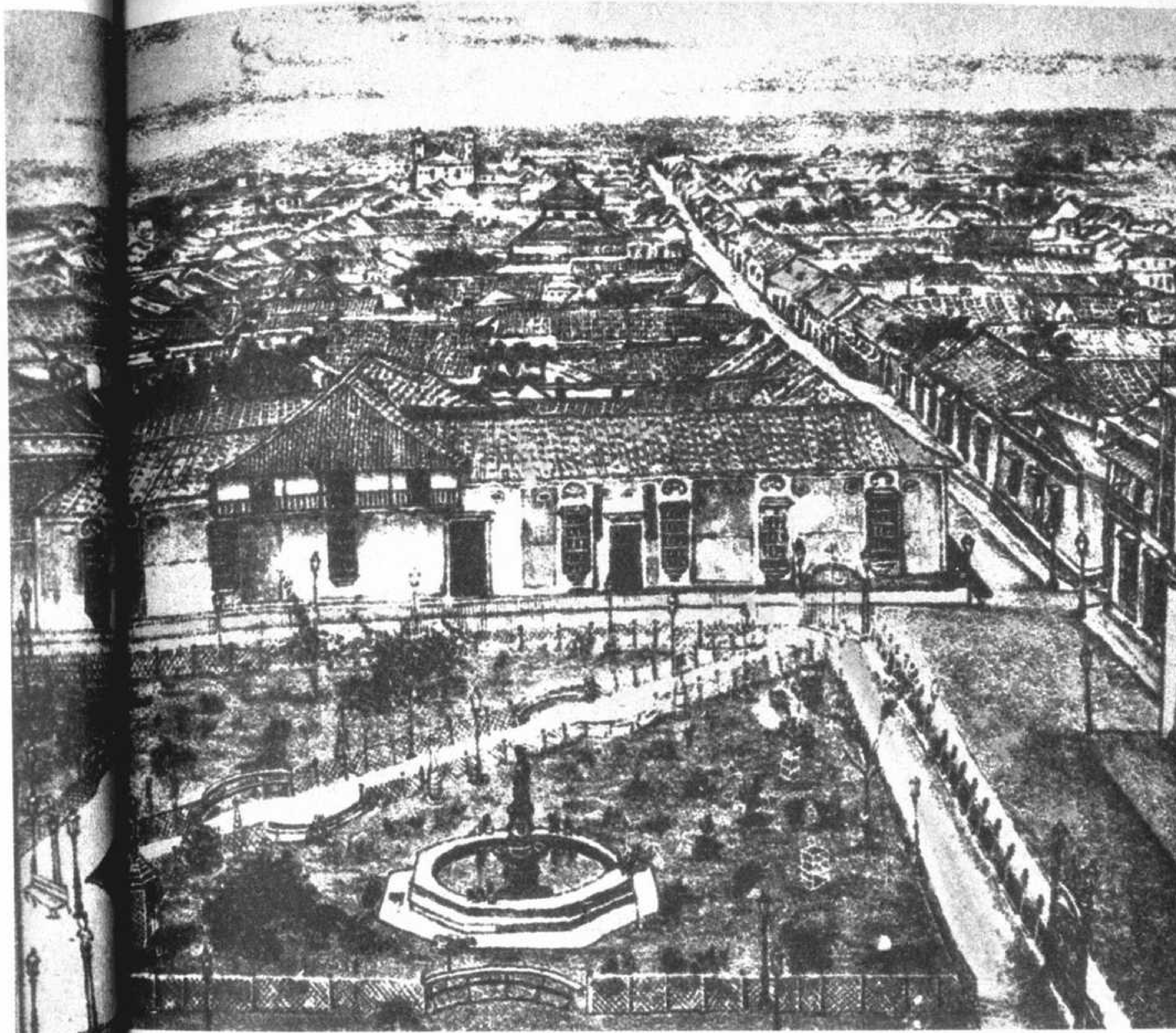
Isnardi Secretario.

N O T A.

El Congreso general ha resuelto que se suprima la protesta del Honorable Diputado Luis José Cazorla, porque no estando concebida en términos de tal, y habiéndosele mandado que la reformase, no pudo practicarlo, á causa de la gravísima enfermedad de que ha fallecido.

Caracas 7 de Febrero 1812.

Página final de la Constitución de Venezuela de 1812.



Vista de la ciudad de Maracaibo a comienzos del siglo XIX.

quisimeto y Trujillo—, desenterrar armas y pertrechos de las ru-nas de sus cuarteles y avanzar hacia Valencia, donde no se ve-el medio de poder frenar su paso. Entró victorioso y se dispus-a afrontar una situación difícil, al ser contraatacado, lejos de su bases de partida.

El Ejecutivo se defiende y, tomando ejemplo de la antigu-Roma, busca un dictador. Miranda es nombrado generalísimo. Una de sus medidas es llamar al coronel Bolívar, que se hallaba en su hacienda de San Mateo, y darle el mando de Puerto Ca-bello, en calidad de comandante político y militar.

Se trataba de una plaza fuerte de excepcional importancia. Una población en la que murallas de difícil expugnación cubrían

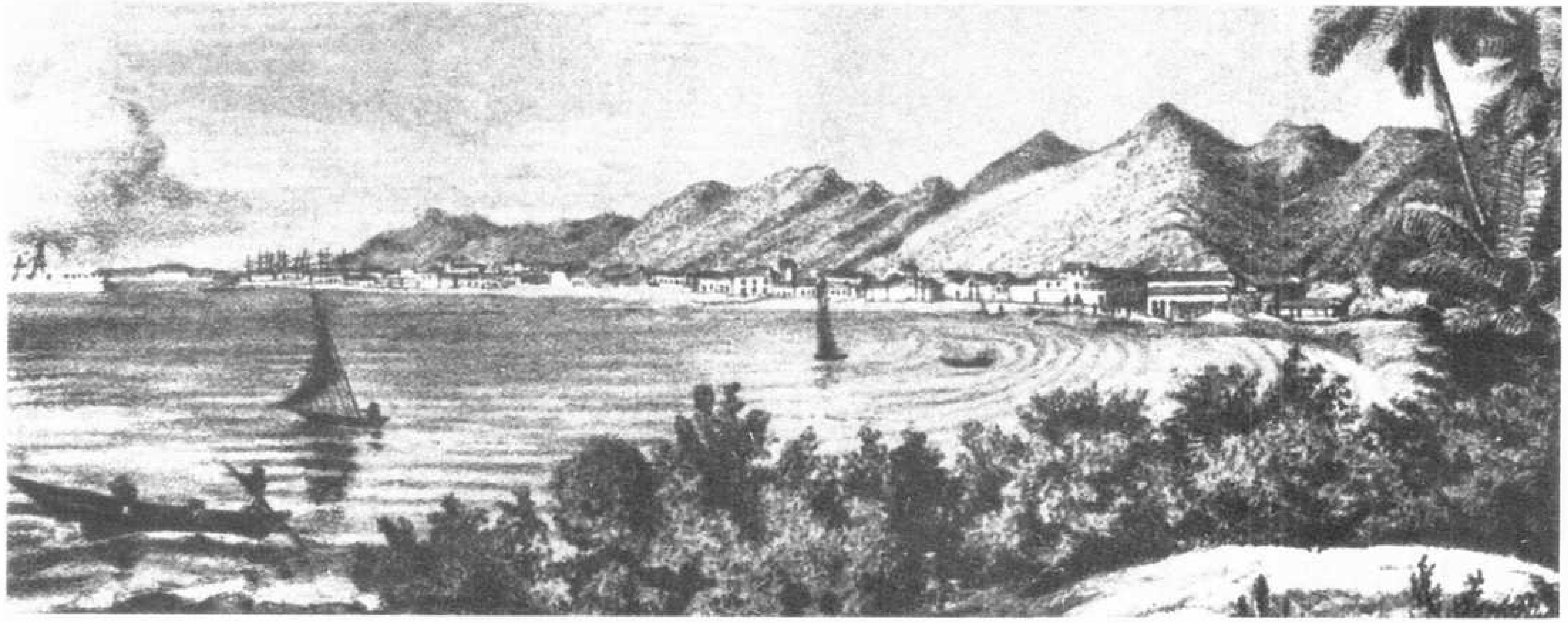
tres de sus costados. Por otro lado, la hacían inabordable los manglares. Además, un canal la separaba de tierra, convirtiéndola en isla. Un puente levadizo era la única comunicación existente con con tierra firme. En una isleta más avanzada se alzaba el fuerte de San Felipe, lugar donde se guardaba la munición y se mantenía un presidio.

El nuevo gobernante luchaba con dificultades. Residía en la plaza fuerte y presidía el Cabildo. Encontraba resistencia a sus órdenes militares, y también el Cabildo obstaculizaba sus medidas. Contaba con muchos, aun entre sus más próximos colaboradores, que no esperaban más que el momento de poder ayudar a las fuerzas realistas, hasta el extremo de preparar un com-



Oleo de Tito Salas, conservado en la Casa Natal del Libertador, que representa el terremoto que tuvo lugar en Caracas en marzo de 1812. Fue durante esta catástrofe cuando Bolívar pronunció, según José Domingo Díaz, su famosa frase: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.»

Casa natal del Libertador, Caracas.



Vista de la bahía de Puerto Cabello poco tiempo antes del movimiento de independencia.

plot contra Bolívar, que tenía que ser apresado o asesinado al asistir a una cita del Cabildo.

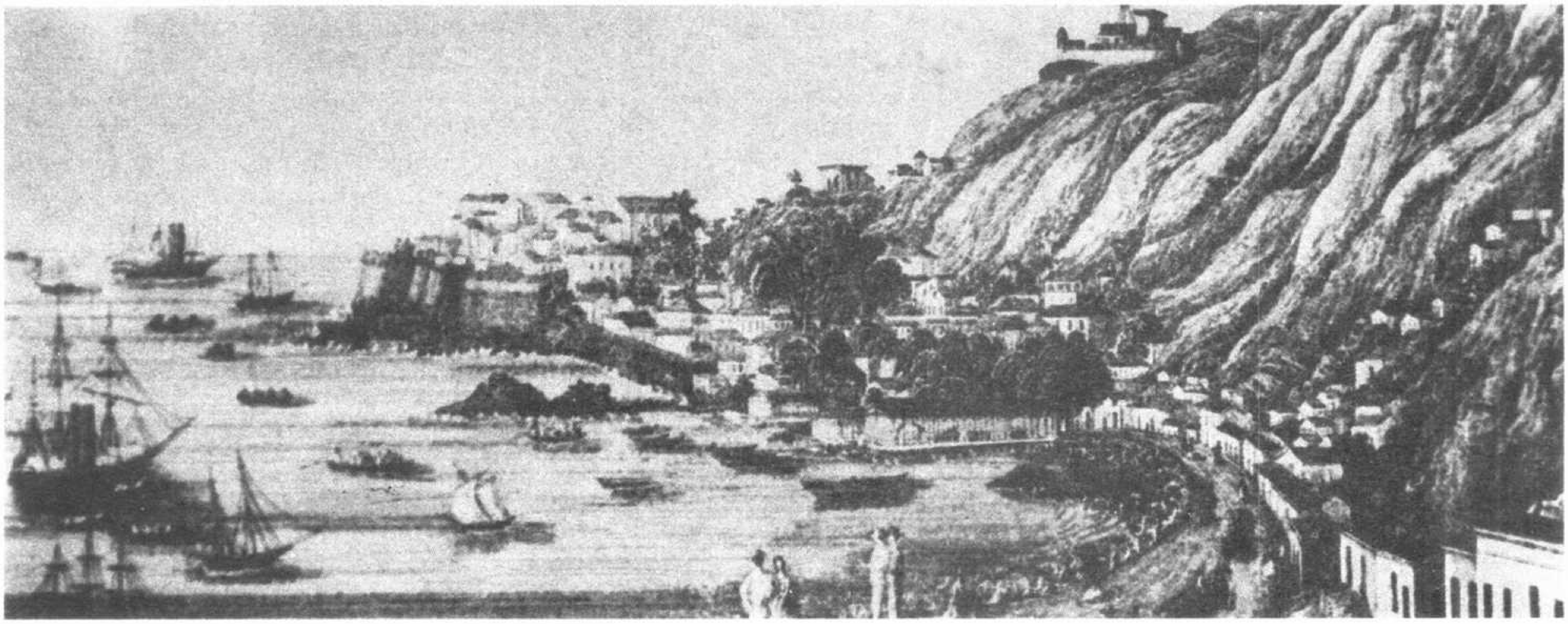
No cayó en la trampa, pensando que se le iba a proponer una capitulación con el enemigo. Ya el puente levadizo estaba levantado y disparaban desde las fortificaciones. La rebelión se había iniciado en el fuerte, donde los prisioneros españoles, con la complicidad de parte de la guarnición, se habían alzado. Las medidas de Bolívar, que, en previsión de un ataque y pensando defenderse en el castillo, había recogido en él la pólvora y municiones y acumulado víveres, se volvían contra él. Trata de convencer a los sublevados, prometiéndoles el perdón y el olvido total si cesan en su actitud, y organiza una defensa que sabe difícil. Manda unas líneas apresuradas al generalísimo:

«Un oficial indigno del nombre de venezolano se ha apoderado con los prisioneros del castillo de San Felipe y está haciendo actualmente un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza está perdida. Yo la mantendré entre tanto todo lo posible.»

«Venezuela está herida en su corazón», fue la frase con que Miranda comentó aquella carta, llegada a sus manos cuando ya hacía cuatro días que Bolívar sufría el fuego de la para él inexpugnable isla en que se alzaba el fuerte, y al siguiente se perdía Puerto Cabello.

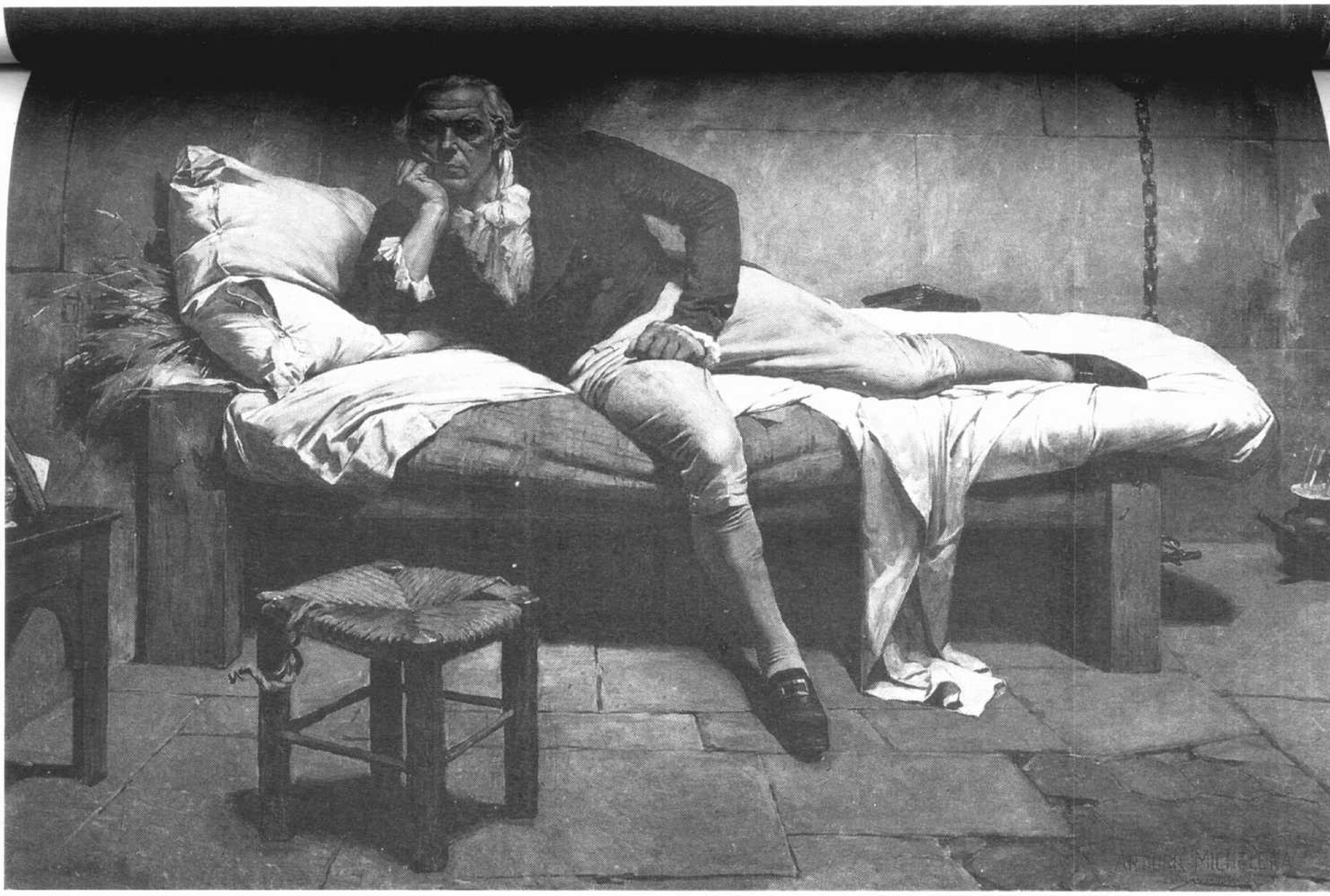
El gran revolucionario lo creía así. La falta de acierto con que se había conducido la campaña contra Monteverde, que permitió a éste sacar partido de su situación precaria, ¿era síntoma de cansancio, de poca confianza en sus fuerzas? El hecho es que solicitó un armisticio, al que siguió una capitulación ante fuerzas inferiores y en un momento en que la ardorosa oficialidad republicana celebraba un hecho de armas favorable.

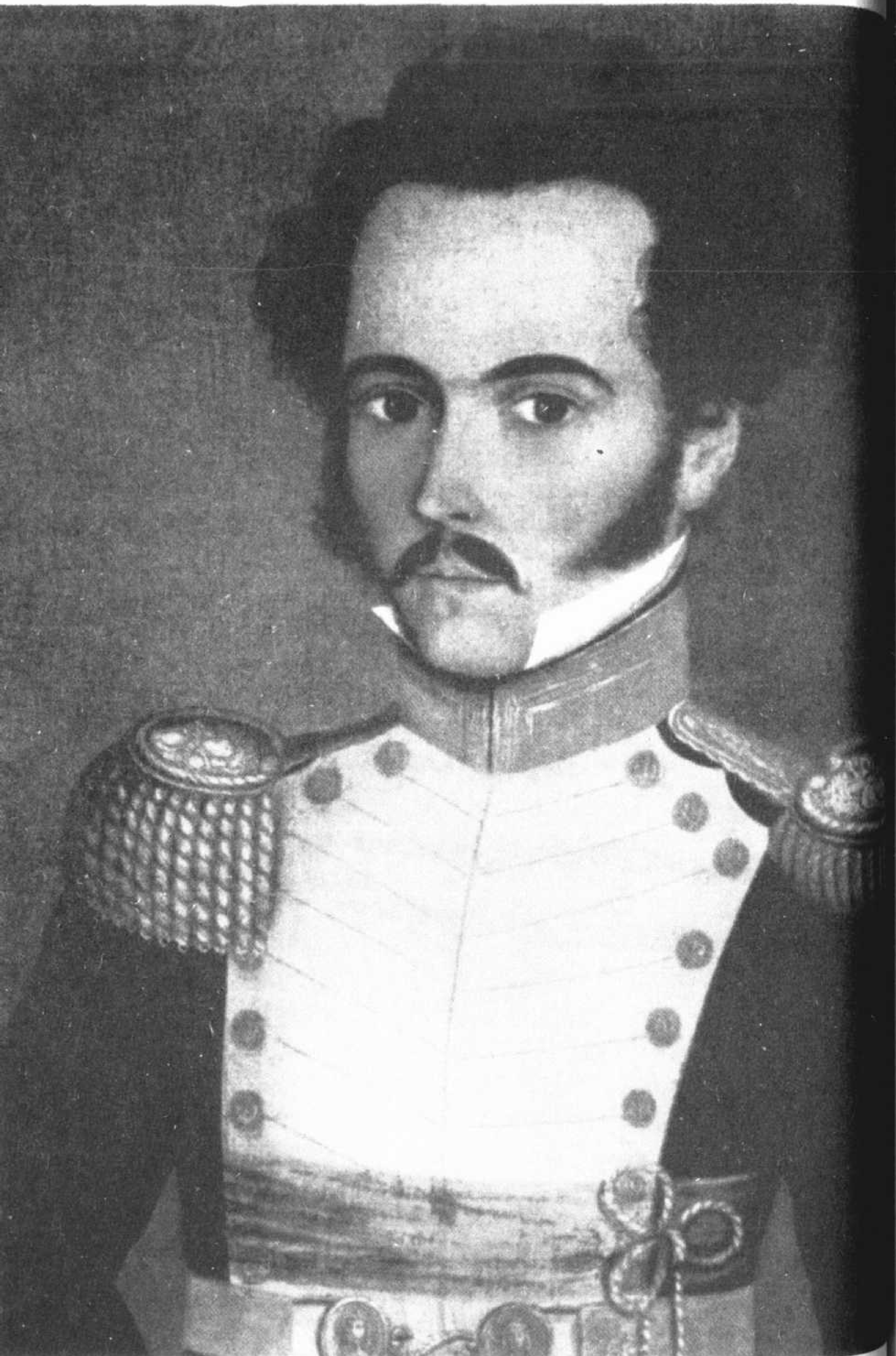
Tras varias noches sin dormir, agotada la posibilidad de resistencia, llega Bolívar a La Guaira, donde el 30 de julio hace acto de presencia también Miranda. Su empresa estaba liquidándose. Sublevaciones de negros que avanzaban hacia la capital cometiendo violencias de todas clases, tropas que se enfrentaban a los españoles llevando preparadas las banderas realistas para enarbolarlas en el momento de pasarse al enemigo, desorden y confusión en las calles de la capital, acusaciones en voz más o menos baja contra el generalísimo, que había capitulado, decían, de modo vergonzante y que se disponía a embarcar. Los comprometidos corren a la única salida: el puerto de La Guaira.



El puerto de La Guaira en el declive de la etapa de colonización.

Francisco de Miranda en La Carraca. *Pintura de Arturo Michelena. Museo de Bellas Artes, Caracas.*





Colección Eduardo Santos

◀ Simón Bolívar retratado por un pintor anónimo entre 1811 y 1813, época en la que tuvo lugar la Guerra a Muerte. Colección Eduardo Santos.

Se produce entonces una escena entre grandilocuente y mísera, triste y de cara al porvenir, que vemos brillante y estética, con algún tinte tenebroso, como en un cuadro de historia.

La corbeta británica *Shapphire*, con el equipaje de Miranda a bordo, esperaba las luces de la madrugada y la persona del generalísimo para zarpar. Pero éste no llegó nunca a pisar la cubierta del navío.

En la noche se cruzan por las calles del puerto los oficiales del ejército, los hombres que han ocupado puestos políticos, los que han firmado actas y documentos, los que han expuesto públicamente sus opiniones. Ven caer sobre ellos una persecución de la que sólo pueden salvarles las olas del mar. Pero el generalísimo Miranda ha cerrado el puerto. Nadie puede escapar.

Será muy difícil iluminar alguna vez totalmente los sucesos desconcertantes de aquella noche triste. En alguna mente se albergaría la traición. En otras, el resentimiento, el temor, la desesperación, la idea de por qué escapaba quien cerraba el puerto a los demás, la convicción de que el generalísimo no había estado a la altura del dictador romano en que se soñó al elegirle, la rabia por la capitulación innecesaria, el afán por buscar los medios de continuar la lucha en otra parte... Los oficiales que le rodeaban pretenden iniciar una reacción. Para ello han de prender a Miranda.

Las tropas españolas entran. Bolívar logra confundirse con los que van de un lado para otro en la desorientada población y llegar a Caracas, donde le da asilo en su casa el marqués de Casa León. Algunos amigos se preocupaban por su suerte y presentan a Monteverde una petición de pasaportes para personas a las que creen que puede convenir el puente que el viejo refrán concede al enemigo. Al firmar el de Bolívar creyó también premiar la entrega del generalísimo. «No le arresté para servir al rey, sino para castigar a un traidor», fue la respuesta de Bolívar, que quizá puso en peligro la entrega del anhelado salvoconducto.

4. De nuevo en la lucha: la «campaña admirable»

Las costas de Venezuela quedan atrás. La goleta española *Jesús, María y José* lleva a bordo varios venezolanos que han conseguido pasaporte para abandonar un país en el que sólo habían de esperarles sufrimientos, mientras se llegaba a la total pacificación bajo el reinado de Fernando VII. Su objetivo era Cartagena. En la escala que hacen en Curaçao quedan algunos, entre ellos Bolívar, quien pasa unos meses en incómoda situación personal, observando el espectáculo de Monteverde incumpliendo los términos de la capitulación. El movimiento independentista en Nueva Granada caminaba con pasos menos alarmantes: Cartagena se había declarado independiente desde noviembre de 1811, asumiendo el nombre de Estado de Cartagena. Al Gobierno del flamante Estado no le venía mal un nuevo oficial, y Simón, que ofrece sus servicios, vio confirmado su grado de coronel. Mas de momento le acuciaba más el empleo de la pluma que el de la espada. En una *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño*, aprovecha las experiencias del pasado episodio para que sus nuevos compañeros no incurran en los mismos errores por los que acaba de pasar y al mismo tiempo para tratar de que acudan en ayuda de la sojuzgada Venezuela. Las primeras palabras son una rotunda declaración de principios y una entrega a la lucha en los días venideros.

«Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que, fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la Independencia...»

El joven Bolívar no era entonces lo que estimamos hoy. El Gobierno neogranadino acoge a un oficial ardientemente entregado a una causa, que revela una madura convicción tanto en los frutos de su pluma como en su personal ofrecimiento. Pone en él confianza, pero una confianza medida con arreglo a una es-



El fuerte de Bocachica, en Cartagena de Indias.

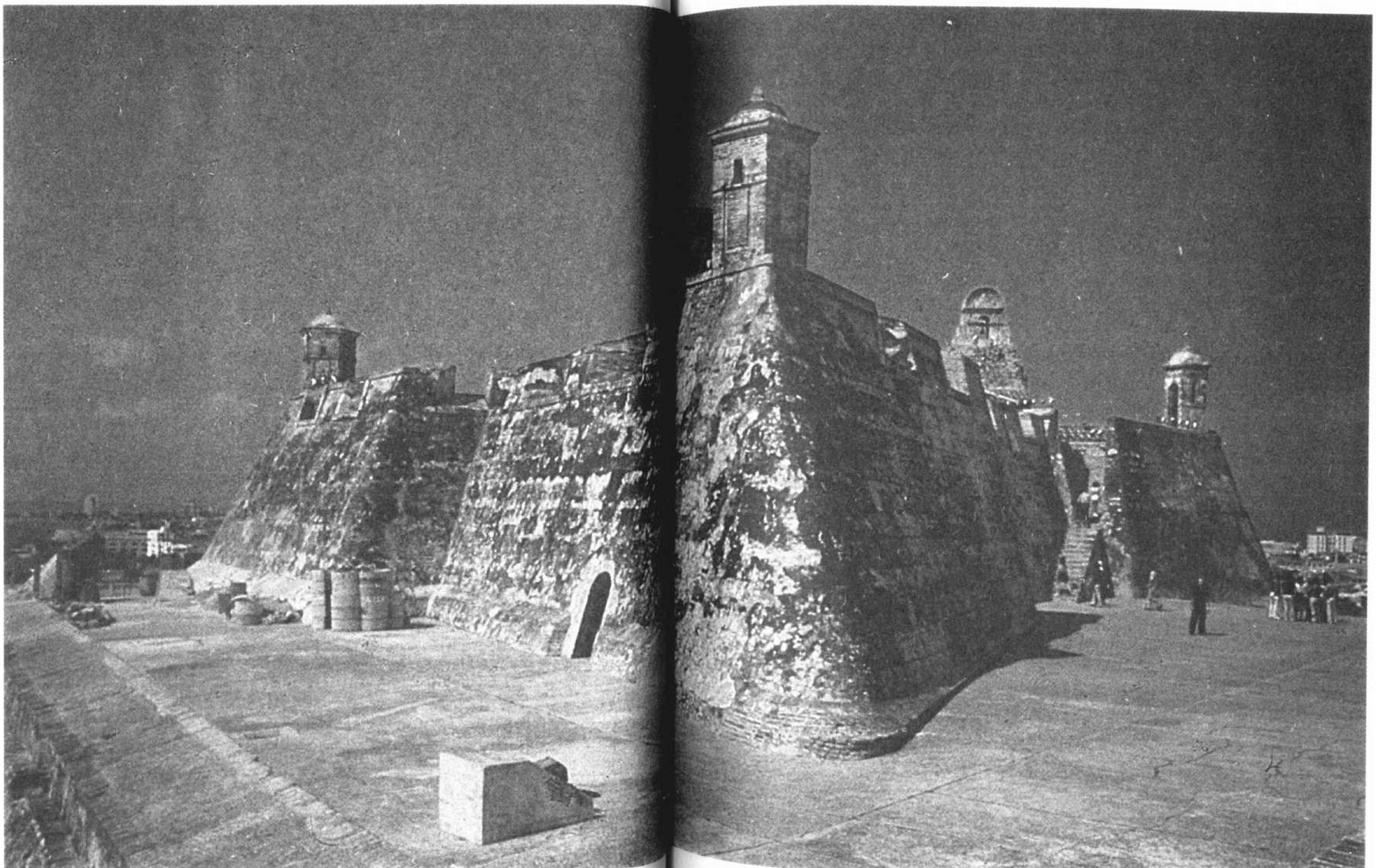
timación que no es la que le da ante nosotros la dimensión histórica. Se le nombra comandante de Barrancas, lugar inactivo sobre el Magdalena, donde ha de ser el jefe de una tropa que no llega al centenar de hombres, mientras otros de sus compañeros de viaje y ofrecimiento, como el oficial francés Pierre Labatut, reciben puestos de importancia y responsabilidad militar.

Pero Bolívar no interpreta aquello como la caída de sus ilusiones en un pozo, sino como un posible punto de partida. Re-

cluta voluntarios, hace llegar a 250 el número de sus afectos, les imprime movimiento, haciéndoles saltar sobre la villa fortificada de Tenerife, que cae tras un día de resistencia de sus sorprendidos defensores. Gran gobernante, aunque sea de un pequeño lugar, reúne al Cabildo, pronuncia una arenga enalteciendo las virtudes del gobierno republicano, proclama la libertad de navegación del Magdalena y decide continuar la marcha, aumentando sus efectivos con quienes se le unen, atraídos por su voz o su triunfo militar.

Así derrota a otros destacamentos próximos y llega a Mompox. A quinientos alcanza ya el número de las fuerzas que parten con él de esta villa —que le ayuda en todo lo posible— a bordo de una flotilla. Acto seguido, con otros pequeños pero trascendentales triunfos, deja restablecidas las comunicaciones de

Fortificación de Cartagena de Indias. En este lugar escribió Bolívar su obra Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un caraqueño.



Cartagena con el interior del virreinato. Su jefe, el francés Labatut, intenta conducirle ante un consejo de guerra por haber tomado la ofensiva desobedeciendo sus órdenes, pero los tiempos son favorables a las operaciones audaces si las corona el éxito y Bolívar es nombrado comandante de aquel distrito militar.

Cuando se inicia el año 1813, Bolívar sigue su carrera, conquistando un lugar tras otro, hasta llegar a Ocaña. La provincia de Santa Marta ya no era española. Bolívar poseía material y per-



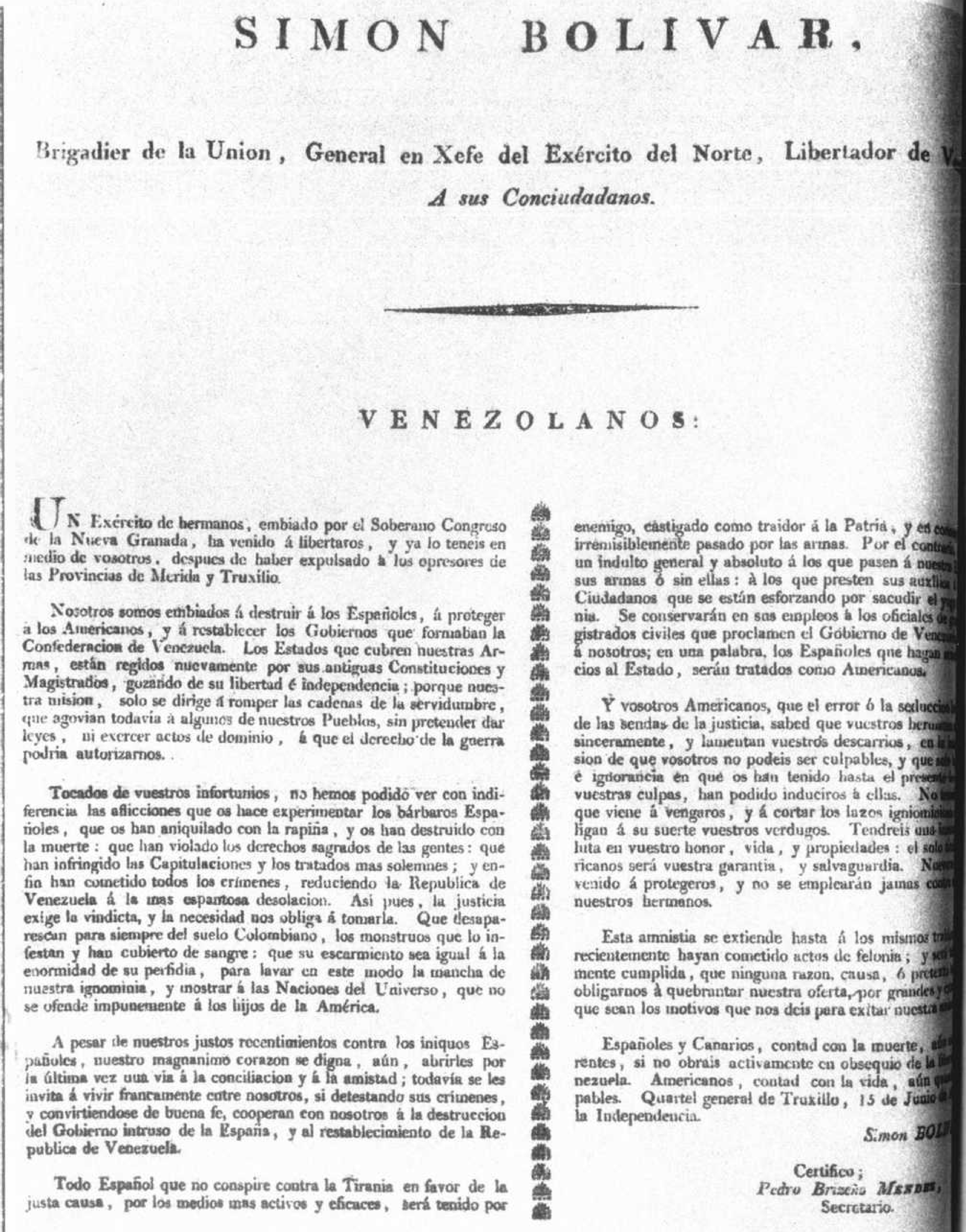


Casa donde fue firmado el «Decreto de la Guerra a Muerte», en la ciudad de Trujillo, según un óleo de Herrera Toro.

◀ *Retrato de Simón Bolívar.*

trechos superiores a los que acompañaron su entrada en acción. El Magdalena quedaba libre.

Pensaba el joven jefe en lanzar una ofensiva sobre Venezuela y reconquistarla. Sus planes merecían aprobaciones, pero no llegaban a ponerse en práctica. Fue necesaria la amenaza de los realistas sobre Nueva Granada para que, nombrado brigadier y ciudadano de la Nueva Granada, con su prestigio acrecido, se aprobase su plan de marchar sobre Cúcuta, que tomó. De allí parte hacia Mérida, de donde salta a Trujillo, que se entrega sin hacer un disparo. Son los días en que Bolívar oye las primeras aclamaciones en que se le proclama *Libertador*. Y también los de la famosa «guerra a muerte». Es inútil la discusión de quién



SIMON BOLIVAR,

Brigadier de la Union, General en Xefe del Exército del Norte, Libertador de V

A sus Conciudadanos.

VENEZOLANOS:

UN Exército de hermanos, embiado por el Soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido á libertaros, y ya lo teneis en medio de vosotros, despues de haber expulsado à los opresores de las Provincias de Merida y Truxilio.

Nosotros somos embiados á destruir á los Españoles, á proteger a los Americanos, y á restablecer los Gobiernos que formaban la Confederacion de Venezuela. Los Estados que cubren nuestras Armas, están regidos nuevamente por sus antiguas Constituciones y Magistrados, gozando de su libertad é independencia; porque nuestra mision, solo se dirige á romper las cadenas de la servidumbre, que agovian todavía à algunos de nuestros Pueblos, sin pretender dar leyes, ni exercer actos de dominio, á que el derecho de la guerra podria autorizarnos.

Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hace experimentar los bárbaros Españoles, que os han aniquilado con la rapiña, y os han destruido con la muerte: que han violado los derechos sagrados de las gentes: que han infringido las Capitulaciones y los tratados mas solemnes; y enfin han cometido todos los crímenes, reduciendo la Republica de Venezuela á la mas espantosa desolacion. Asi pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga á tomarla. Que desaparescan para siempre del suelo Colombiano, los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual á la enormidad de su perfidia, para lavar en este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar á las Naciones del Universo, que no se ofende impunemente á los hijos de la América.

A pesar de nuestros justos recentimientos contra los iniquos Españoles, nuestro magnanimo corazon se digna, aún, abrirles por la última vez una via á la conciliacion y á la amistad; todavía se les invita á vivir francamente entre nosotros, si detestando sus crímenes, y convirtiendose de buena fe, cooperan con nosotros á la destruccion del Gobierno intruso de la España, y al restablecimiento de la Republica de Venezuela.

Todo Español que no conspire contra la Tirania en favor de la justa causa, por los medios mas activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor á la Patria, y es co irremisiblemente pasado por las armas. Por el contr un indulto general y absoluto á los que pasen á nuestr sus armas ó sin ellas: à los que presten sus auxili Ciudadanos que se están esforzando por sacudir el y nia. Se conservarán en sus empleos à los oficiales gistrados civiles que proclamen el Góbierno de Vene á nosotros; en una palabra, los Españoles que hagan cios al Estado, serán tratados como Americanos.

Y vosotros Americanos, que el error ó la seducci de las sendas de la justicia, sabed que vuestros herm sinceramente, y lamentan vuestros descarrios, en sion de que vosotros no podeis ser culpables, y que é ignorancia en que os han tenido hasta el present vuestras culpas, han podido induciros à ellas. No que viene á vengaros, y á cortar los lazos igniomi ligan á su suerte vuestros verdugos. Tendreis una luta en vuestro honor, vida, y propiedades: el solo ricanos será vuestra garantia, y salvaguardia. N venido á protegeros, y no se emplearán jamas co nuestros hermanos.

Esta amnistia se extiende hasta á los mismos recientemente hayan cometido actos de felonia; y mente cumplida, que ninguna razon, causa, ó prete obligarnos à quebrantar nuestra oferta, por grandes que sean los motivos que nos deis para exitar nuestr

Españoles y Canarios, contad con la muerte, rentes, si no obrais activamente en obsequio de la nezuela. Americanos, contad con la vida, aún pables. Quartel general de Truxillo, 15 de Junio la Independencia.

Simon BOL

Certifico;
Pedro Brizeño Mendes,
Secretario.

La proclama de la Guerra a Muerte se debió a una necesidad política, y recogía el espíritu real de la lucha en 1813. Años más tarde, cuando ya habían quedado atrás las horas de heroísmo de los jinetes de Bores y de Páez, Bolívar y Morillo acordaron suavizar y regularizar la lucha.

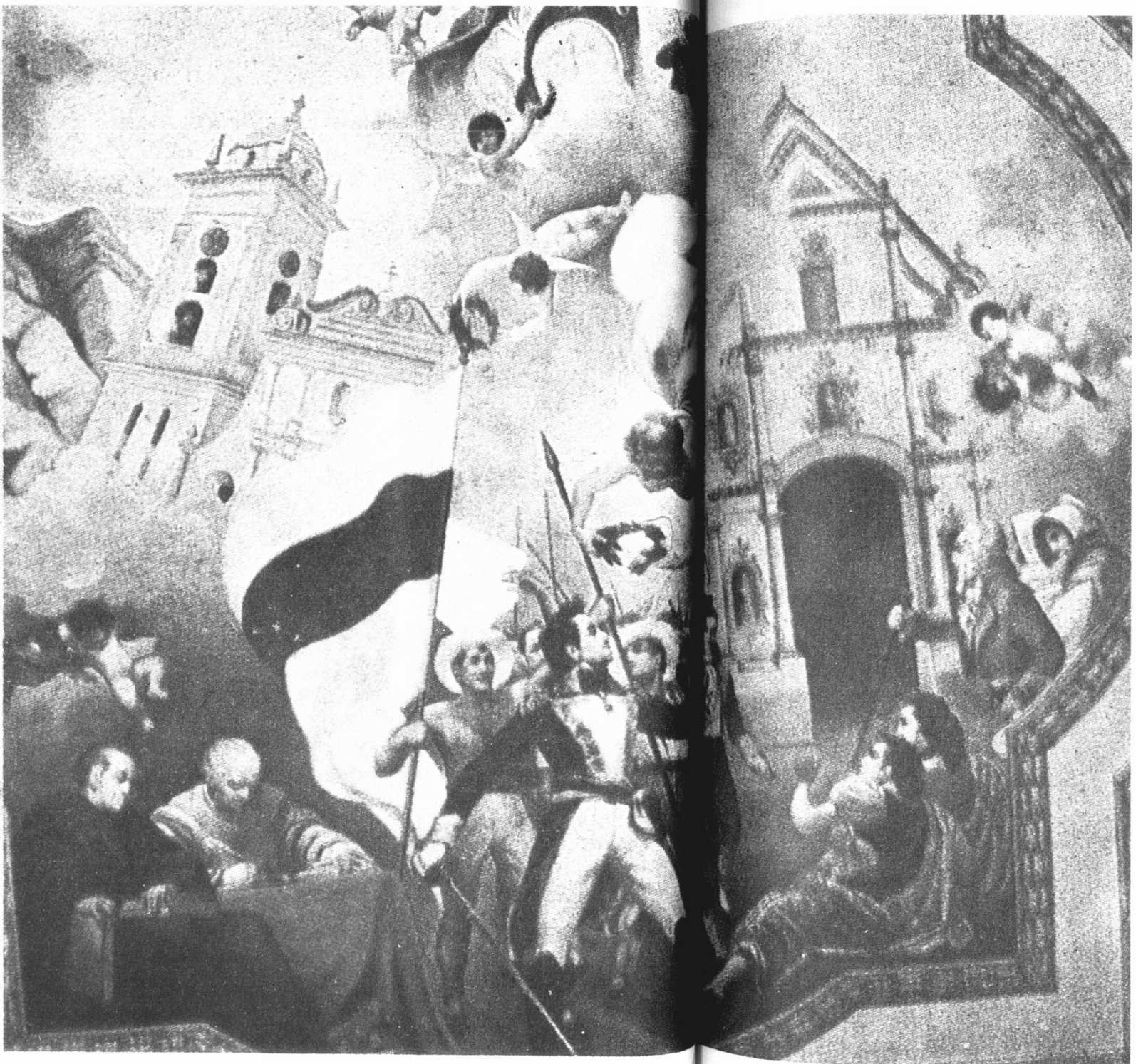
empezó primero, y recordar el incumplimiento de la capitulación por Monteverde o la crueldad que presidía los encuentros bélicos. El hecho es que en junio de 1813 Bolívar firma proclamas en las que escribe:

«Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte...» «Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela.»

Proclamas que recogen el espíritu real de la lucha y son una necesidad política —«Año tercero de la Independencia y primero de la Guerra a Muerte», se fechan las comunicaciones— para quien quiere ir a la cabeza de un movimiento, sin que éste le arrolle. La humanidad de Bolívar palia el terrible texto impreso con discursos como el de San Carlos, pocos días después, en que se dirige a los españoles aludiendo a que se resiste a derramar la sangre humana que «tan dolorosamente nos vemos obligados a verter al pie del árbol de la libertad... Si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país o preparaos a morir».

En aquel momento el Congreso granadino pide a Bolívar que se detenga. No quiere tenerle tan lejos, temeroso de una reacción realista. Pero a Bolívar le anima una idea fija: la de reconquistar Venezuela, y sabe que su detención puede acabar con la penetración tan brillantemente iniciada. No veía otra solución que continuar su avance «con la última celeridad y vigor». Así lo hizo, y Barinas se vio sorprendida por la presencia de unas tropas que debieran estar en retirada ante el corte de parte de sus comunicaciones hecho por los realistas y la imposibilidad de vivir sobre el país.

San Carlos y Valencia —donde la derrota española fue total— son los puntos siguientes en la marcha rápida de Bolívar, que piensa: «Espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo.» La región dominada por Monteverde se desmoronaba. Los patriotas que habían partido desde Trinidad, dirigidos por Mariño, avanzaban también desde Cumaná. Bolívar se siente aguijoneado por este avance, que puede disputarle la entrada en la capital, que tantas veces ha soñado. Pero lo rápido de su marcha, las noticias que esparcen los vencidos, que hablan de ciudades entregadas sin combate o de ejércitos españoles destruidos, aumentan la fantástica cifra de los efectivos que se unen a la proclama de la guerra a muerte para aterrorizar a los pusilánimes o poco comprometidos.



Bolívar recibiendo la corona de laurel, símbolo de su título de Libertador. Oleo de Woltersek. Concejo municipal, Caracas.

Concejo Municipal. Caracas.



La batalla de Araure, una de las victorias más gloriosas de Bolívar, según un óleo de Tito Salas.

En la capital se repiten, aunque con signo inverso, las horas que precedieron a la caída y prisión de Miranda. Ahora son los españoles los que corren hacia los puertos, los que discuten diferencias militares o políticas, los que buscan salvación en la fuga o tratan de contrarrestar con su valor la riada de los fugitivos.

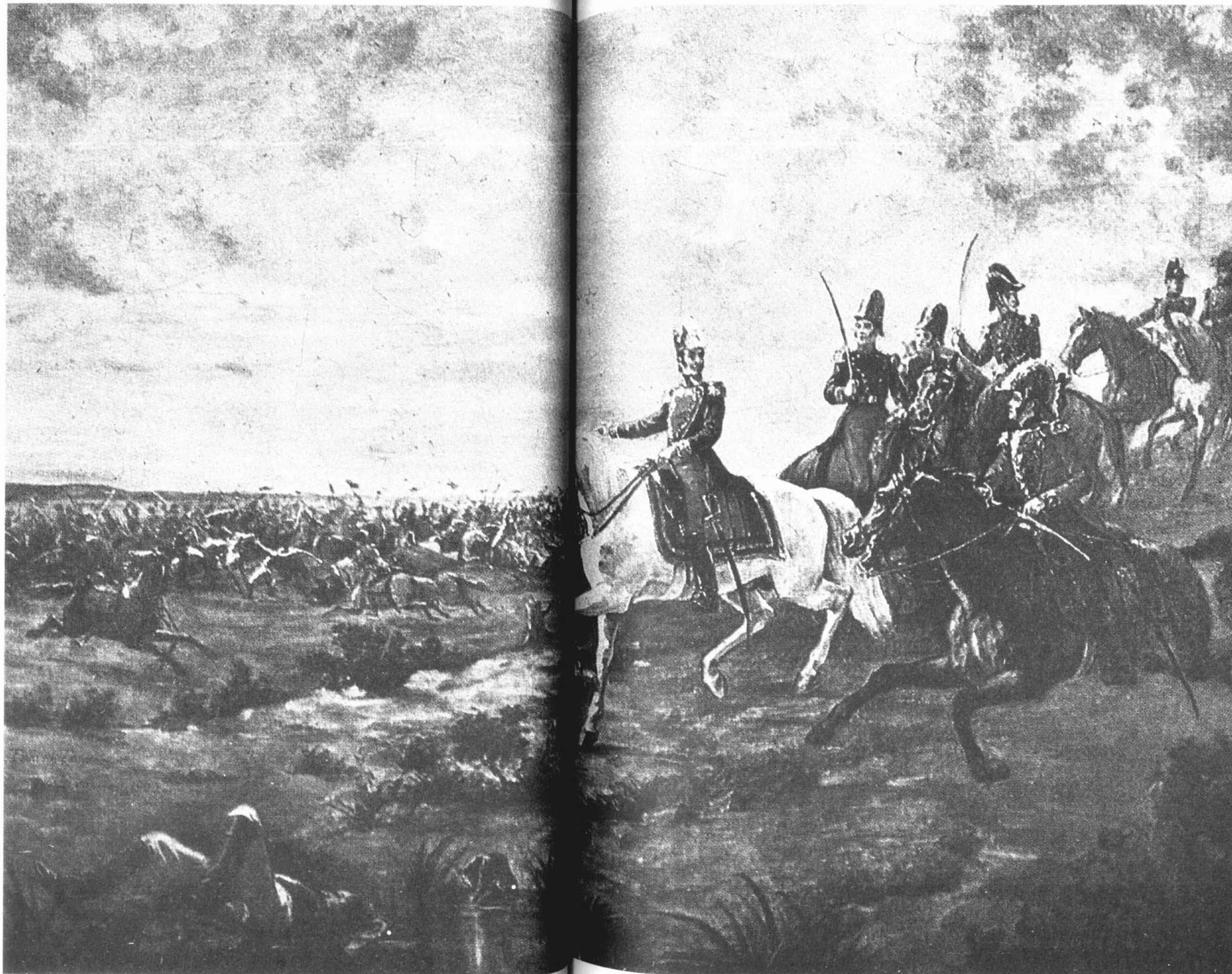
La confusión trata de ser salvada por un grupo de respetables habitantes de Caracas, que se dirige a La Victoria, donde ya estaba instalado Bolívar. Firma la capitulación que proponen, mas cuando ellos regresan no encuentran en la capital a quién rendir cuenta de su gestión.

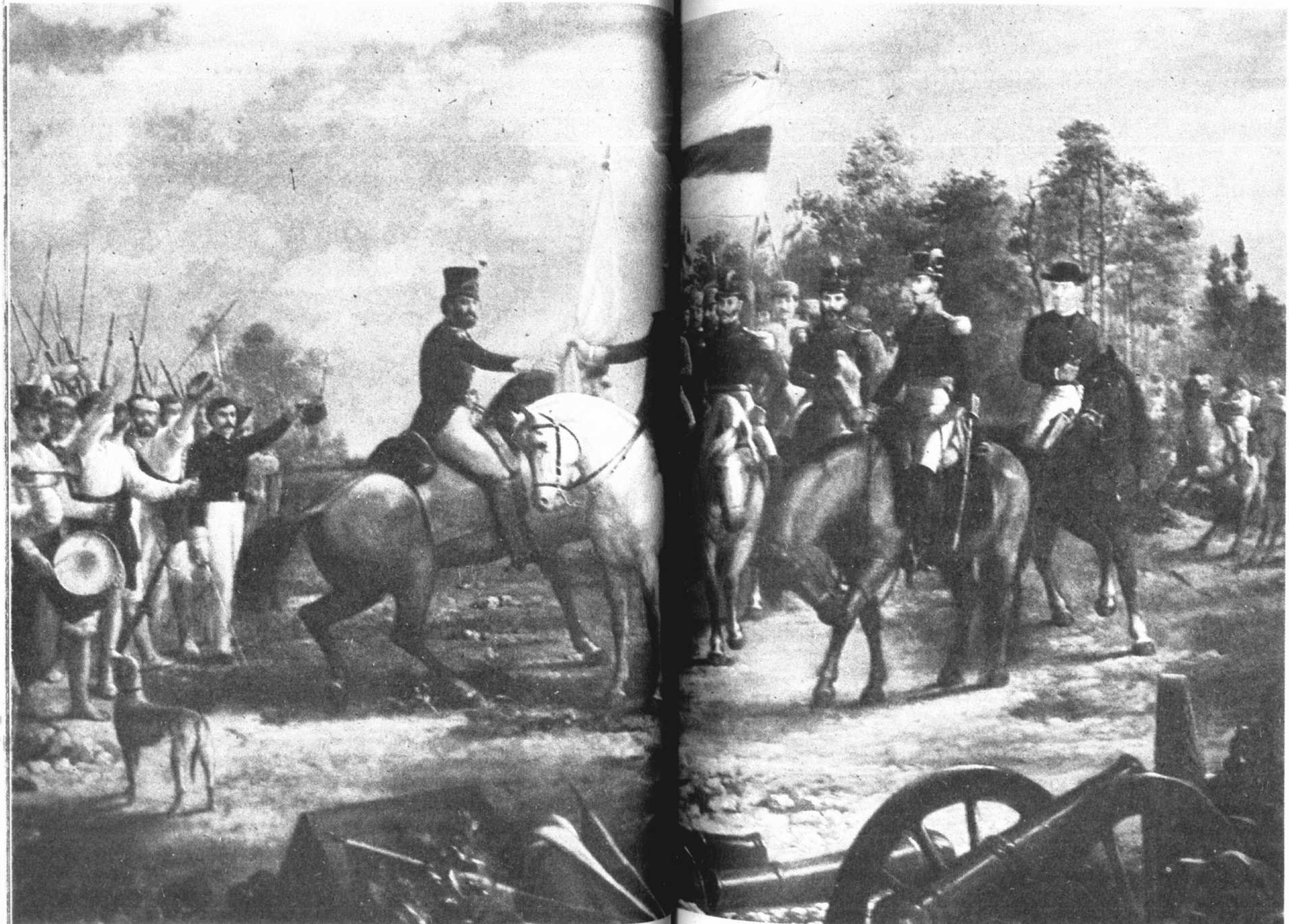
El 6 de agosto entraba Bolívar en Caracas. Había realizado la denominada «campaña admirable». Las aclamaciones le harían olvidar pasajeramente que sólo se trataba de un episodio en una lucha que aún presentaba abundantes negruras, de igual modo que las colgaduras tapaban el ruinoso aspecto de muchos edificios, y las doce muchachas vestidas con los colores de la República y adornadas con flores impedirían ver entre los rostros de los que aplaudían otros inspirados por el temor o la desconfianza. Salvas de artillería, repique de campanas.

Noventa días nada más habían bastado para que Bolívar conquistase el título de *Libertador de Venezuela* y diese por concluido el estado de cosas que Monteverde estableció, también con una rápida marcha militar. Al pasar por la ciudad de Mérida, en los Andes venezolanos, el pueblo había aclamado espontáneamente a Bolívar llamándole su «Libertador», título de gloria que el Ayuntamiento y el pueblo de Caracas le dieron oficialmente el 14 de octubre de 1813, y con el cual ha pasado a la posteridad. Pero los problemas bélicos, y sobre todo los políticos, no estaban resueltos, ni mucho menos. Gran parte del centro y del occidente de Venezuela estaba en sus manos, pero Maracaibo, Coro y Puerto Cabello continuaban en las de los realistas, que se resistían a perderlas. Además, Cumaná y Barcelona habían sido liberadas por la expedición de Mariño que partiera de Trinidad. La batalla de Araure es una de las más gloriosas actuaciones militares de Bolívar.

Corren los días de 1814. Los triunfos no significaban la victoria. Monteverde y sus fuerzas, atrincheradas en Puerto Cabello, tienen el mar abierto ante ellos. Por él desembarcaban un refuerzo de mil quinientos hombres y el armamento necesario. La

Doble página siguiente: el gran estratega Simón Bolívar dirige la acción de una de sus muchas batallas al frente de sus tropas. ▶





Simón Bolívar entrega la bandera al jefe del «Batallón sin nombre», al tiempo que lo proclama «Vencedor de Araure». Oleo de Arturo Michelena.
Museo Bolivariano, Caracas.

Museo Bolivariano, Caracas.

situación en España se consolida con el triunfo sobre Napoleón, y los rumores de una expedición enturbian el horizonte lejano tanto como se nubla el inmediato con la situación en el Sur, en los Llanos.

Allí surge un caudillo, Boves, un asturiano, que parece representar, traspuesto a otro medio, una personalidad semejante a la que en la Península alentó al cura Merino u otros guerrilleros durante la guerra de la Independencia.

Robusto, casi hercúleo, compenetrado con el espíritu de los llaneros, agrupa negros, mulatos, pardos, hombres criados en la sabana, acostumbrados a la sobriedad y la violencia. Gentes alejadas de la vida capitalina, de las ambiciones mantuanas y de los aires progresistas que han ido llegando de Europa.

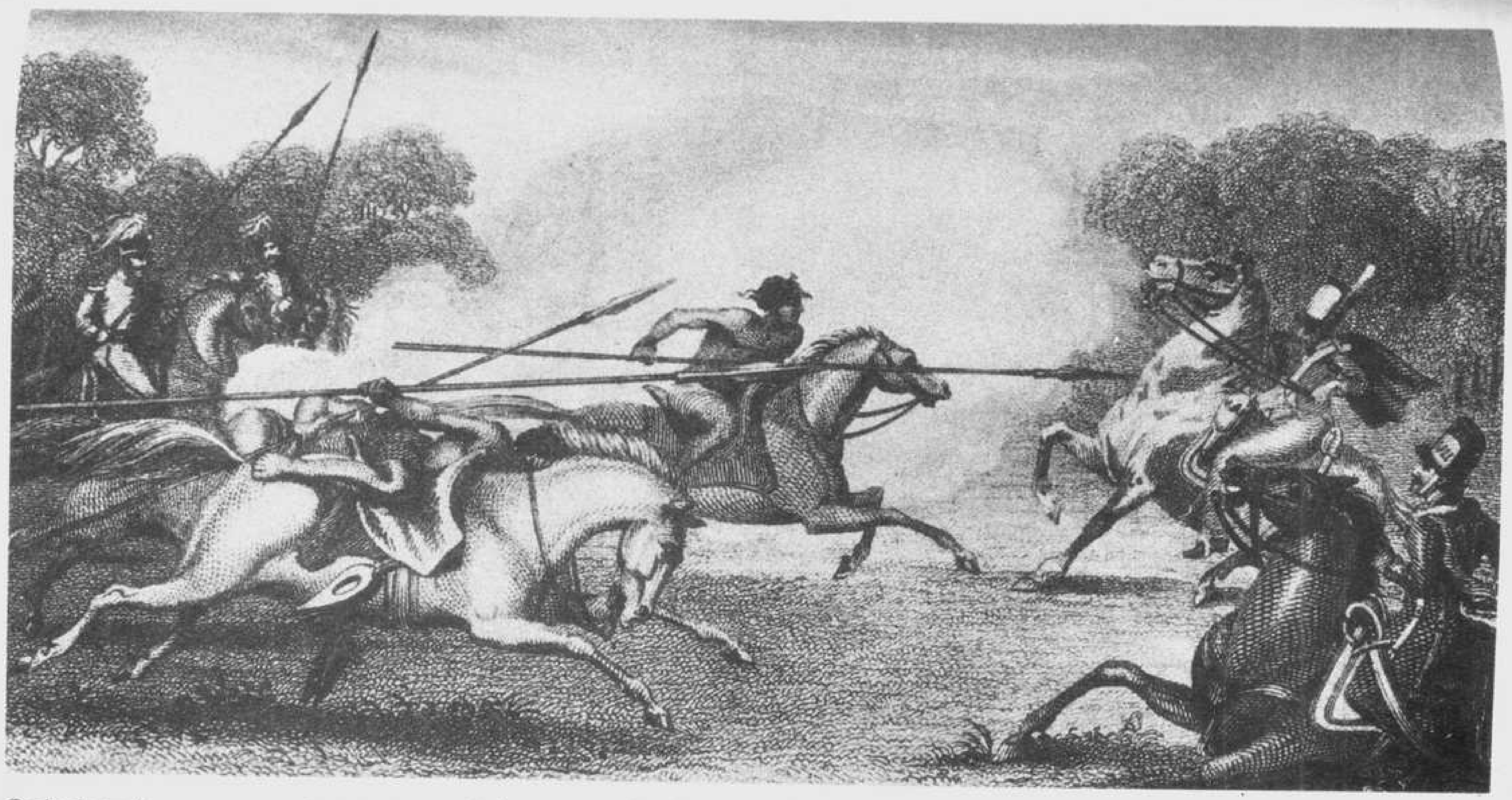
Boves no ha necesitado decretar la guerra a muerte. Va con él. El *León de los Llanos* es el sobrenombre con que ha pasado a la historia. No perseguía otro objetivo que la destrucción de los criollos.

La guerra toma un carácter cada vez más feroz. Las poblaciones civiles no gozan de trato distinto que los combatientes cogidos prisioneros, y mujeres, niños o ancianos siguen a las tropas cuando se retiran. Se combate al arma blanca y se espera hasta el último minuto antes de ceder una posición al enemigo.

El Occidente, los Llanos, están alzados contra los patriotas de Caracas. Bolívar siente estrecharse sus dominios. Manda establecer una ciudadela en el interior de Caracas, fortificando el recinto de veinticinco manzanas, protegidas por fortines. Piensa en los prisioneros españoles o realistas, que trata de enviar a Canarias. Concede un indulto el 28 de enero, pero la oleada de sangre que acompaña al ejército de Boves avanza y llega casi a las puertas de Caracas; las guarniciones de la capital y La Guaira tienen que salir a contener la destructora horda que amenaza con no dejar huella de lo que tanto esfuerzo ha costado. Entonces es cuando Bolívar da orden de pasar por las armas a todos los prisioneros de ambas ciudades.

La República y sus hombres luchaban ya por su existencia. Desde el 28 de febrero al 15 de marzo se combate en los campos de San Mateo, equidistantes de Caracas y Valencia. La variable suerte de la guerra y el ardor de los patriotas infligen varias derrotas a Boves, pero no significan el dominio de la rebelión.

La figura de Bolívar va creciendo en estos momentos de prueba. Sus aptitudes militares se hacen más patentes. Pero también es el político que comprende la necesidad de hablar a los suyos. Napoleón ya no existe. España podrá volver los ojos con



Grabado inglés que representa una escena de la guerra en los Llanos, en la que los llaneros atacan a un destacamento español. El grabado muestra claramente el tipo de lanza y la forma de combatir de aquellos jinetes.



La Puerta, escenario de varias batallas en la lucha por la emancipación. La primera de ellas tuvo lugar en 1814.

serenidad a la provincia venezolana. Si al incendio de los Llanos se une un desembarco en Puerto Cabello, poco puede apostarse por la vida de los suyos. Además, dos enviados que dirigió a Londres solicitando el reconocimiento de la independencia venezolana no fueron atendidos. Toma la pluma y escribe un artículo en la *Gaceta de Caracas*: «Reflexiones sobre el estado actual de la Europa con relación a la América». Trataba de dar moral a los suyos con el argumento de que a Inglaterra, señora de los mares, ante la nueva situación no le quedaba otra actitud que apoyar la independencia de la América española.

La batalla de La Puerta, a mediados de junio, no mostró la acometividad ni el éxito de otros combates. Mariño y Bolívar son derrotados.

Los llaneros de Boves marchan hacia el norte como una nueva horda medieval, dejando detrás de las carretas en que las mu-

jeres seguían al ejército los cadáveres del enemigo desprovistos de cuanto habían llevado encima antes de la lanzada mortal.

Por la noche, en el vivac, junto a la hoguera donde se cocina la carne de los caballos muertos y se sueña en la próxima jornada, vibran las cuerdas de los instrumentos heredados de la España popular, y se canta:

—Bolívar, ¿dó están tus tropas?
—No preguntes zoquetadas.
Mis tropas son de mujeres
y andan hoy de retirada.

Boves se acerca a la capital. Un arroyo de refugiados corre a ella desde los pueblos próximos. Los zaguanes de las acogedoras mansiones coloniales y el interior de las iglesias, día y noche abiertas, dan morada a aquellas gentes que lo han dejado todo tras de sí. El arroyo se hace torrente cuando es la población de Caracas la que abandona sus casas y emprende una emigración hacia oriente, buscando la salvación en Barcelona. Más de veinte mil personas —mujeres y niños, criollos y negros, mantuanos y esclavos— recorrieron trescientos kilómetros cruzando montañas, veredas escarpadas y ríos desbordados.

Bolívar, con mil doscientos fusileros, cerraba la marcha. En los pasos difíciles tenían que ayudar a cruzar a las mujeres y los niños. Aquel a quien habían proclamado Libertador poco antes hubo de pasar en su caballo a varios de ellos. En Aragua de Barcelona, en agosto de 1814, los republicanos se detienen y presentan batalla, pero son de nuevo derrotados y han de huir hacia Cumaná.

El momento es de confusión y desastre. En Cumaná, Bianchi, el italiano que manda la flota, intenta huir con las riquezas recogidas por el ejército en retirada, procedentes de las iglesias en su mayor parte y destinadas a la continuación de la lucha. La autoridad de Bolívar y Mariño se ha derrumbado. Han de subir a la goleta *Jove* y negociar con el bandido; mas al regresar al continente Ribas y Piar se han erigido en jefes del ejército diezmado, y cuando, acompañados de sus maltrechos partidarios, llegan a Carúpano, «acosados de la hambre y de la sed», como el mismo Ribas dejó escrito, éste los sorprendió y redujo a prisión. Parece cerrarse en este caótico final la historia del movimiento emancipador. ¿No se alzaría ante Bolívar el recuerdo de Miranda y de la triste madrugada de su disidencia?

El desenlace es totalmente distinto. Un oficial libera a Bolí-



Galería de las Batallas. Casa natal.

La emigración de 1814, según un óleo de Tito Salas conservado en la Casa Natal de **Bolívar**. Más de veinte mil personas —hombres, mujeres y niños— tuvieron que **recorrer** una distancia de trescientos kilómetros repleta de obstáculos y dificultades.

var y éste abre la prisión a Mariño. Pistola en mano se dirigen al puerto; allí los navíos *El Arrogante Maturinés* y *La Culebra* habían acogido ya a muchos oficiales dispuestos a trasladarse a Cartagena, donde aún ondeaba la bandera de la emancipación.

El afán de Piar por continuar la lucha fue prontamente desbaratado. Meses después de la azarosa jornada de Carúpano la cabeza de Ribas, muerto por un llanero, escarnecida, frita en aceite y tocada con el gorro frigio que solía usar, fue colocada a la entrada de Caracas. Podía ser símbolo de la furia y el triunfo de Boves, pero una lanzada había ya cortado para siempre la fulminante carrera del *León* llanero, en una de sus más resonantes victorias, la de Urica, en que los brazos de los jinetes chorreaban sangre hasta los codos, y los oficiales venezolanos, ya sin municiones y rotas las espadas, aguardaron cruzados de brazos la última carga que habían de presenciar.

La muerte de Boves y la destrucción de la República venezolana, en la misma hora en que se acercan a las costas las velas que traen el cuerpo expedicionario que el general Morillo conduce desde España, señalan la transición a una nueva etapa. En los ventorrillos y campamentos, una cuarteta subrayaba el fin de los caudillos triunfales en la guerra a muerte:

En Urica murió Boves;
en el Alacrán, Quijada,
y en el sitio del Juncal,
Rosete y sus camaradas.

Por su parte, Bolívar —que era un político en el sentido profundo de la expresión, lo que le diferenciaba de quienes en aquel momento fueron sólo héroes o buenos combatientes—, ante una situación tan difícil como ésta, lanza el llamado manifiesto de Carúpano, lleno de profunda serenidad, de mirada certera, de ideas que saltaban por encima de la peripecia momentánea y abarcaban en su total dimensión el hecho de la independencia. En este aspecto, el espíritu de Miranda había hallado una reencarnación, que confirmaría y llevaría a fin el anhelo de toda su vida.

Bolívar se dirige rápidamente a Tunja para dar cuenta de sus actos al Congreso de Nueva Granada. La respuesta es aco-

Retrato del general Santiago Mariño, libertador del este de Venezuela. Congreso Nacional, Caracas.



gedora: «General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada: con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso Granadino os dará su protección...» Estas son las palabras con que el Congreso le recibe por boca de su presidente, Camilo Torres.

De momento hubo de abandonar su sueño de liberar Venezuela, y debió dedicarse a los problemas que afectaban a las provincias neogranadinas, entre las cuales Cundinamarca se mantenía disidente. Se le encomienda la dirección de la campaña, en la que toman parte mil veteranos salvados del desastre venezolano, y en rápida acción añade Cundinamarca a la Confederación y permite la instalación de la capital en Santa Fe, el 13 de enero de 1815.

Aquel triunfo amplía su crédito y le faculta para exponer sus planes de conquista de Venezuela. Contó con opiniones favorables, pero también con adversarios, que los obstaculizaron. En tanto, España había hecho llegar a la costa 11.000 veteranos de la guerra peninsular, al mando del general Pablo Morillo. Bolívar no encontró el apoyo que deseaba y el fracaso de sus planes le aconsejó dimitir del mando y continuar desde fuera del continente —nuevo Miranda— la lucha por la independencia del país del que se le nombró Libertador y se le había ido de las manos.

5. El salto al continente

Tiempos difíciles. Un bergantín inglés, *La Descubierta*, le lleva a Jamaica. Instalado en Kingston, sueña y proyecta. Escribe.

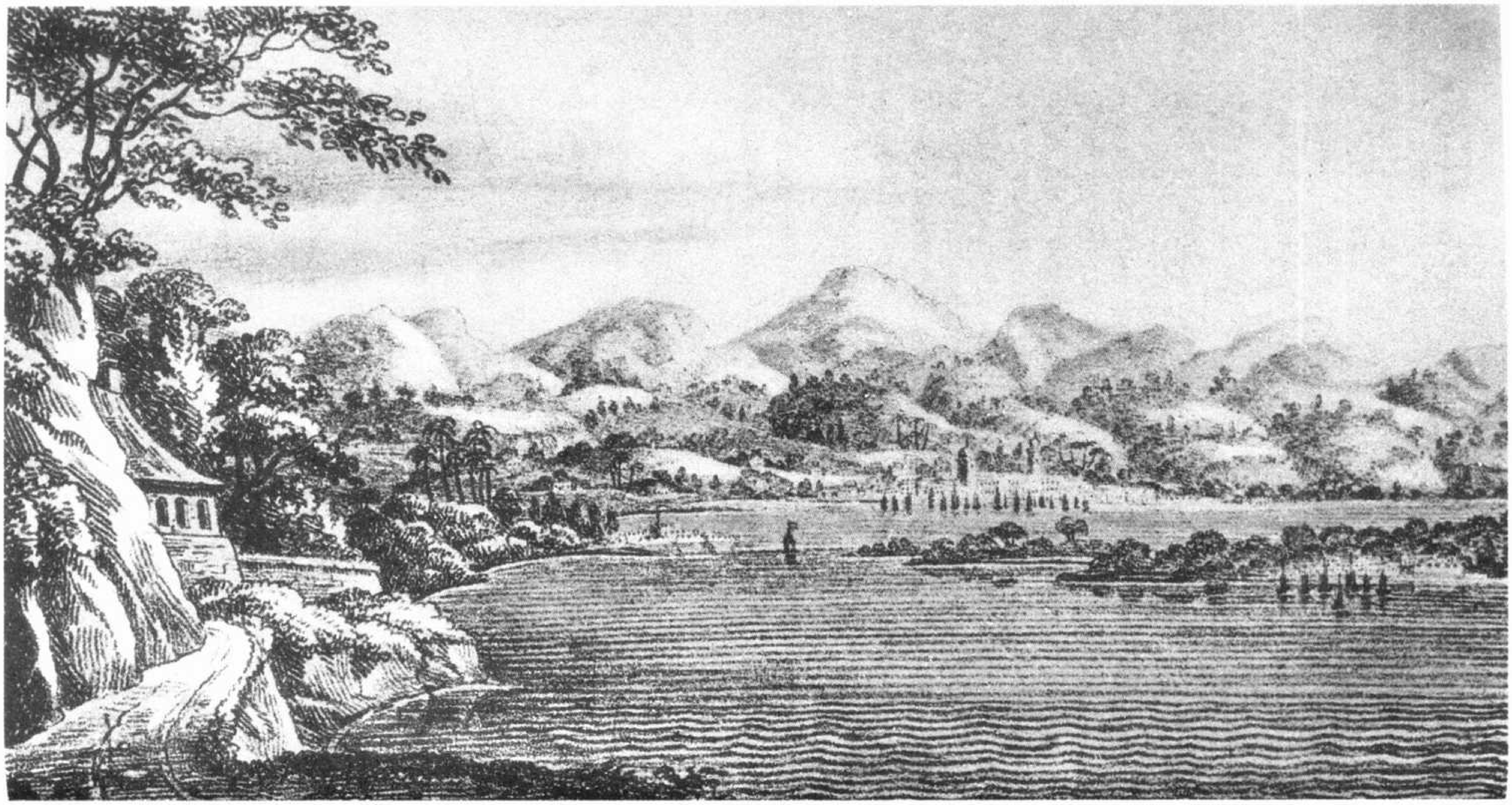
Ve con claridad el porvenir del continente: México, Argentina, Chile, Perú, los Estados de Centroamérica, Nueva Granada y Venezuela unidas en una lucha común... La independencia está madura. También cree que existe el hombre que no veía Humboldt. No hay más que hacer un esfuerzo. Gigante y lleno de riesgos, pero un esfuerzo. Hace propuestas al Gobierno inglés, redacta artículos, promete ayudar a los que aún resisten a Morillo en Cartagena.

¿Volverá a cumplir un papel de solitario desterrado envuelto en sus sueños? Otra vez la figura de Miranda viene a trazar una sombra sobre su situación.

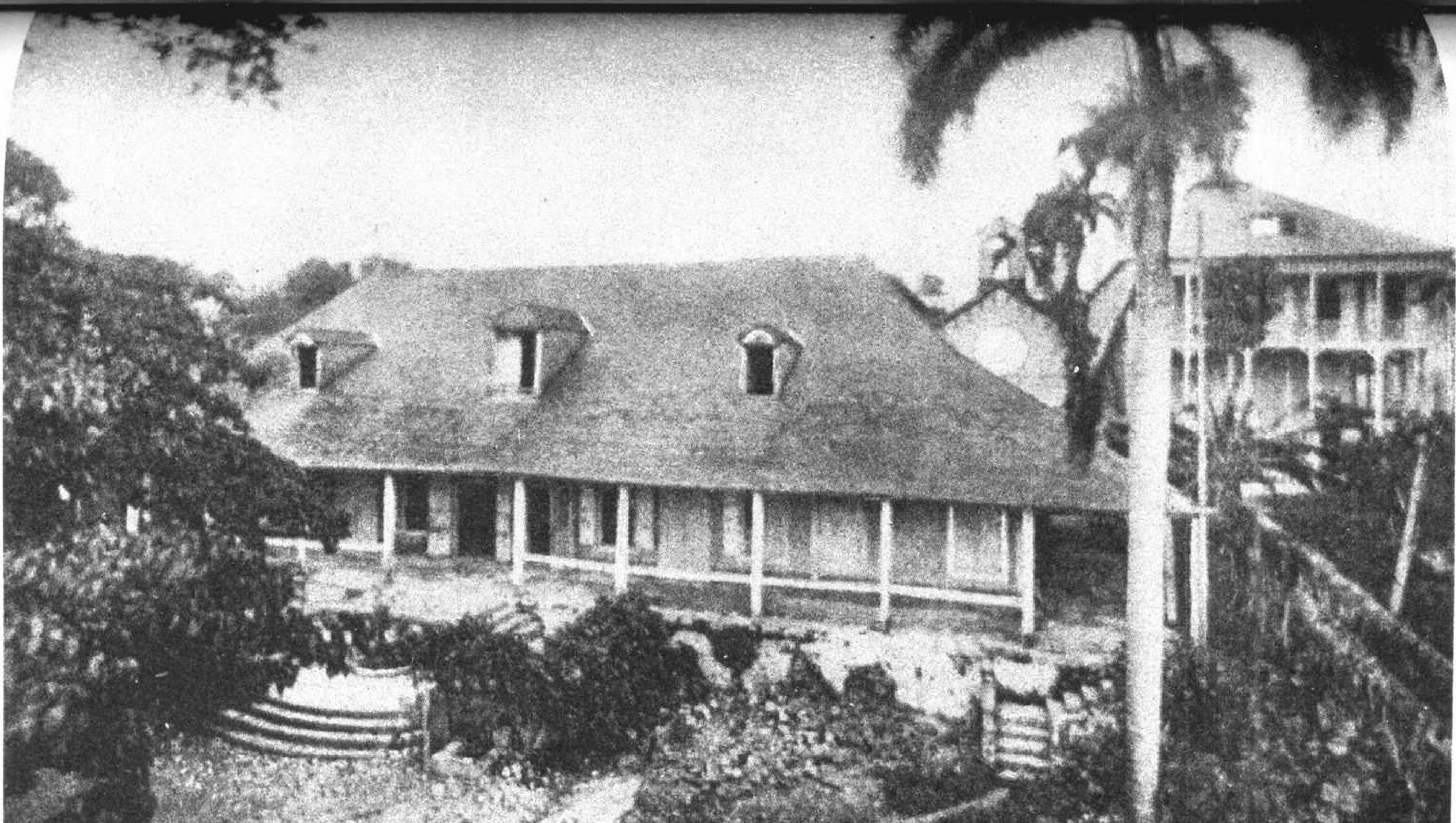
El puñal de un esclavo suyo, el negro Pío, se decide a poner fin a aquella historia. Comprado por unos españoles, apuñala al amo dormido en la hamaca. Pero la historia es más fértil en recursos que la novela. Bolívar había cambiado de posada, y el puñal asesino cae sobre un oficial recién hospedado en el que fuera su cuarto. De Jamaica viaja a Haití. Un corsario que encuentran en alta mar les informa de que la plaza ha caído. En Puerto Príncipe le atiende y ayuda el presidente Petion, y gana para su causa a un rico armador de Curaçao, Luis Brion. En medio de las disensiones y rencores entre los emigrados, se nombra a Bolívar jefe supremo y se prepara una expedición, formada por las goletas de Brion, que sale del puerto de Los Cayos, rumbo a la isla Margarita.

El 2 de mayo, frente a la isla de los Frailes, se encontraron con dos buques de guerra españoles. Los expedicionarios lograron abordarlos y ganar el combate, lo que dio enorme alegría y moral a los miembros de la joven república venezolana. En el acto nombró almirante de Venezuela al valeroso Brion.

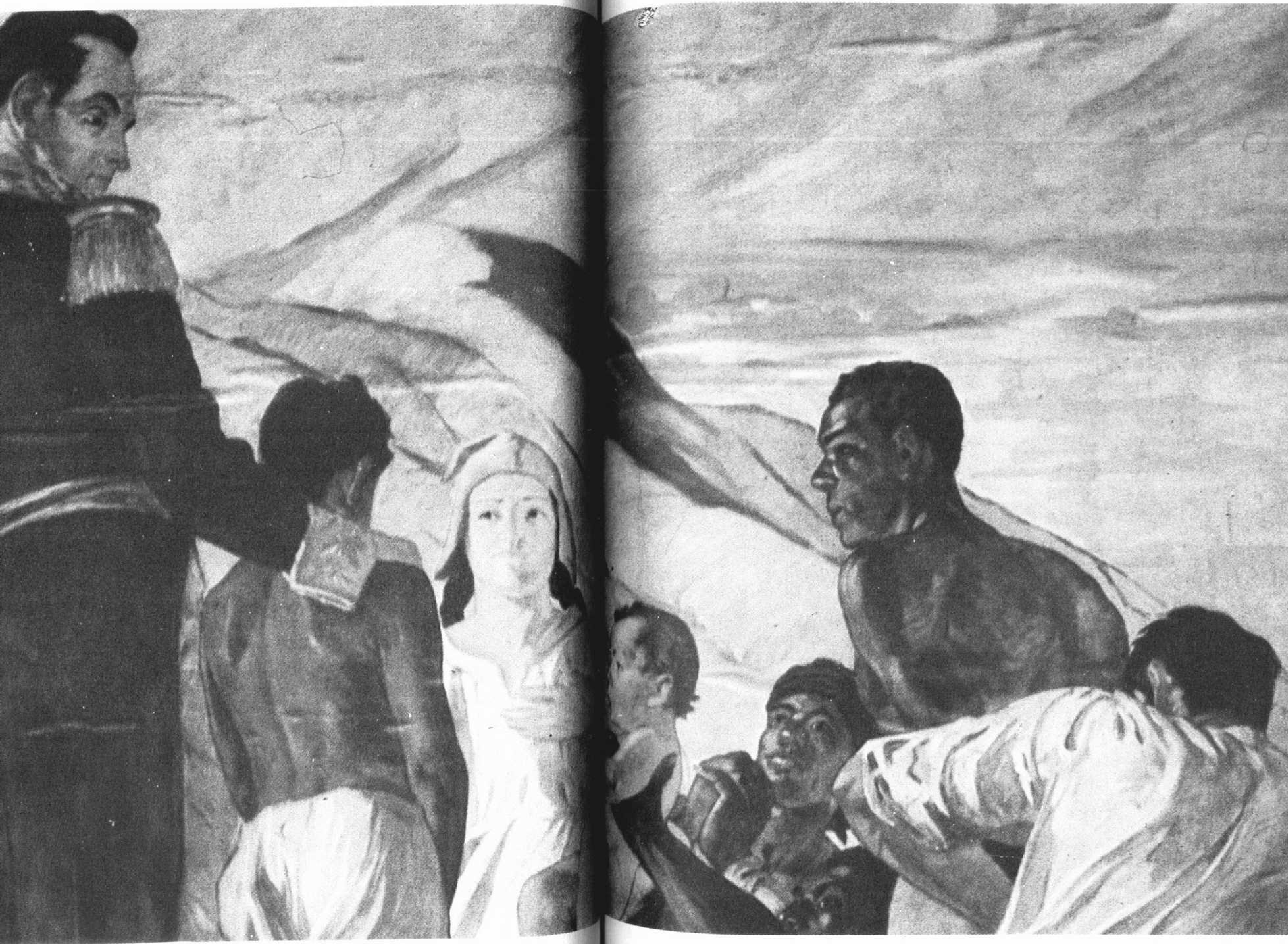
En la pequeña iglesia de la Villa del Norte, de la isla Margarita, el 7 de mayo se reúnen en asamblea los principales habitan-



El puerto de Kinsgston, en Jamaica, tal como se hallaba en 1820. *Allí se refugió Bolívar tras el desastroso final de la «campaña admirable».*



Casa en la que se hospedó Bolívar en Puerto Príncipe. En este lugar, el presidente Petion le ofreció su ayuda.



Panteón Nacional, Caracas.

Fragmento de la pintura de Tito Salas titulada La libertad de los esclavos, *que se conserva actualmente en el Panteón Nacional de Caracas.*

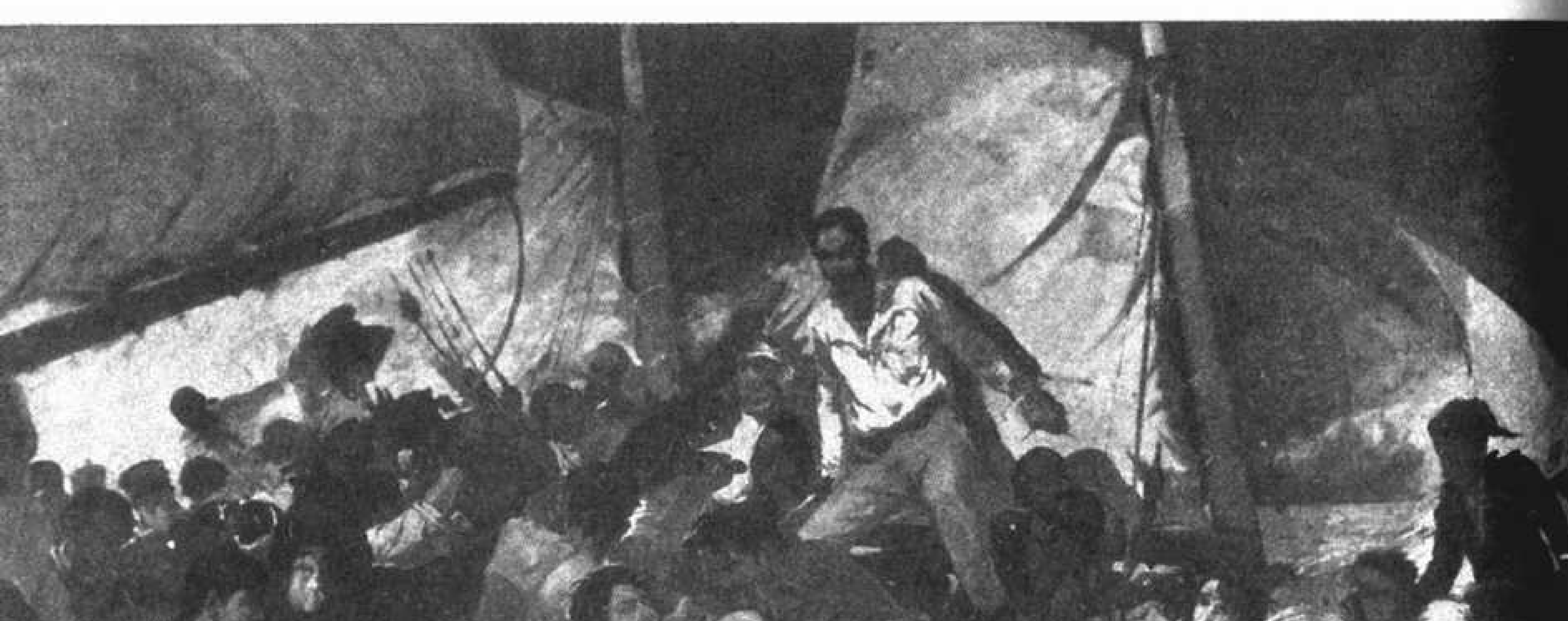
tes de la región. Allí se proclama de nuevo a Bolívar jefe supremo de la República.

Ya pisa suelo venezolano, pero suelo insular. Hay que saltar al continente. Y eso hace tres semanas después, conquistando el puerto fortificado de Carúpano. Entonces lanza un decreto de incalculables consecuencias: la libertad de los esclavos.

Han corrido los rumores de que un ejército haitiano invade el país conducido por Bolívar. Las guarniciones españolas se concentran en Cumaná. Bolívar aprovecha el campo que le dejan libre para reunir voluntarios y formar columnas, al tiempo que decide un audaz proyecto que viene madurando desde hace un mes. Se embarcan de nuevo con su pequeño ejército, abandona Carúpano y se dirige a Ocumare de la Costa, al este de La Guaira y de Caracas, cerca del corazón de los valles de Aragua. La operación tiene éxito.

Las fuerzas no eran muchas —unos quinientos hombres—, y su único respaldo en la cabeza de playa se lo proporcionaban

El abordaje del «Intrépido». *Así imaginó Tito Salas el combate naval en el que se vio envuelta la expedición bolivariana que partió de los Cayos. Galería de las Batallas, Casa Natal de Bolívar, Caracas.*



los navíos corsarios que los habían llevado. Pero éstos peleaban por la ganancia y no por un ideal. De ahí nació la confusión que había de rematar de mala forma la audaz empresa. La guarnición costera y su artillería fueron sorprendidas. El plan contaba con una rápida penetración aprovechando la sorpresa. Los españoles no tenían muchas fuerzas en aquella zona, precisamente por la ausencia de guerrilleros y la tranquilidad que dominaba. Hay que felicitar a los corsarios por tener más confianza en el éxito que el propio Bolívar y negarse a permanecer en el puerto para no perder los tesoros que esperaban apresar a los que se embarcarían en La Guaira huyendo de los triunfales hombres de Bolívar.

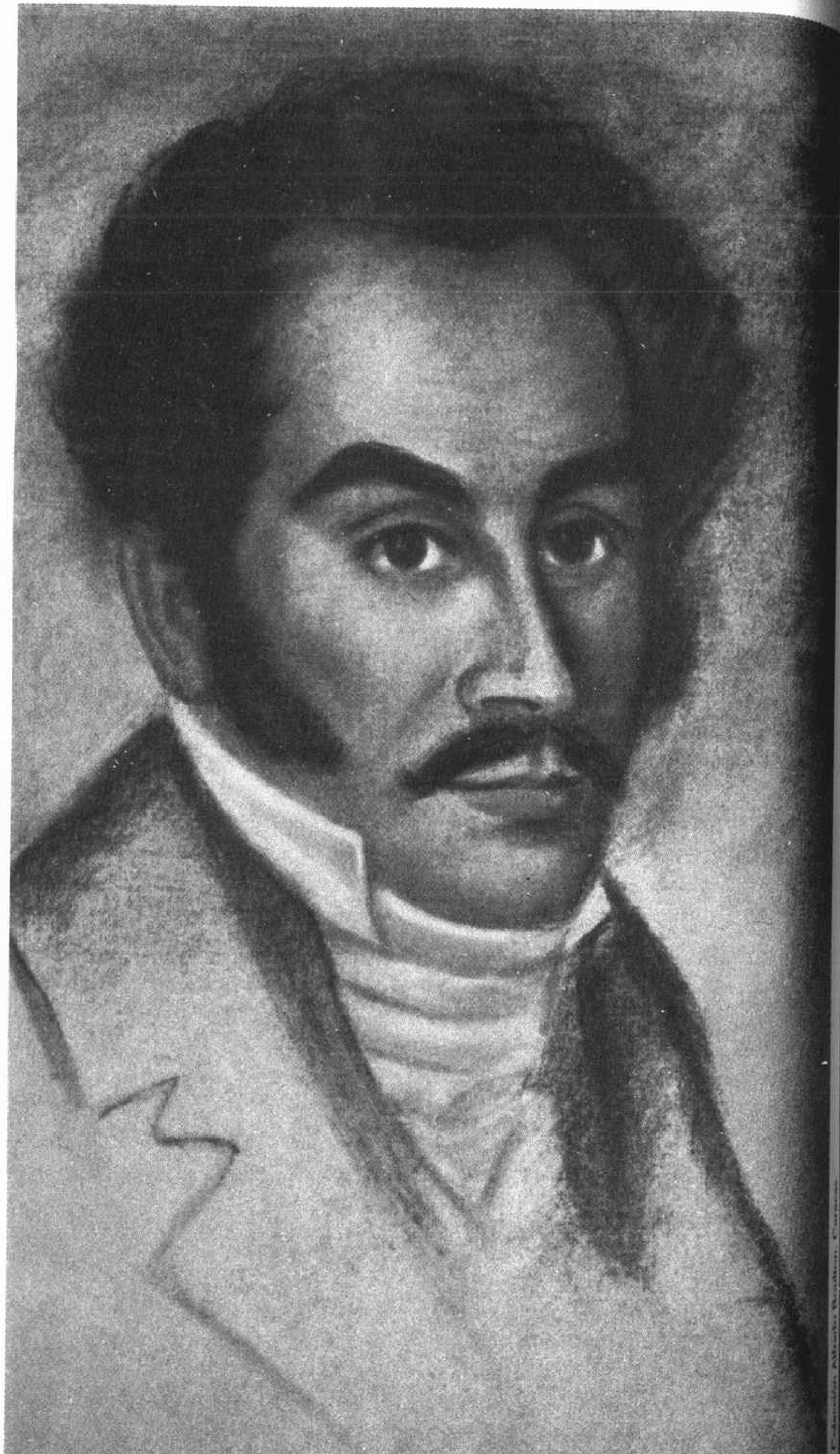
Este, por lo pronto, tuvo que dejar parte de sus fuerzas custodiando la munición y los víveres que los corsarios le dejaron en tierra y contentarse con enviar una columna hacia el interior, al mando de Soublette, quien, a pesar de algunos éxitos iniciales, se entretuvo en una pasividad que desesperaba a Bolívar. «Usted nos ha hecho infinito daño», le escribe, y corre a ponerse al frente de una batalla cuyo dispositivo se encontraba ya establecido. Perdido aquel encuentro, vuelve a la costa a organizar el reembarque de municiones y pertrechos. Un edecán le trae una noticia falsa: los expedicionarios se dirigen tierra adentro y los españoles están a punto de llegar a la playa. Otra vez la confusión y la desesperación. Bolívar piensa en acabar allí su empresa disparándose un pistoletazo, cuando el fiel oficial mulato Bideau llega en una lancha y le conduce al bergantín *Indio libre*.

Su única suerte fue librarse de los españoles, que le buscaron por la playa y el mar durante varios días. De nuevo ante Petion, que está dispuesto a seguirle ayudando. La preocupación por lograr su captura hizo que los españoles perdieran tiempo y la oportunidad de destruir las fuerzas desembarcadas, que se internaron en el país, manteniéndose sobre el terreno.

Jornadas de lucha

Pero Bolívar no ceja. Sabe que la causa de la emancipación no puede permitirse un descanso. El momento es particularmente difícil, y si España vuelve a consolidar su Gobierno, pueden pasar años hasta que de nuevo se alce el espíritu del 19 de abril y pueda contar con las tropas que le han seguido, tan alentadas hacia la victoria como sufridas ante los quebrantos.

La toma de Caracas y la derrota bolivariana no habían significado la pacificación total. Jefes guerrilleros lograban mante-



nerse en distintos puntos. Páez, en el Apure; Zaraza, en el alto llano de Caracas; Monagas, en Barcelona, y Rojas en Maturín... Con ellos cuenta el Libertador en su tenaz propósito de lograr expediciones que puedan arraigar en una zona firme para volver sobre Caracas.

A principios de 1817 se produce la llegada a Barcelona, libre entonces de la dominación de Morillo, del corsario *La Diana,* del que desembarcan Bolívar, un grupo de oficiales y la preciada ayuda que suponía el «parque», la munición. Los españoles hacían preparativos para un ataque a la ciudad, que no era capaz de resistir el esfuerzo realizado. La operación no parece mostrar más posibilidades que la de reforzar uno de los islotes mantenidos por los insurgentes dentro de la pacificada capitanía de Caracas. Sin embargo, tiene una importancia: cierra la etapa de intentonas desde el exterior; el pie puesto por Bolívar, esta vez en tierra continental, no se levantará ya de ella hasta su muerte. Le esperan horas difíciles y jornadas de angustia; pero hasta el momento de cumplir con su tarea de Libertador, la historia de las recientes repúblicas será la de sus campañas.

Lo que sorprende aún hoy es lo que en aquella hora podía entenderse solamente como pensamiento de iluso o megalómano, aquellas palabras desorbitadas a las que la historia y el tiempo han adjudicado dimensión de profecía. Son las que dirige a sus antiguos veteranos que entonces marchaban en dirección a Guayana, a las órdenes de Piar:

«Ustedes volarán conmigo al rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano... Que el universo nos contemple con admiración tanto por nuestros desastres como por nuestro heroísmo.»

Sus planes empiezan a desarrollarse. Finge una marcha hacia Caracas, deseo que era fácil suponerle desde la alerta vigilancia de Morillo, y que refuerza con el reparto de una proclama donde lo anuncia. Mientras tanto, fortifica Barcelona con un campo atrincherado, repitiendo lo que en otro tiempo hiciera en Caracas, para retrasar la conquista española de la ciudad y fijar en ella efectivos españoles. Después trata de fortificar igualmente algo que también necesitaba rápido y firme apuntalamiento: la dirección política de la desperdigada causa emancipadora.

▼ *Bolívar según un retrato realizado en 1816 por un autor desconocido.*



La catedral de Barcelona (Venezuela) aún conserva la estética de los tiempos bolivarianos.



Fuertes sobre el Orinoco, testigos mudos de grandes batallas.

Son varios los que piensan que tienen el poder a su alcance y se sienten predestinados para acaudillar la lucha. Mariño, que sitiaba Cumaná, y a quien Bolívar llama, sólo se presenta cuando se le ha nombrado general en jefe de la fuerza armada. En las operaciones que siguen no hay acuerdo entre ambos, y el nuevo general en jefe se niega a continuar los movimientos dispuestos por Bolívar. Amargado y viendo en la anarquía del ejército el motivo de que no progresaran sus armas, Bolívar se vuelve sobre un plan meditado ya dos años antes, y que no le había sido posible realizar. De hecho, como en Ocumare, se había perdido otra oportunidad de triunfar.

Mientras caía Barcelona al asalto a sangre y fuego del coronel español Aldama, Bolívar volvía de conferenciar con Piar, que sitiaba Angostura. Parecen olvidados, aunque sea de momento, los rencores que pudieran latir desde el encuentro de Carúpano.

Bolívar, cuyo deseo es formar un ejército fuerte, confirma todas las condecoraciones y ascensos concedidos por Piar, al que nombra general en jefe, y manda un enviado a Margarita para que la escuadra insurgente llegue hasta él navegando por el Orinoco. Tropas separadas del ejército de Mariño se le unen. Todas ellas reunidas aclaman a Bolívar jefe supremo de la República. Piar no quiere ser el segundo. No obedece la sugerencia de dirigir el sitio de Guayana la Antigua. Prefiere alejarse y, alegando falta de salud, conspira contra el jefe supremo.

Pero Bolívar no ceja y desembarca en Barcelona. Si alberga la esperanza, constante en él, de dominar una capital, lo que supone dominar la cabeza del país, pronto se ve contrariado.

Además, nada más lejos de la concepción napoleónica de adictos mariscales que la conducta de sus compañeros de armas. Mariño, que sitia a Cumaná, no quiere someterse a su mando.

Tampoco Piar, que mantiene una zona en el Orinoco y ha logrado victorias sobre los realistas. Mariño quiere el poder para él y reúne un Congreso en Cariaco sin contar para nada con el Libertador.

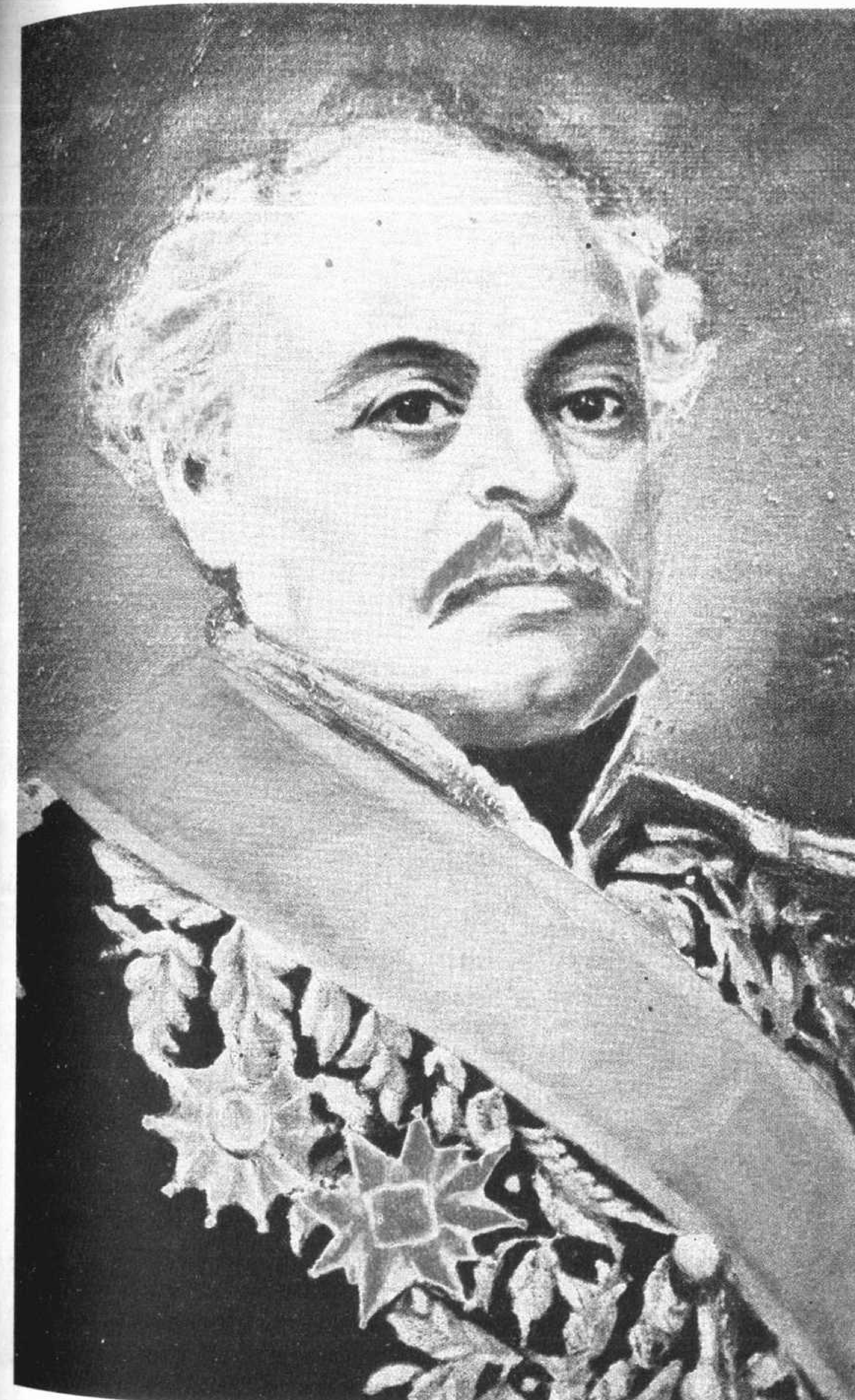
Bolívar trata de apoderarse de Angostura y Guayana la Vieja, pero no lo consigue. La situación se torna precaria, pero entonces aparece en el río su amigo Brion, aquel hijo de la isla de Curaçao al que nombrara almirante en el encuentro de la isla de los Frailes, y que ahora le trae armas y gentes. Se pone en campaña y caen las dos ciudades. El Libertador impone su autoridad. El general Piar, sometido a un consejo de guerra, es fusilado en octubre de 1817. Mariño huye. Se restablece la unidad. Se declara a Angostura capital de Venezuela y se crea un Consejo de Estado. Comienzan a llegar voluntarios reclutados en Londres, veteranos en las más duras batallas europeas del siglo, acostumbrados a la vida y la disciplina de un ejército. La esperanza y el optimismo reinan entre las tropas, que se reorganizan rápidamente y a las que pasa revista Bolívar.

A principios del año siguiente, 1818, se produce la unión entre Bolívar y Páez, que había mantenido la bandera de la independencia en los Llanos, que antes fueran patrimonio de Boves. El propio Páez ha contado su primera entrevista:

«Me adelanté a su encuentro acompañado de los principales jefes de mi ejército. Apenas me vio a lo lejos, montó inmediatamente a caballo para salir a recibirme...

»Hallábase Bolívar entonces en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procerosa, era, no obstante, lo suficientemente elevada como para que no la desdeñara el escultor que quisiera representar a su héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y en el brillo de los ojos, que eran negros con mirar de águila, circunstancias que suplían con ventaja a lo que a la estatura faltaba para sobresalir sobre sus acompañantes. La tez, tostada por el sol de los trópicos, conservaba, no obstante, la limpidez y lustre que no habían podido arrebatarle los rigores de la intemperie...»

Parecen volver los días de la «campaña admirable». Páez cree ver en aquel hombre de ojos penetrantes y movimientos nerviosos una personificación de la ciencia militar y quiere ofrecerle el espectáculo de su experiencia en la guerra llanera y su ingenio. Bolívar le habla de sorprender a Morillo, de quien les sepa-



El general José Antonio Páez.



Las Queseras del Medio, *óleo de Arturo Michelena.*
«Doce batallas campales (...) no han sido bastante para exterminar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la guerra» (General Morillo).

raba el anchuroso Apure. La infantería llevaba días de adelanto sobre la flotilla que la acompañaba en su avance, en una original marcha de escasos antecedentes en la historia militar, cuando se encontró con el único paso del Apure utilizable protegido por una flotilla española. Los cincuenta jinetes de Páez se dirigieron hacia ella, lanzándose al agua una milla antes de la posición de guardia y causando tal sorpresa en sus defensores, que éstos sólo fueron capaces de hacer algunos disparos de cañón y una salva desordenada de fusilazos, mientras la mayor parte de ellos se lanzaba al agua. Hasta catorce embarcaciones se apresaron; las tropas pudieron pasar el río y avanzar por el camino abierto hacia el cuartel general de Morillo.

Calabozo cae en manos de Bolívar. Pero no se obtienen todas las ventajas que suponía este triunfo. Transcurre el año en combates que desangran a ambos combatientes, aunque no consiguen debilitar la voluntad de lucha de Bolívar. Al contrario, se siente pisando terreno cada vez más firme. Por el Orinoco llegan a él voluntarios extranjeros, ingleses la mayor parte, que se incorporan a la romántica idea de servir a la Libertad. Además, los hombres de los Llanos, que dieron su mayor fuerza a Boves, van cambiando de posición. El decreto de Bolívar que liberaba a los esclavos y la tenacidad en la lucha estaban produciendo sus frutos. Indios y pardos ven en él su defensor, y en las ideas que difundía, sus propias ideas.

Algunos de aquellos extranjeros manejaban tanto la pluma como la espada. Sus memorias o vindicaciones escritas han contribuido a echar tanta sombra como luz sobre la realidad que vivieron, porque en ellas aparecen con frecuencia resentimientos personales y otras muchas veces caen en el pintoresquismo, tan grato a la época. Uno de esos extranjeros, anónimo para nosotros, porque firmó «Un Oficial de la Legión Británica», ha dejado una imagen plástica de Bolívar, rodeado de sus hombres de confianza, al incorporarse a su ejército en Calabozo. Romántico el decorado, románticos los tipos humanos y romántico el héroe, resplandeciente en el marco arlequinesco del improvisado ejército, que inicia la formación de su propia estructura con la vitalidad aportada por las victorias.

Una variada gama en la tez oscura de los oficiales que rodean al jefe supremo era el primer motivo de asombro para los

Retrato de Simón Bolívar. Biblioteca Nacional, París. ▸





El general Pablo Morillo.

rubicundos voluntarios. Luego la variedad y el desastroso estado de los que pudieran llamarse uniformes, de distinto corte y colores; los sombreros de hojas de palmera, los pañuelos de color ceñidos a la cabeza y las grandes espuelas de plata o cobre. A su llegada corren a ellos con fuertes abrazos y ruidosas exclamaciones de alegría. La escena se corta por el paso de Bolívar, delga-

do, con su chaquetilla azul con alamares rojos y tres filas de botones dorados, que los saluda «con una sonrisa melancólica de peculiar expresión».

Después los recibe a la espesa sombra de unos copudos árboles, donde había instalado su hamaca; los saluda, excusa las incomodidades a que obliga la campaña; les da la impresión de ser un hombre de amplia educación, maneras elegantes y enterado de los asuntos europeos; enfatiza la confianza en la obra de disciplina y en adiestrar a las tropas que va a poner en sus manos, y los deja entre los oficiales de su estado mayor.

Por aquellos días la lucha era enconada, y en el irregular ajedrez del país, marchas y contramarchas cambiaban frecuentemente de bandera a poblados y territorios. El ejército español se empleaba valerosamente, pero no le era posible estar en todas partes. Apenas abandonada —o supuestamente pacificada— una región, volvía a ser amenazada. En una de aquellas jornadas en que Morillo golpeó seriamente a Bolívar, éste estuvo a punto de perecer. Fue en el lugar llamado Rincón de los Toros, donde un grupo de españoles logró filtrarse hasta el lugar en que el jefe insurgente se hallaba descansando. La presteza de éste para saltar de la hamaca en que estaba le salvó la vida. Varios de sus acompañantes quedaron muertos o heridos.

Campaña dura, con muchas pérdidas, la de 1818. Pero no era más animada la situación de los españoles, aparentemente vencedores. Morillo escribía al Gobierno de Madrid:

> «Estamos entregados a la más espantosa miseria, sin dinero, sin armamentos, sin víveres... Doce batallas campales consecutivas, en que han quedado muertos en los campos de batalla las mejores tropas y jefes enemigos, no han sido bastante para exterminar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la guerra.»

¿Se consideraba ya Bolívar jefe de un pueblo triunfador? Por el contrario, preveía que sin acertadas medidas políticas y militares nada más precario que un posible triunfo. Prepara el Congreso de Angostura, donde el 15 de febrero de 1819 pronuncia un mensaje animando a la continuación de la lucha. El Congreso le nombra presidente provisional y le da amplias facultades. La llegada de nuevos voluntarios ingleses le permite una buena campaña en el Apure contra las fuerzas de Morillo, que éste había cometido el error de dispersar para poder sujetar el país. Mas no pone en ello mucho interés. Bullía en su mente una idea mucho más ambiciosa.

6. La liberación de Nueva Granada

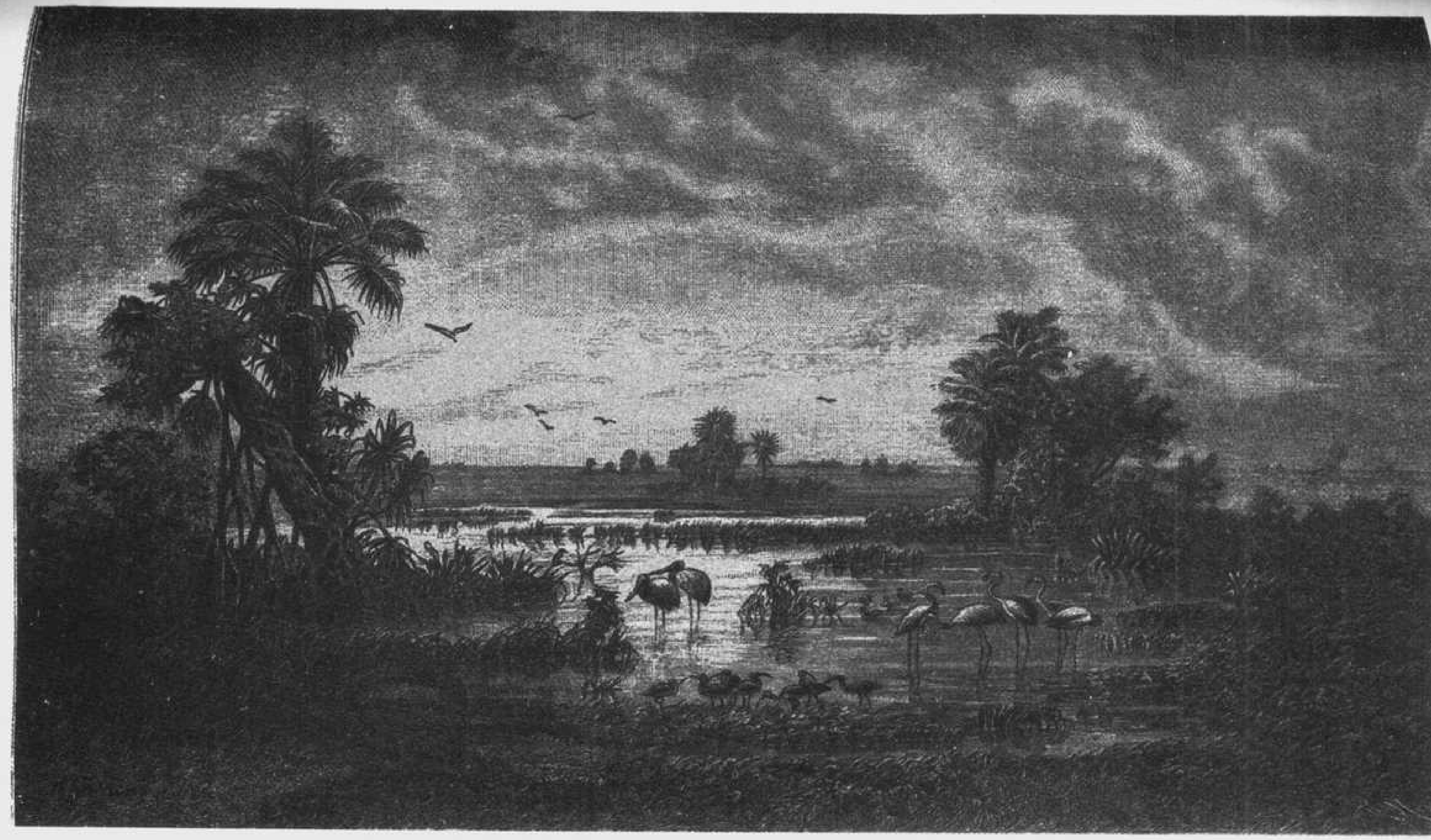
Aquí comienza a brillar, con un fulgor que dominará siglos de historia, la estrella de Bolívar. El plan que venía madurando consistía en una marcha para la liberación de Nueva Granada, que se uniría a Venezuela en una gran república.

Para ello, los dos mil quinientos hombres que formaban su ejército tuvieron que triunfar sobre algo que hasta entonces se tenía por infranqueable: los Llanos inundados. Durante muchas horas tuvo que caminar la infantería con el agua a la cintura, empujando balsas donde se transportaban los bagajes.

Ya cerca de las montañas, la zona inundada cedió el paso a los ríos de corriente impetuosa. En la madrugada, las cimas de la cordillera anunciaban un helado viento sobre las tropas que descansaban para prepararse a una nueva jornada. Ya en lo alto de las elevaciones andinas, el viento era capaz de derribar a los expedicionarios. Algunos sucumbían al fatigoso caminar y otros eran atacados por el mal de altura. Llovió durante varios días seguidos. La disentería hizo su aparición. Los llaneros luchaban con denuedo para vencer aquel increíble paisaje; cada cima conquistada hacía aparecer otra aparentemente inaccesible y los caballos eran incapaces de mantener el equilibrio; y así, durante cinco jornadas de agotadora marcha. Los voluntarios británicos se sentían protagonistas de una fantástica aventura, en la que había que caminar cogidos de la mano para resistir la fuerza de los torrentes, hacer equilibrio sobre musgosos troncos de árbol que salvaban precipicios estrechos, pero de pavorosa profundidad, o recurrir a ancestrales transbordadores indígenas tejidos con lianas para cruzar con los ojos cerrados.

Pero las penalidades y el ingenio tienen su recompensa. Una jubilosa y fértil recompensa. El teatro de operaciones ha cambiado de un modo absoluto, la suerte de la guerra no se va a jugar

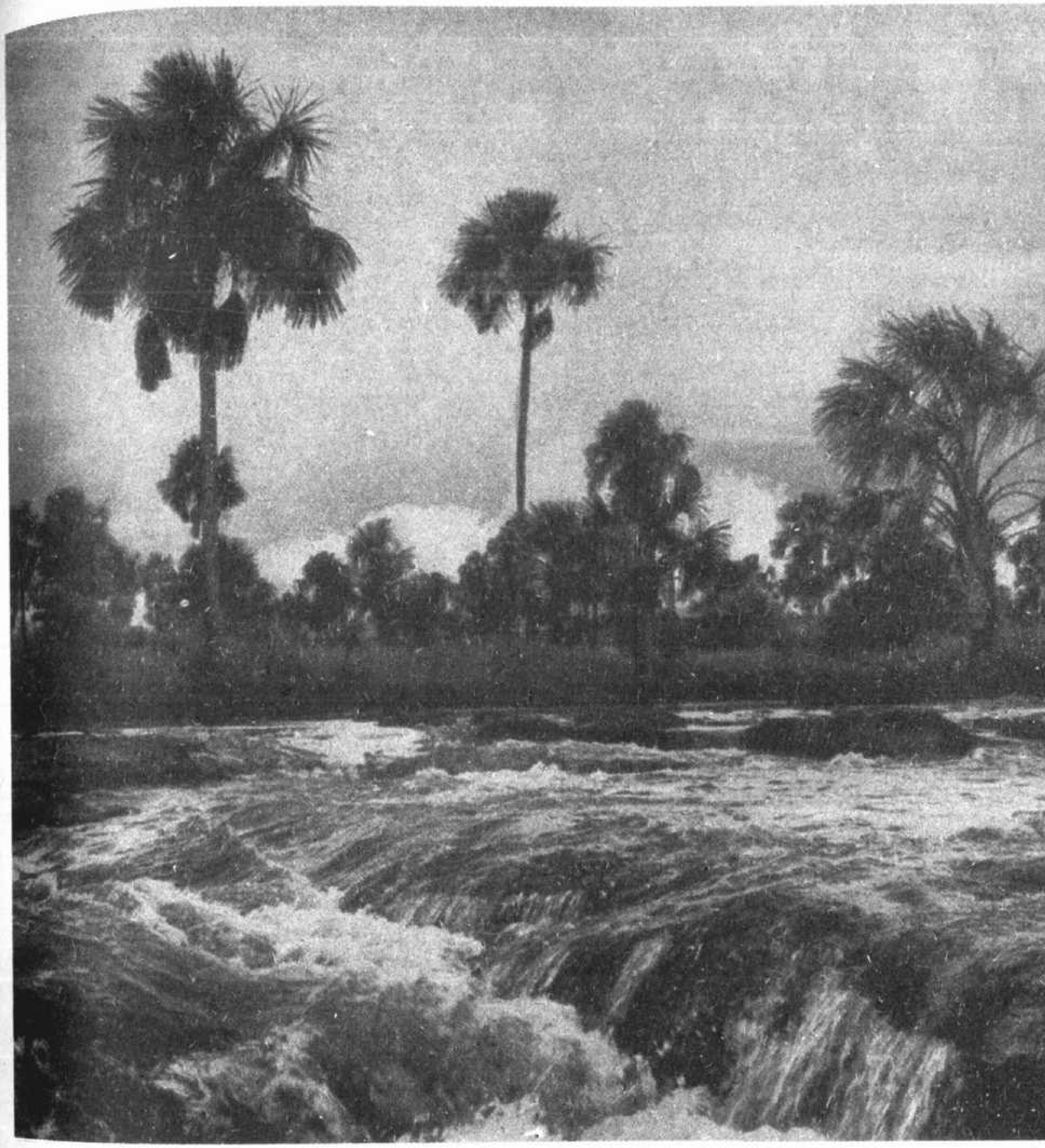
Vista de los Llanos, junto a la cordillera andina. ▸



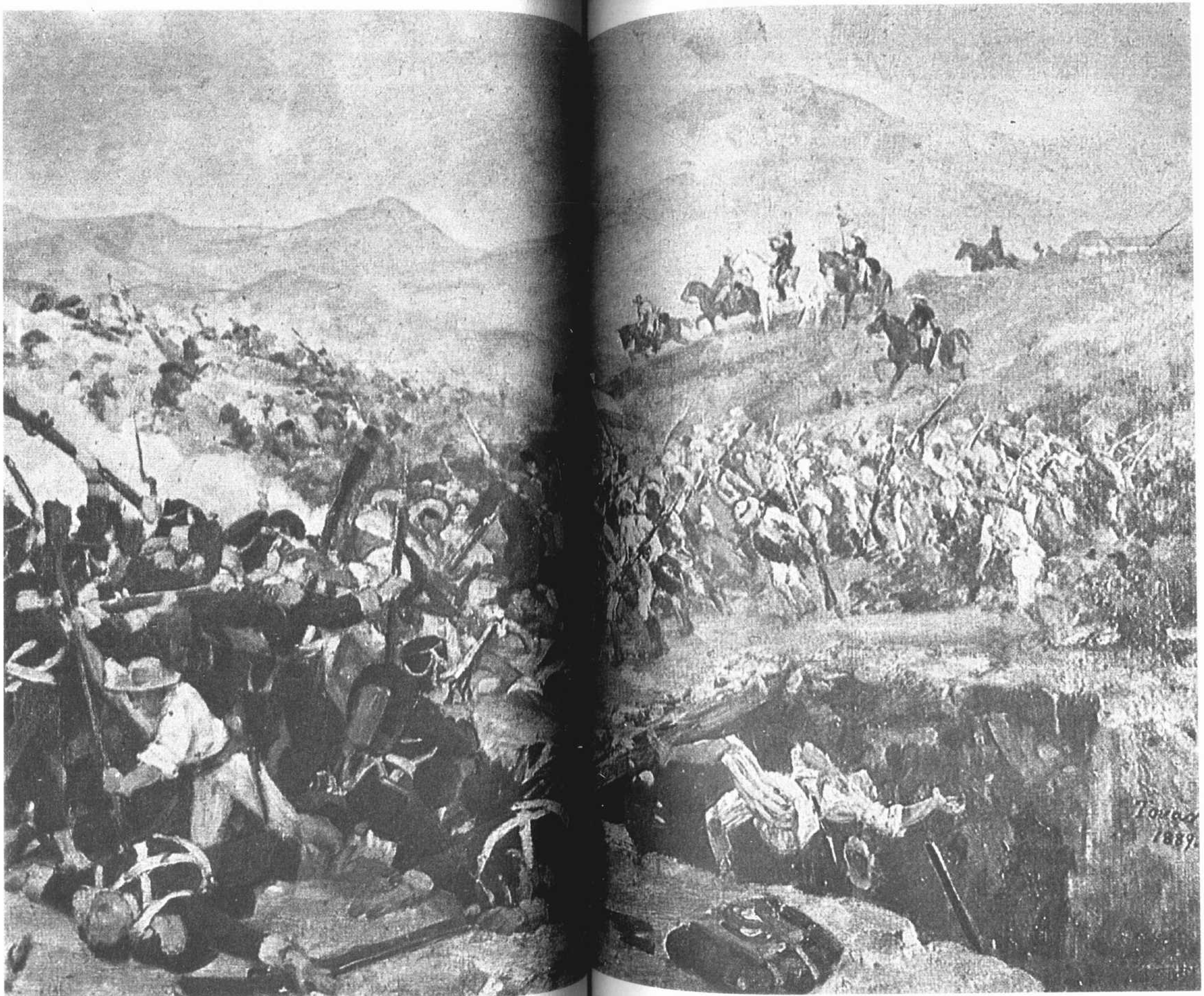


En la campaña de Nueva Granada, Bolívar conquistó su gloria de gran caudillo militar.

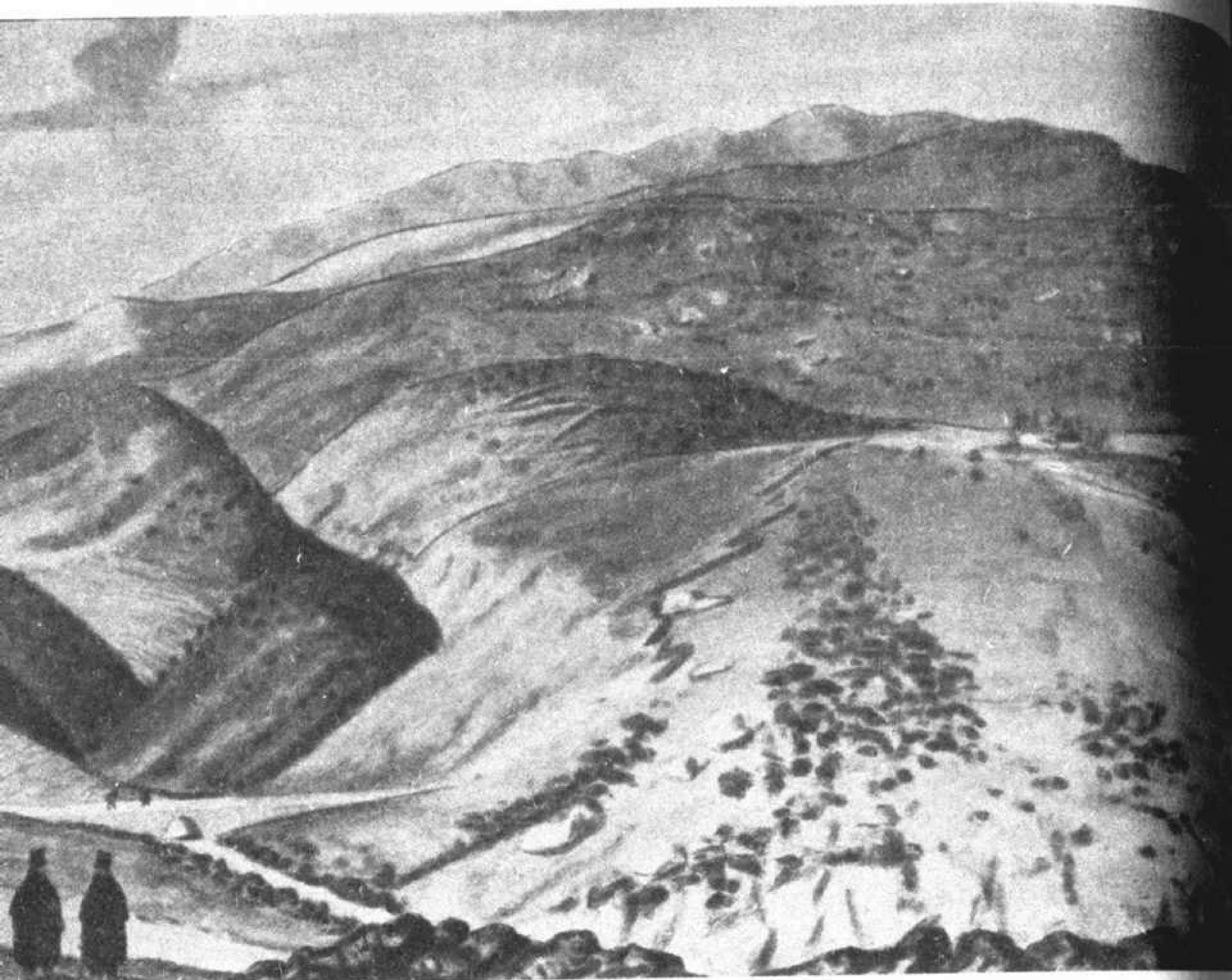
Las impetuosas corrientes de la gran sabana. ▼



en los llanos del Apure, donde esperan las siguientes bazas al golpeado ejército de Morillo, sino en las altas mesetas neogranadinas, en las que las fuerzas españolas son menores y, sobre todo, no esperan el ataque. El ejército expedicionario vence con la sorpresa de su increíble presencia al primer destacamento español que encuentra y de esta forma franquea el camino de Nueva Granada. Bolívar gana en estos días su gloria de gran caudillo militar. Hace descansar a sus fuerzas, reorganiza unidades, las refuerza con los habitantes que le aclaman y a quienes moviliza sin tardar. Un triunfo en Pantano de Vargas le sitúa a las puertas de Tunja, donde entra el 3 de agosto, y prepara la gran batalla de



Boceto para el cuadro Batalla de Boyacá, *por Martín Tovar.*

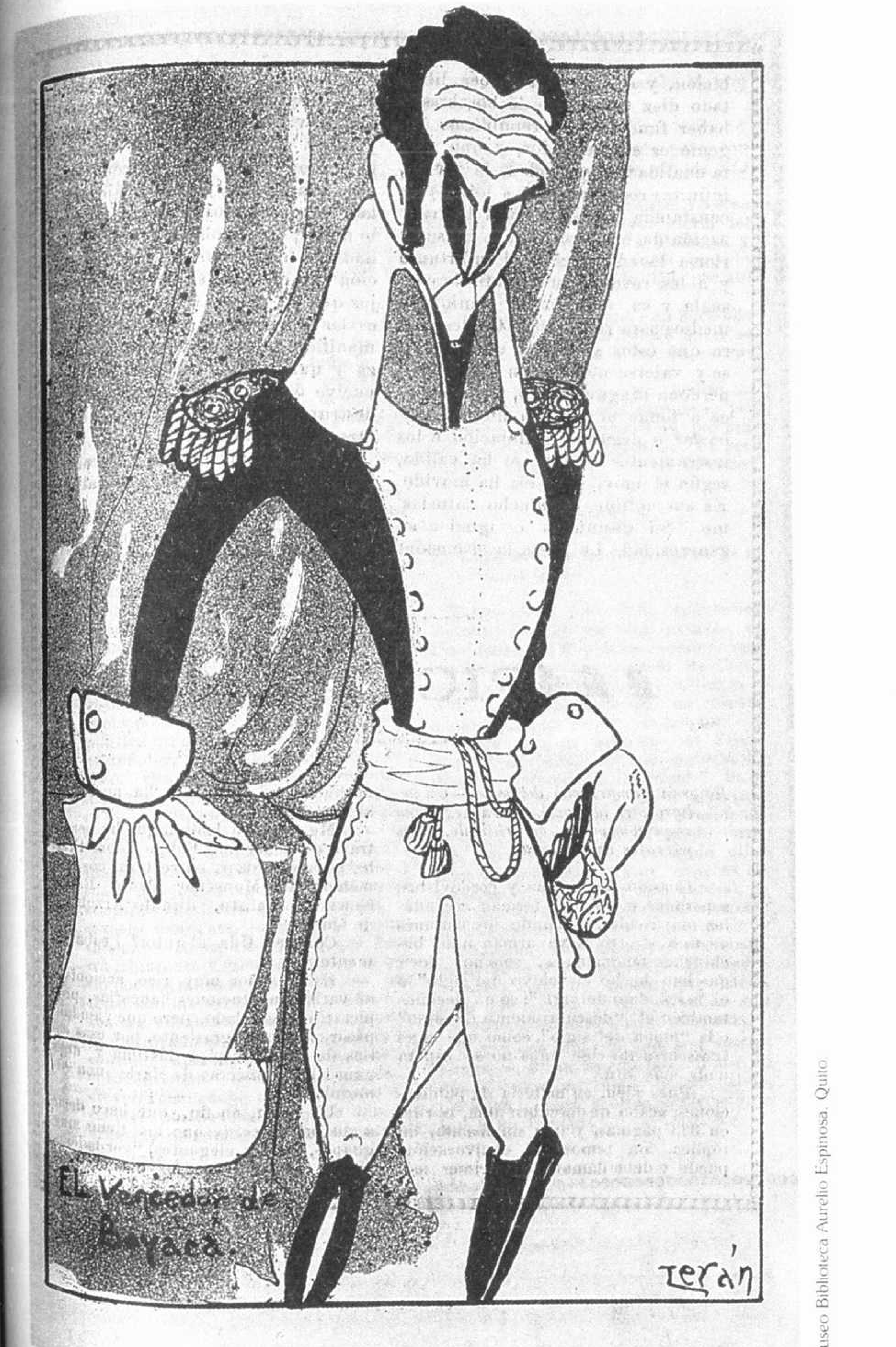


Las cimas de la cordillera andina.

Caricatura de El vencedor de Boyacá. *Museo Biblioteca Aurelio Espinosa, Quito.* ▸

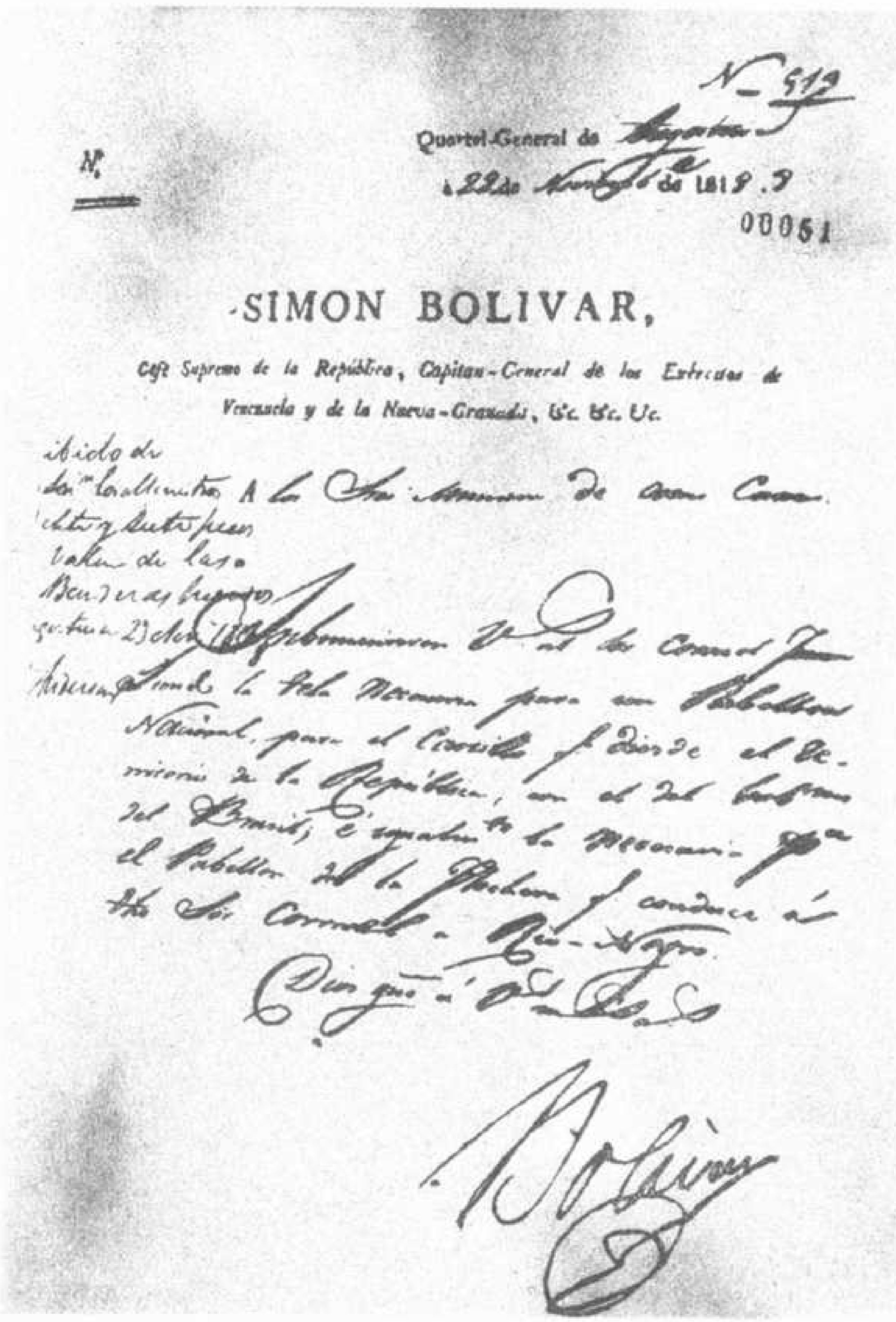
Boyacá, en la que todo el ejército español quedó destruido el día 7. El general José María Barreiro, sus oficiales, más de mil prisioneros e importante material: he aquí las pérdidas de los realistas. Morillo expresó, sin paliativos, la magnitud del golpe: «Bolívar, en un solo día, acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates.» El virrey Sámano abandona la capital. La guarnición le imita, después de volar las reservas de pólvora.

Bolívar galopa hacia la capital, dejando atrás escolta y edecanes. Al llegar al palacio del Gobierno desmonta con agilidad y sube de prisa la escalera. Se le ha descrito con casaca de paño negro, calzón blanco, tostado por el sol de los Llanos, saludando nervioso y rápido a los patriotas neogranadinos que le acogieron en 1814.



Museo Biblioteca Aurelio Espinosa. Quito

Mientras tanto, las noticias que llegaban de Venezuela no respaldaban la victoria. El Congreso había depuesto al vicepresidente Zea, hombre de confianza de Bolívar, y nombrado en su lugar a Arismendi, jefe militar de la isla Margarita, que desobedecía su mando. La ausencia de noticias de la expedición neogranadina favorecía secesiones y apetencias de poder, cuando una mañana llega un correo proclamando los triunfos del otro lado de los Andes y la próxima llegada de Bolívar a Angostura. Una enorme agitación se apodera de la ciudad, se conducen cañones al desembarcadero, corren los hombres a vestir sus trajes de fiesta, las mujeres ocupan ventanas y balcones y las ovaciones se mezclan a las salvas con que se le acoge en el momento de pisar tierra. Arismendi, de gran gala, le abraza y descansa la cabeza en su hombro.


N° 913

Quartel General de Angostura a 22 de Noviembre de 1819. 9

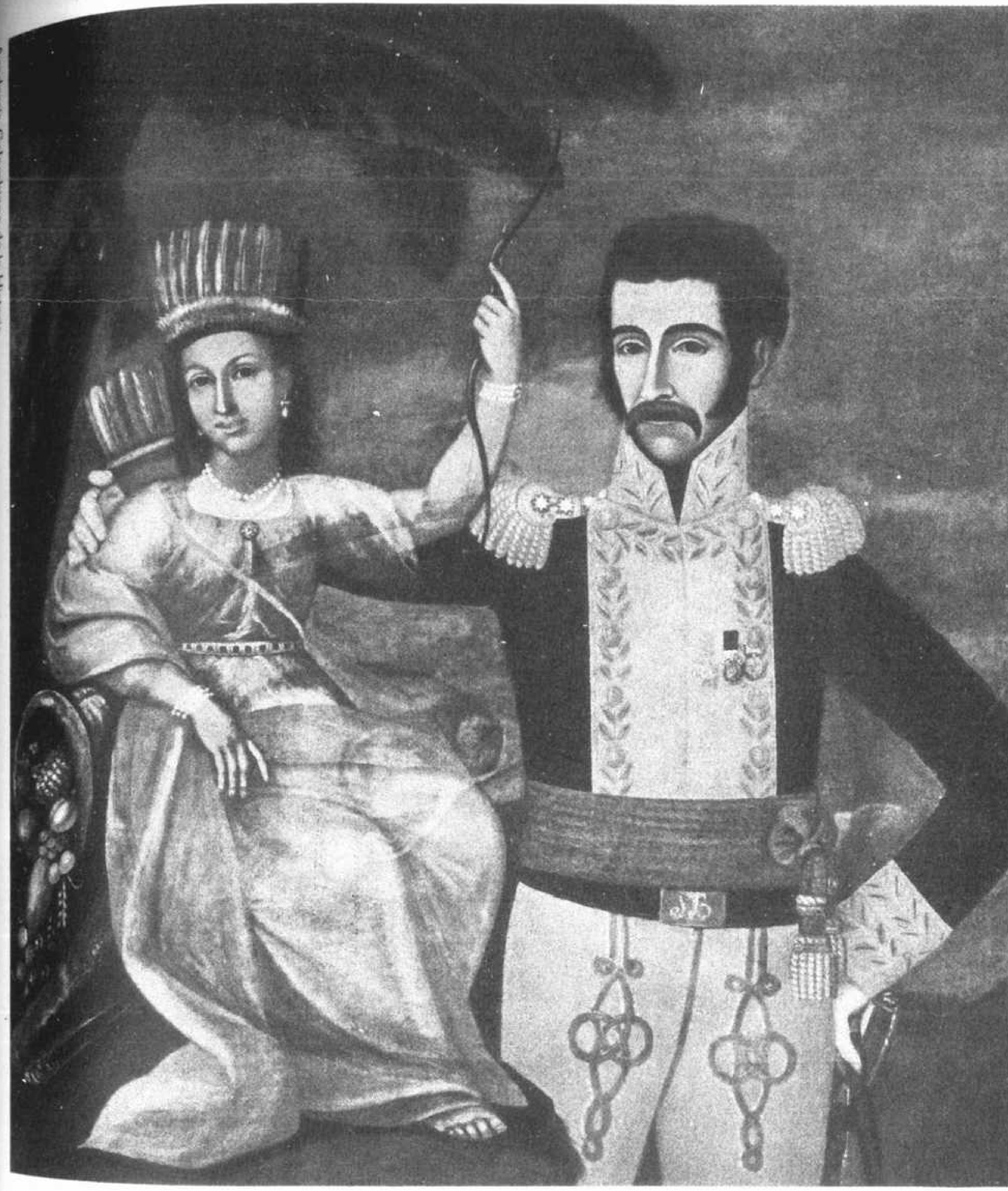
00051

SIMON BOLIVAR,

Gefe Supremo de la República, Capitan-General de los Exércitos de Venezuela y de la Nueva-Granada, &c. &c. &c.

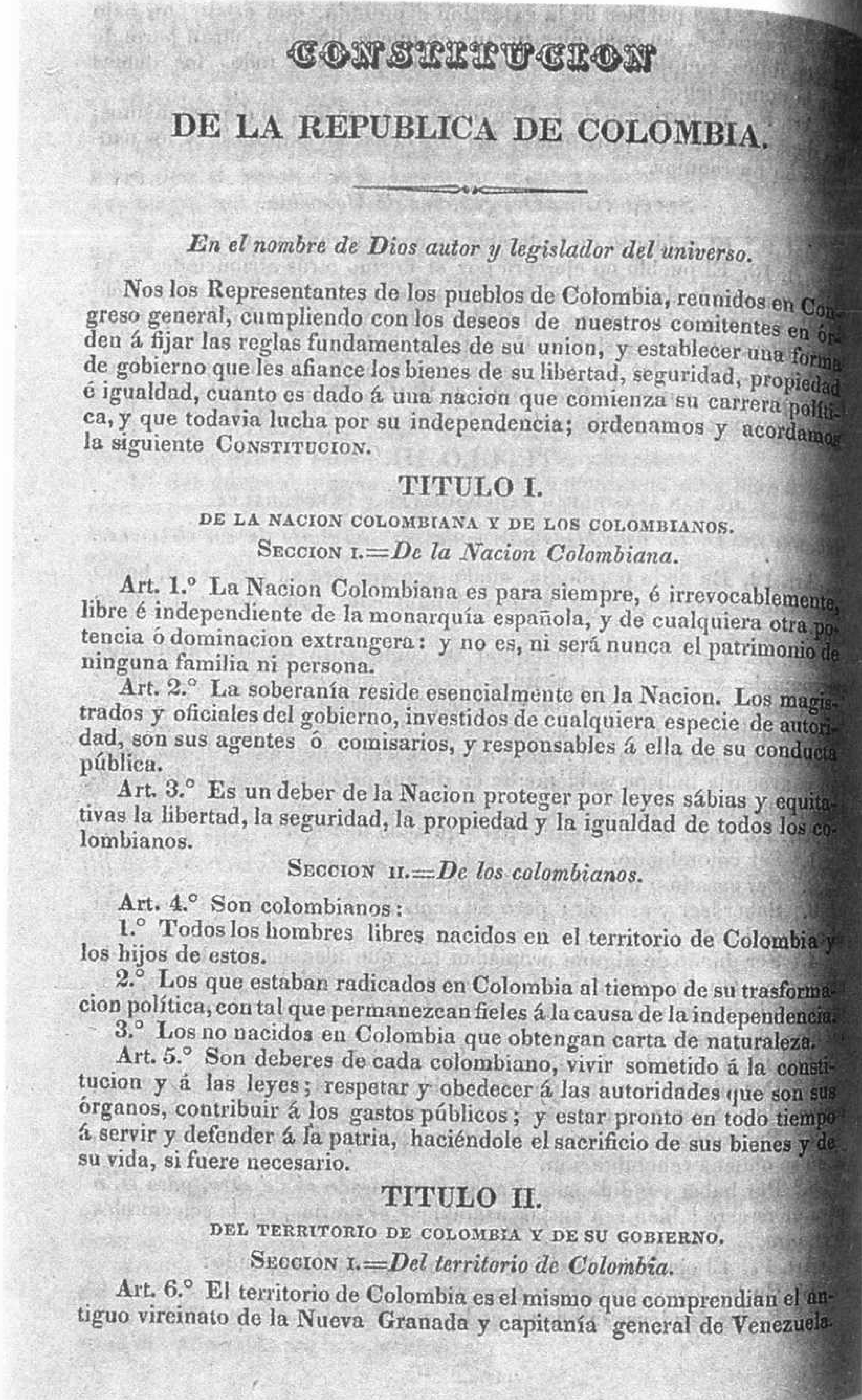
Documento de Simón Bolívar, fechado en Angostura en 1819.

Simón Bolívar, Libertador, por Pedro José Figueroa (1820).


Academia Colombiana de la Historia

El 17 de diciembre de 1819 la Asamblea decide: «Las Repúblicas de Venezuela y de Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola, bajo el título glorioso de *República de Colombia...*» Bolívar quedaba obligado a anteponer a cualquiera de sus títulos el de Libertador, y se le elegía presidente de la naciente República.

El año 1820 iba a ser pródigo en acontecimientos para la historia política del mundo hispánico. España preparaba una fuerte



CONSTITUCION

DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA.

En el nombre de Dios autor y legislador del universo.

Nos los Representantes de los pueblos de Colombia, reunidos en Congreso general, cumpliendo con los deseos de nuestros comitentes en órden á fijar las reglas fundamentales de su union, y establecer una forma de gobierno que les afiance los bienes de su libertad, seguridad, propiedad é igualdad, cuanto es dado á una nacion que comienza su carrera política, y que todavia lucha por su independencia; ordenamos y acordamos la siguiente CONSTITUCION.

TITULO I.

DE LA NACION COLOMBIANA Y DE LOS COLOMBIANOS.

SECCION I.=*De la Nacion Colombiana.*

Art. 1.° La Nacion Colombiana es para siempre, é irrevocablemente, libre é independiente de la monarquía española, y de cualquiera otra potencia ó dominacion extrangera: y no es, ni será nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona.

Art. 2.° La soberanía reside esencialmente en la Nacion. Los magistrados y oficiales del gobierno, investidos de cualquiera especie de autoridad, son sus agentes ó comisarios, y responsables á ella de su conducta pública.

Art. 3.° Es un deber de la Nacion proteger por leyes sábias y equitativas la libertad, la seguridad, la propiedad y la igualdad de todos los colombianos.

SECCION II.=*De los colombianos.*

Art. 4.° Son colombianos:

1.° Todos los hombres libres nacidos en el territorio de Colombia y los hijos de estos.

2.° Los que estaban radicados en Colombia al tiempo de su trasformacion política, con tal que permanezcan fieles á la causa de la independencia.

3.° Los no nacidos en Colombia que obtengan carta de naturaleza.

Art. 5.° Son deberes de cada colombiano, vivir sometido á la constitucion y á las leyes; respetar y obedecer á las autoridades que son sus órganos, contribuir á los gastos públicos; y estar pronto en todo tiempo á servir y defender á la patria, haciéndole el sacrificio de sus bienes y de su vida, si fuere necesario.

TITULO II.

DEL TERRITORIO DE COLOMBIA Y DE SU GOBIERNO.

SECCION I.=*Del territorio de Colombia.*

Art. 6.° El territorio de Colombia es el mismo que comprendian el antiguo vireinato de la Nueva Granada y capitanía general de Venezuela.

La constitución de Cúcuta rigió en Quito, Guayaquil y Cuenca, una vez que estos departamentos aceptaron su incorporación a Colombia, y estuvo vigente hasta 1826. Archivo del Palacio Legislativo.

expedición de tropas, con la que Morillo repondría sus desgastadas fuerzas y podría acometer una nueva campaña, quizá decisiva. Pero la lucha latente entre los españoles liberales sojuzgados por el Gobierno absolutista de Fernando VII encontró en el ejército de ultramar la gran oportunidad para provocar un alzamiento. Si el triunfo de Riego significó para España una etapa de tres años de intentona liberal, para América supuso mucho más. El ejército no embarcó. El trienio liberal no preconizaba aventuras en América y esperaba que el conocimiento y la proclamación de la Constitución llevasen la paz a las provincias tanto tiempo ensangrentadas.

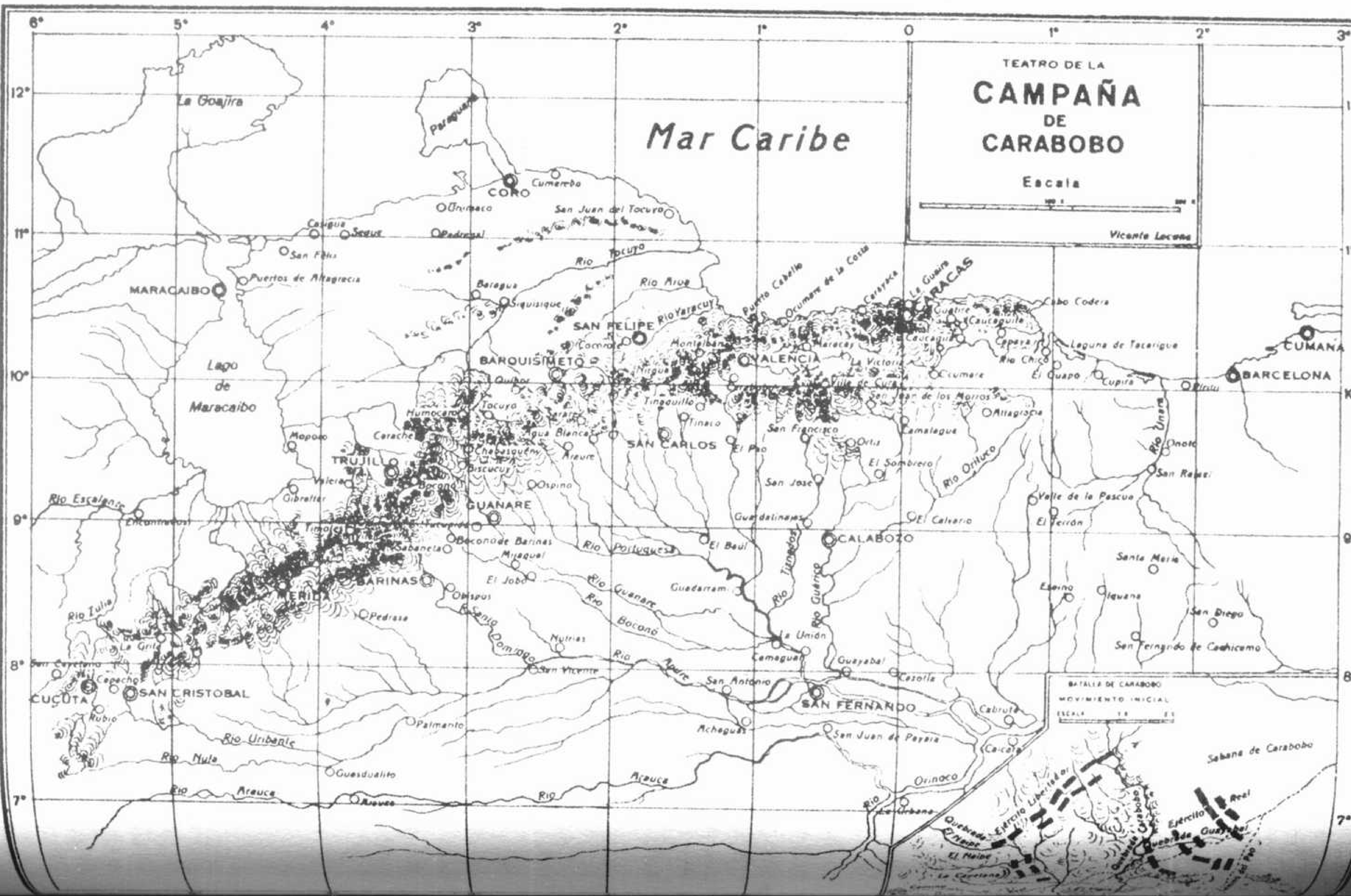
La más inmediata repercusión fue la propuesta de una tregua por parte de Morillo, que Bolívar aceptó. El 25 de noviembre firmaban ambos jefes un armisticio por seis meses. Al día siguiente, otro tratado que acababa con la dureza de la guerra a muerte. «La guerra entre España y Colombia —comienza el texto— se hará como la hacen los pueblos civilizados...» Morillo aún fue más lejos: expuso a los comisionados su deseo de conocer personalmente a Bolívar. Su más alto enemigo accedió gustoso. El encuentro tendría lugar al día siguiente en la pequeña aldea de Santa Ana. El 27 de noviembre, el general español, con uniforme de gala, acompañado de sus más brillantes oficiales y un escuadrón de húsares, se dirigió al lugar convenido. A poco se divisó la tropilla de sus adversarios. Alguien le señaló a Bolívar.

—¿Cómo? ¿Aquel hombre pequeño de levita azul, con gorra de campaña, que monta en una mula?

Hizo retirar sus húsares, echaron ambos pie a tierra, se abrazaron y se encaminaron a la casa que en la aldea de Santa Ana se había preparado para la entrevista. Pasaron el día juntos conversando; durmieron en la misma casa, y ellos mismos, ayudados por sus oficiales, colocaron el basamento de un hito que recordase el acontecimiento. Después se separaron para siempre.

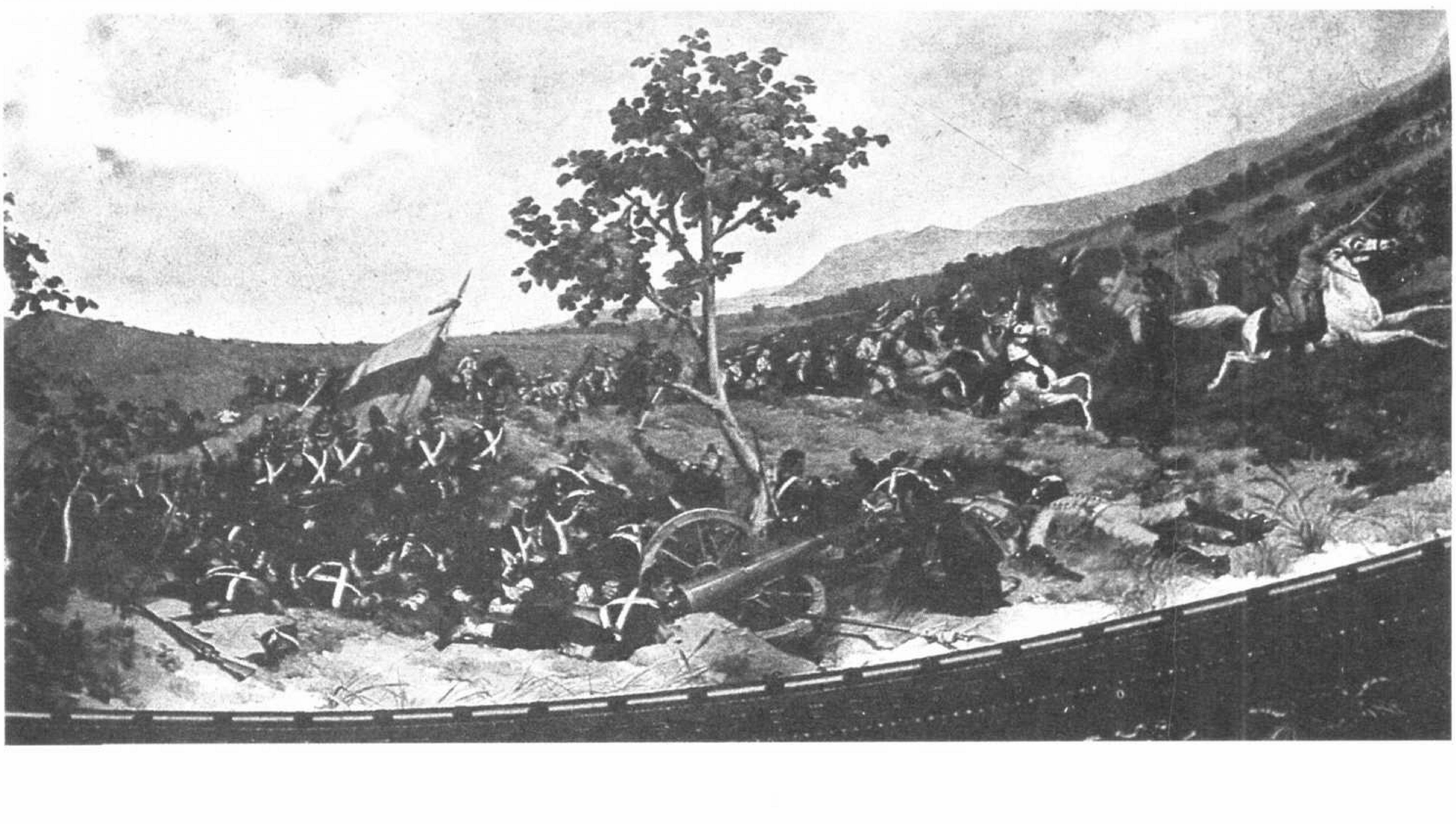
Guayaquil

El año 1821 es uno de los fastos gloriosos de la emancipación hispanoamericana. Mas para llegar a esta fecha hay que anotar que el año se anuncia con un favorecedor presagio. En Maracaibo se alza la bandera patriota en súbita rebelión. Añadía a la situación una fácil comunicación marítima y la unión en caso necesario y en poco tiempo de las tropas granadinas y las venezolanas. Bolívar apresura los preparativos, reorganiza las ciuda-



▲ *Campaña de Carabobo, según Vicente Lecuna.*

Martín Tovar (1828-1902), La batalla de Carabobo, *fragmento. Palacio Federal, Caracas.*





des: mandos británicos, control del estado sanitario de las tropas, equipos, uniformes y armamento, etc.; y prepara una campaña en toda regla.

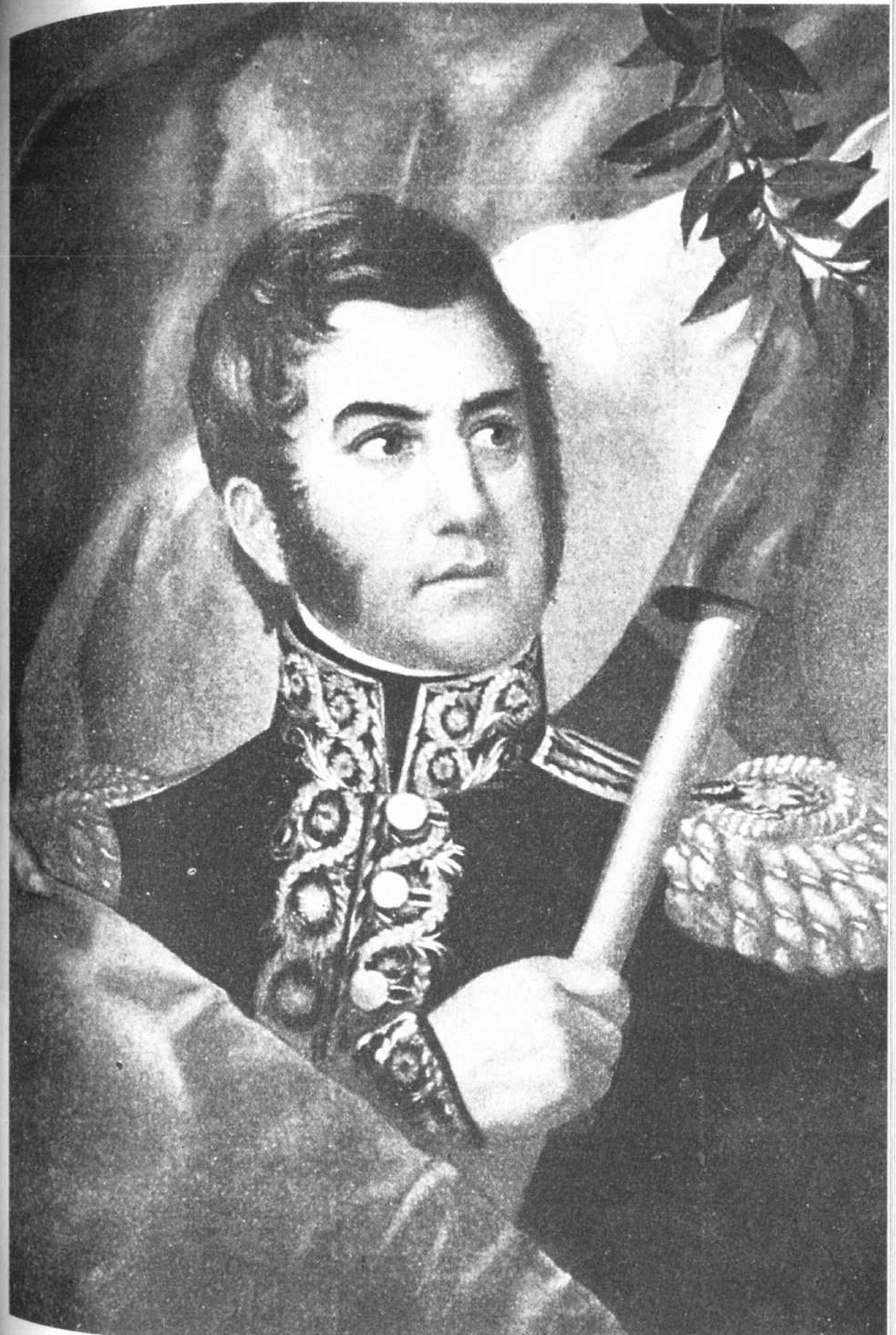
El 17 de abril anuncia que el armisticio está roto. Parte de su plan consiste en un movimiento de distracción del enemigo por parte del ejército de Oriente, que desde Barcelona ha de dirigirse sobre Caracas. La maniobra tuvo un éxito total, quizá mayor que el esperado. La ciudad cae un día antes de lo previsto. Pero Bolívar no lo sabe, no tiene información de lo que ocurre en los otros brazos del ejército que ha puesto en movimiento. Él va avanzando hacia San Carlos, cuando le informan de que el general La Torre, sucesor de Morillo, que buscaba una acción decisiva, se retira precipitadamente hacia Caracas, donde algo grave ha ocurrido. Lo vago de la noticia no le detiene. Piensa que sus planes van bien y quiere golpear sobre la posible confusión del enemigo. Dos de aquellos brazos, las divisiones de Páez y Urdaneta, puestos en marcha al comienzo de la ofensiva, se le unen en San Carlos, por donde La Torre ha pasado sin detenerse.

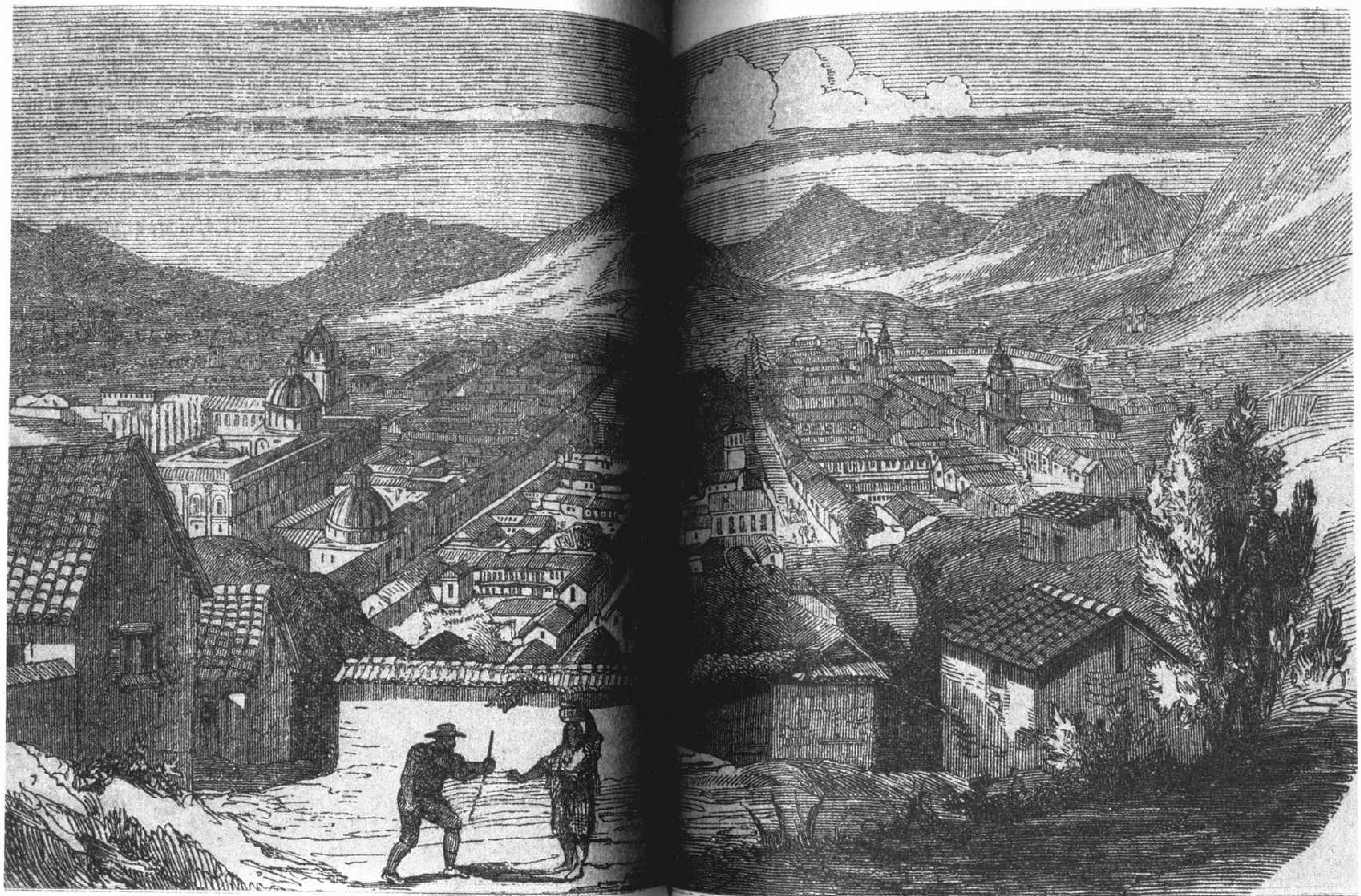
En las sabanas de Carabobo espera. Allí se encuentran los seis mil cuatrocientos soldados de Bolívar con los cinco mil quinientos de La Torre, aunque éstos ven compensada su inferioridad por la fortificación y la posesión de artillería. Los independentistas, cruzando un difícil terreno, atacaron por el flanco; los realistas tomaron aquel ataque por una maniobra de distracción y tardaron en enfrentar el grueso de su ejército con el ataque de los de Páez. Desbordados por todas partes, los españoles realizaron un excelente ejercicio de defensa con el batallón Valencey, que formó el cuadro y se fue retirando sin que las furiosas embestidas de los llaneros y el más disciplinado ataque de los británicos lograran detenerlo o descomponer su formación. Pero el brillante episodio militar no evitó que Calabozo supusiera el final del gobierno español en Venezuela. El ejército quedaba destruido, salvándose sólo los que se retiraron a Puerto Cabello para defenderse tenazmente, sin que su presencia llegara a significar nada en el futuro. Bolívar entraría pronto en su ciudad natal, de donde había salido siete años antes en la retaguardia de la angustiosa emigración ciudadana.

También en Chile y Perú aceptaba España un armisticio con

Doble página anterior: la segunda batalla de Carabobo, según Martín Tovar.

El general San Martín. Museo Histórico Nacional, Buenos Aires. ▸

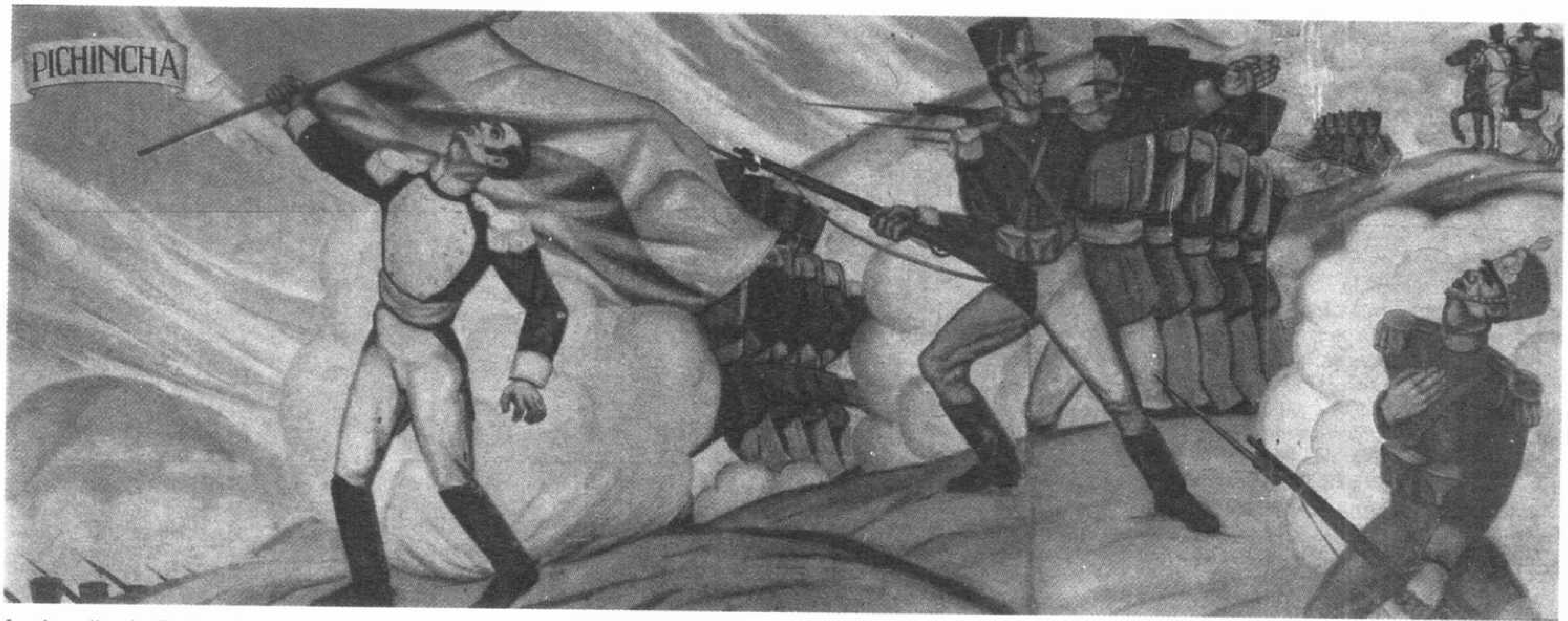




Vista de la ciudad de Quito.

el jefe de los independentistas, San Martín. Un nuevo foco había estallado en octubre de 1820, haciendo más difícil aún la situación de España: Guayaquil se había independizado. Sin embargo, los insurgentes no tenían fuerza para resistir a los realistas de Quito, y pidieron ayuda a San Martín y Bolívar. Este tenía ya los ojos puestos en aquel país, que consideraba una región de la Colombia soñada, uno de sus departamentos, cuya capital estaría en Quito. No hacía mucho que había escrito: «Se asegura que Iturbide ha entrado en junio en México, San Martín debe de haber ocupado al mismo tiempo Lima; por consiguiente, me corresponde a mí redondear a Colombia antes de que se haga la paz para completar la emancipación del Nuevo Continente.»

El *redondeo* no llegó a producirse hasta mayo de 1822, cuando Sucre ganó la batalla de Pichincha y capitularon ante él los españoles. Poco después llegaba Bolívar, que entraba en Guayaquil el 11 de julio, ampliando su dimensión de Libertador.



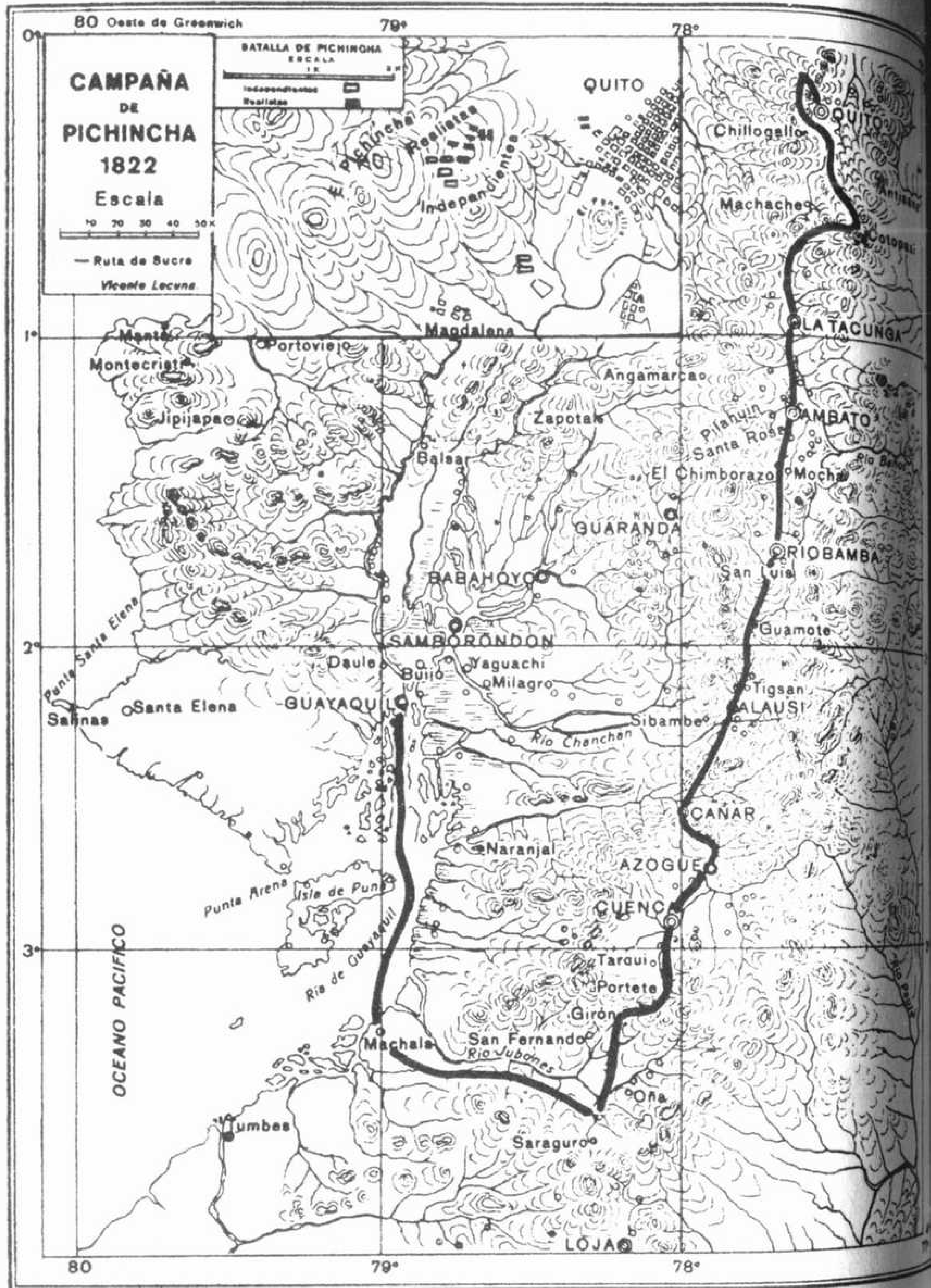
La batalla de Pichincha según una pintura conservada en el Colegio Militar Eloy Alfaro, Quito.

Colegio Militar Eloy Alfaro, Quito.

▼ Vista del Malecón de Guayaquil a finales del siglo XIX. En el centro pueden verse los edificios del Gobierno Civil y el Ayuntamiento, puntos de máxima actividad política. Colección Julio Estrada Icaza, Guayaquil.



Colección Julio Estrada Icaza, Guayaquil



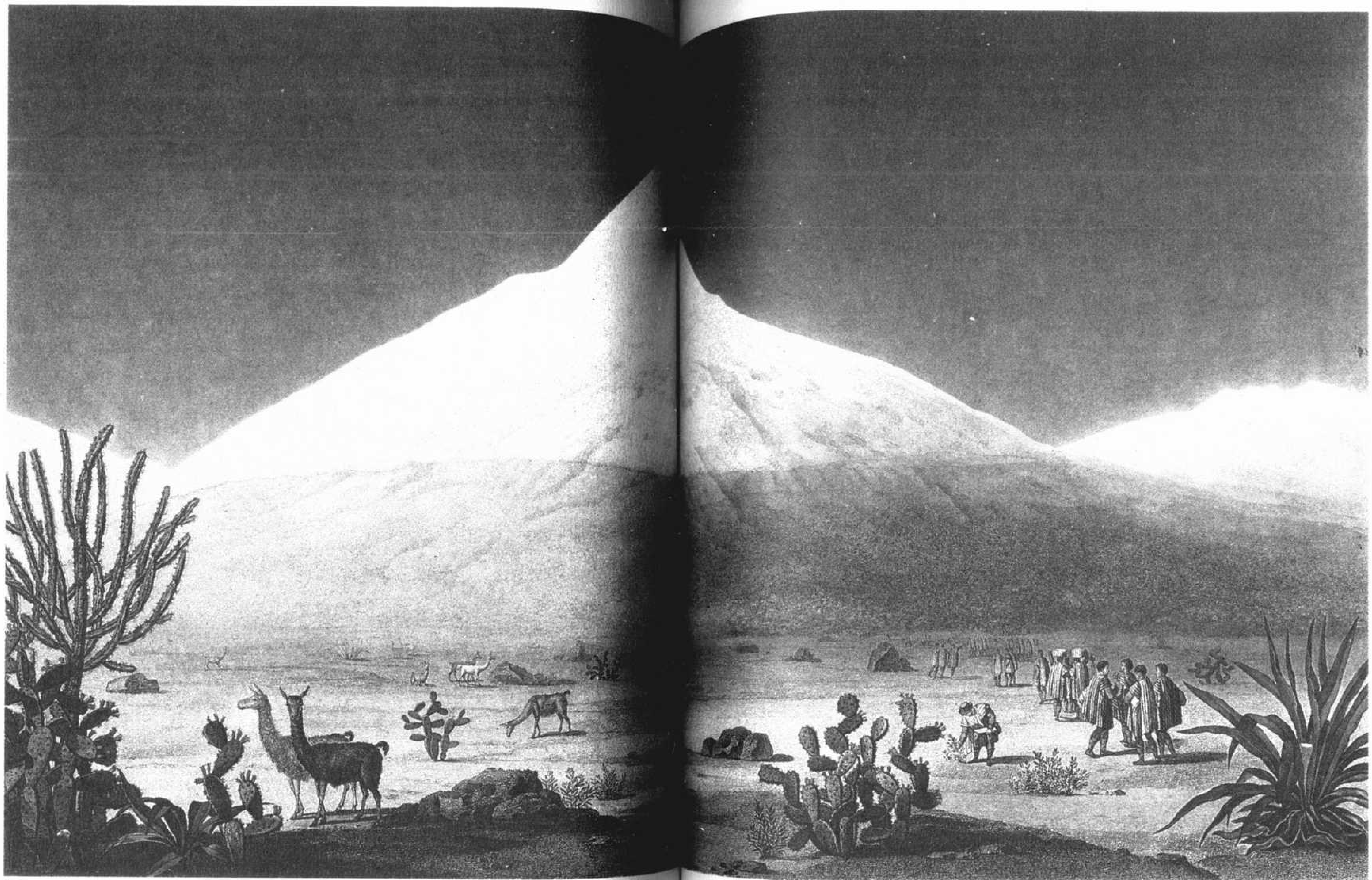
La campaña de Pichincha, según descripción del doctor Vicente Lecuna.

Mi delirio sobre el Chimborazo. *Oleo de Tito Salas.* ▶

«Mi delirio sobre el Chimborazo»

Desde Riobamba, Bolívar contempla la majestuosidad del Chimborazo. Su caballo le lleva hasta las laderas de la ingente cumbre. Allí la magnificencia de la naturaleza hace estremecer su alma, y así como hace años en Monte Sacro sintiera la sacu-





El volcán Chimborazo, según A. von Humboldt. Grabado de Bouquet, según dibujo de Thibaut. Biblioteca Nacional, París.

dida que le prometía un porvenir cargado de gloria y una misión universal, ahora advierte la infinita pequeñez del hombre. Su pluma —pluma de quien hubiera podido ser escritor o poeta, de espíritu culto absorbido por la acción— corre velozmente sobre el papel para dejar plasmado aquel minuto en que, olvidado de la diaria realidad, se eleva sobre lo terrenal y cotidiano.

«¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la creación es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos?... Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano.»

Es el tiempo quien habla, esa figura vieja como el mundo, o quizá anterior a él, que en el cuadro imaginado por el pintor Tito



◄ *Detalle del monumento levantado en Guayaquil que recuerda la entrevista de Bolívar y el general José de San Martín.*

Salas se inclina sobre el meditabundo rostro del héroe, al que la fantasía del pintor ha puesto sobre la cima de una roca que roza las nubes.

La gloria de San Martín, el *Protector*, artífice también de la liberación de un gran territorio, se oscurecía rápidamente. Se olvidaba su prodigiosa campaña de los Andes ante la inactividad que devolvía su poder al virrey del Perú; perdía prestigio ante sus oficiales y se rumoreaba que orientaba todos sus esfuerzos hacia la instauración de una monarquía.

Los dos hombres se reunieron en Guayaquil los días 26 y 27 de julio de 1822. Es lo que la historia conoce como «la entrevista de Guayaquil», celebrada a puerta cerrada y sobre la que, si bien ha corrido mucha tinta, apenas se saben datos concretos. Sólo se puede —y eso es lo que hacen los historiadores— especular con los resultados. San Martín volvió a Perú, encontró aún más turbia la situación política, reunió el Congreso y en él renunció al mando, abandonando para siempre aquella tierra a la que había dado la independencia.

7. La campaña de Perú

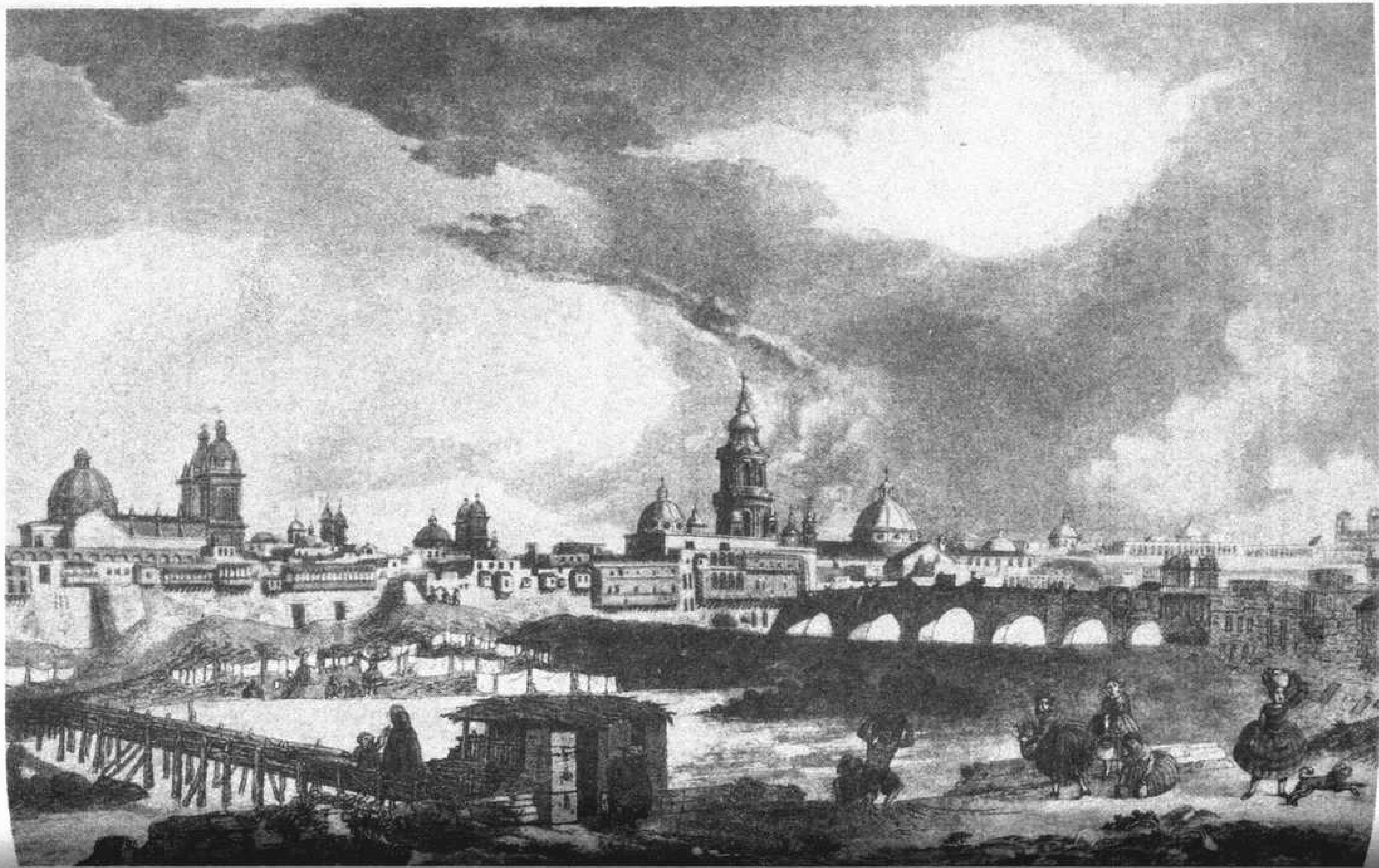
La situación en Lima es cada vez más crítica. Los españoles dan muestras de talento militar y causan serios reveses a los independentistas. La unidad política de éstos se resquebraja. Bolívar, que envió una ayuda casi simbólica, prometida a San Martín, manda ahora fuerzas más importantes, dirigidas por Sucre. Este no puede impedir que los españoles se apoderen de Lima. Los patriotas peruanos piensan en el perdido San Martín. Le escriben. El les responde que volverá si hace falta, pero no para mandarlos. «Unanse —les dice con amargo pero eficaz consejo—, únanse como es necesario, y con este paso desaparecerán los españoles de Perú.»

Entonces es cuando Bolívar aparece en El Callao, y de allí pasa a Lima, ya nuevamente libertada por Sucre. Más parece que se reciba a un triunfador que a un hombre que viene en busca de la victoria. Salvas, colgaduras, banquetes. Una semana entera de diversiones en su honor. La barroca y alegre Lima virreinal no ha perdido su espíritu en medio de los sinsabores de la guerra. Bien es verdad que la cruenta guerra llanera nunca llegó a la capital de Perú. Un viajero inglés, que se hallaba entonces en la capital del Rimac, describió así al Libertador:

«Es hombre muy delgado y pequeño, con aspecto de gran actividad personal; su rostro es agraciado, pero arrugado por la fatiga y la ansiedad. El fuego de sus vivaces ojos negros es muy notable. Tiene grandes bigotes y cabello negro y encrespado. Después de muchas oportunidades de verle, puedo decir que nunca encontré rostro que diera idea más exacta del hombre. Intrepidez, resolución, actividad, intriga y espíritu perseverante y resuelto se marcaban claramente en su semblante y se expresaban en todos los movimiento de su cuerpo.»

Antonio José de Sucre. Grabado de Lemercier. ▸





La ciudad de Lima desde las inmediaciones de la plaza de toros.

La ciudad de Lima desde las inmediaciones de la plaza de toros.

Pero no todo son diversiones, como pudiera juzgar el espectador superficial. Ningún motivo de preocupación mayor que el que podía ofrecer el naciente Estado surgido de la independencia peruana: desorden y corrupción administrativa, abandono de toda iniciativa comercial o económica, una hacienda exhausta, hombres en el Gobierno que trataban de llegar a acuerdos secretos con los españoles, ejército desunido y descontento...

Cuando Bolívar pisa la ciudad limeña, el Congreso, que días antes ha destituido y declarado reo de alta traición al presidente Riva Agüero, otorga al Libertador poderes dictatoriales, y espera que su mano fuerte ponga fin a diferencias y discordias. Marcha sobre Riva Agüero, acantonado en Trujillo, y presencia cómo sus propios subordinados le reducen y arrojan del país.

Las actividades de Bolívar disminuyen en este momento. Más de un mes estuvo enfermo con lo que se diagnosticó «un tabardillo», y no sabemos la relación que pueda tener con los achaques que posteriormente le dieron muerte. Quien entonces le vio quedó impresionado por lo delgado y extenuado que se encontraba. Así lo describe un enviado colombiano, Joaquín Mosquera, que le visitó en Pativilca, donde permaneció durante la enfermedad:

«Estaba sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin me dejaban ver sus rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas. Su voz era hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no largar mis lágrimas...»

Tanto impresionaría a Mosquera esta triste estampa como el hecho de que los españoles habían dispersado al ejército peruano; los chilenos abandonaban las filas, volviéndose a su país; los argentinos habían entregado los fuertes del Callao, y apenas siete mil hombres podían enfrentarse a los veintidós mil del ejército realista. Una pregunta se escapó de sus labios:

—¿Y qué piensa hacer usted ahora?

La respuesta fue firme:

—Triunfar.

Además, si alguna duda hubiera de cuál era su espíritu, está la obra de gobierno desplegada desde el cuartel general que instalara en Trujillo, en una capital-campamento que sólo dominaba los dos departamentos de la costa. Reorganizó intendencia y ha-

cienda, tuvo que lograr que le tejiesen paño para los uniformes y dirigió su vista sobre la población indígena, preocupándose de que se le devolviesen tierras y fuera liberada de trabajos forzados. Quiso mejorar la instrucción primaria, y fundó también la Universidad de Trujillo.

¿Qué ocurre en el mundo? Bolívar siempre tuvo la mirada atenta a lo que sucedía en Europa. No se le ocultaba que las repercusiones de las sacudidas políticas en el Viejo Mundo eran fuertes y podían ser decisivas en el Nuevo. Napoleón, rompiendo las seculares instituciones de gobierno españolas, había posibilitado el alzamiento de las juntas, que de la obediencia a la corona española pasaron a ser los primeros órganos revolucionarios, condensando anhelos que de otro modo hubieran estado latentes mucho tiempo. El regreso de Fernando VII significó la puesta en marcha de las expediciones militares, y el alzamiento liberal de Riego fijó en la Península el ejército de ultramar, que hubiera significado un extraordinario refuerzo para Morillo. Y ahora, ¿qué iba a ocurrir ahora? El golpe dado por la Santa Alianza había acabado con el liberalismo en España. ¿No entraría en sus planes repetir el golpe sobre los díscolos súbditos de América, atacados por los mismos males que los diputados doceañistas, los oradores de las sociedades patrióticas, los milicianos nacionales, los militares afectos a las logias masónicas? ¿Se repetiría la formación de expediciones ultramarinas? ¿Formaría parte de ellas la escuadra francesa? ¿Habría que temer una campaña más fuerte que las que se habían dejado atrás?

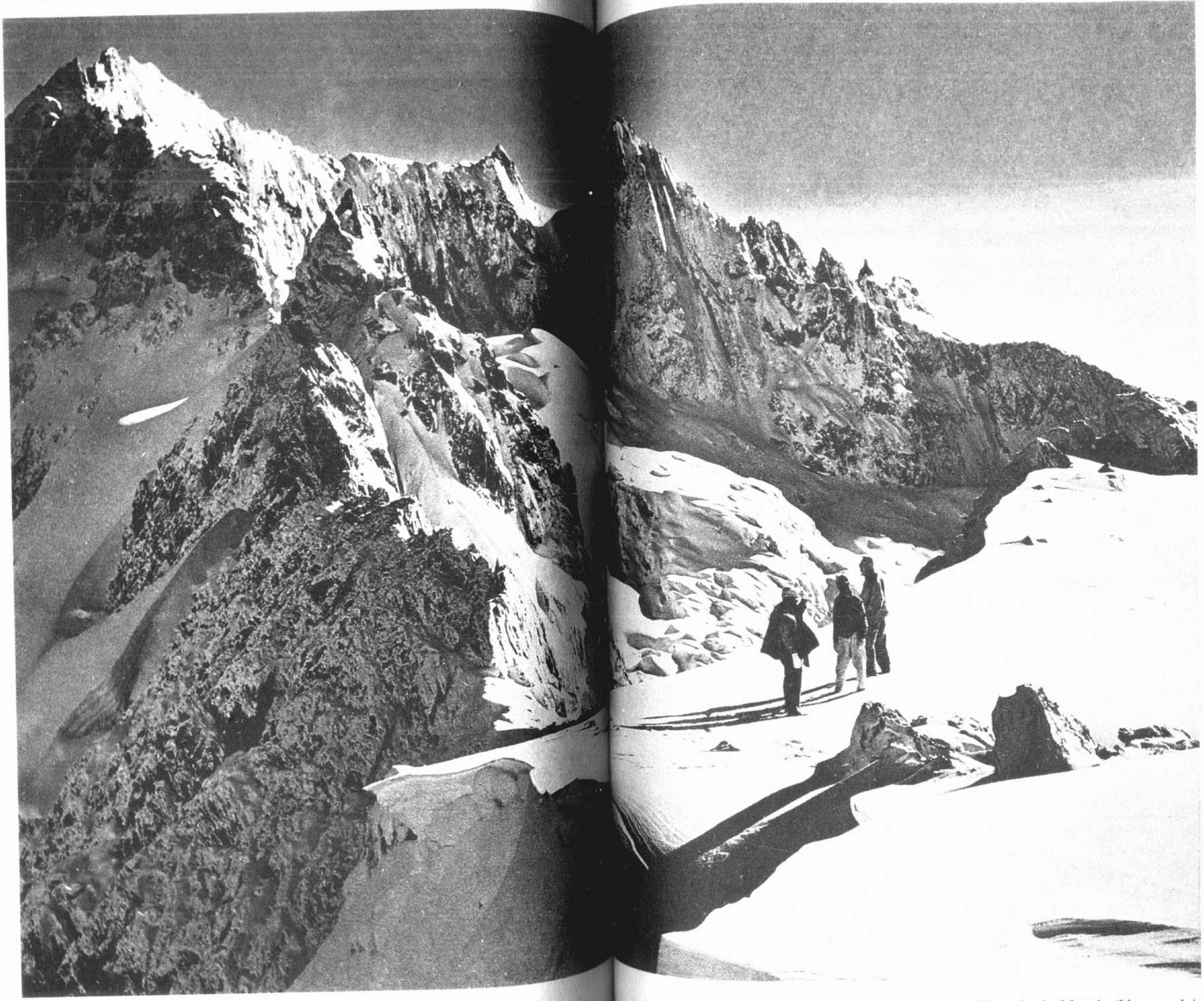
Parece como si Bolívar hubiese esperado una situación de máxima dificultad para emprender de nuevo el difícil juego de conquistar un país partiendo casi de la nada. Sabemos que no era eso, que esperaba, a la defensiva, el momento de actuar; que pensó en un armisticio, y hasta en abandonar la campaña cuando la enfermedad le atacó duramente.

Pero no descuidó la organización ni la preparación de su ejército, en el que la historia ha reunido una antología de jinetes: gauchos pamperos, huasos chilenos, llaneros de Colombia y de su Venezuela originaria.

Cuando se considera a punto, decide ir en busca del general Canterac y de su ejército del Norte, acampado en el valle de Jauja. Otra vez el cruce difícil de una cordillera. Otra vez los ries-



Los batallones adictos a Fernando VII disparan contra la multitud concentrada ante la Puerta de Tierra (Cádiz) que esperaba la proclamación de la Constitución (10 de marzo de 1820).



Pico Bolívar en la Sierra Nevada de Mérida (Venezuela).



Simón Bolívar. Oleo atribuido a Antonio Salas.

gos, las caballerías que se despeñan, las unidades que pierden el camino, el mareo de las alturas andinas, los fríos. Pero Bolívar está de buen humor. Escribe a Santander: «Entre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted esta carta, que deberá estar helada si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol.»

Cualquiera podría pronosticar hoy que Bolívar tenía la evidencia del triunfo próximo y definitivo. Al descender de la montaña, en los llanos entre Rancas y Pasco, forma su ejército, nueve mil hombres que escuchan una arenga breve y brillante:

«¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud...»

Era el 2 de agosto. Entre aquellos jinetes de Junín y Ayacucho había veteranos de las primeras justas llaneras, seleccionados en la inexorable criba de una lucha cruenta y adiestrados en la magistral escuela de Páez. Los peruanos no podían achicarse ante el ejemplo de aquellos centauros, que a la guerra matemática con que aún presionaban las concepciones del siglo XVIII aportaban el viejo procedimiento de Viriato y la caballería beréber: la carga, la retirada y la rápida vuelta a hacer cara al enemigo, desprevenido en el ardor de la persecución. «Ser ternejal», como decía Páez. Otro elemento de sorpresa eran las largas y flexibles lanzas que los llaneros manejaban con ambas manos, lanzados a galope, mientras mantenían fijas las riendas sobre las rodillas. La fuerza del galope era tal, que el adversario tocado era alzado más de medio metro por encima de su silla. A su lado, voluntarios extranjeros que se habían enfrentado en las filas de Wellington o en las legiones francesas, supervivientes de Moscú y Borodino. Leyendo hoy los testimonios de la época, parece como si la trascendencia de las jornadas futuras alentara en cada uno de aquellos soldados. En la misma noche, un coronel irlandés, lector de Ossian, brindó:

«...Por que si en el primer encuentro con el enemigo fuese nuestro destino vernos derrotados, por ser tan variable la suerte de las armas, no quede vivo uno solo de nosotros para llevar el dolor y el luto a la patria.»

Bolívar vació su copa y la estrelló contra la pared de la sala. De esta forma terminó el banquete al que había invitado a todos sus oficiales.

8. «¡Victoria! ¡Victoria!»

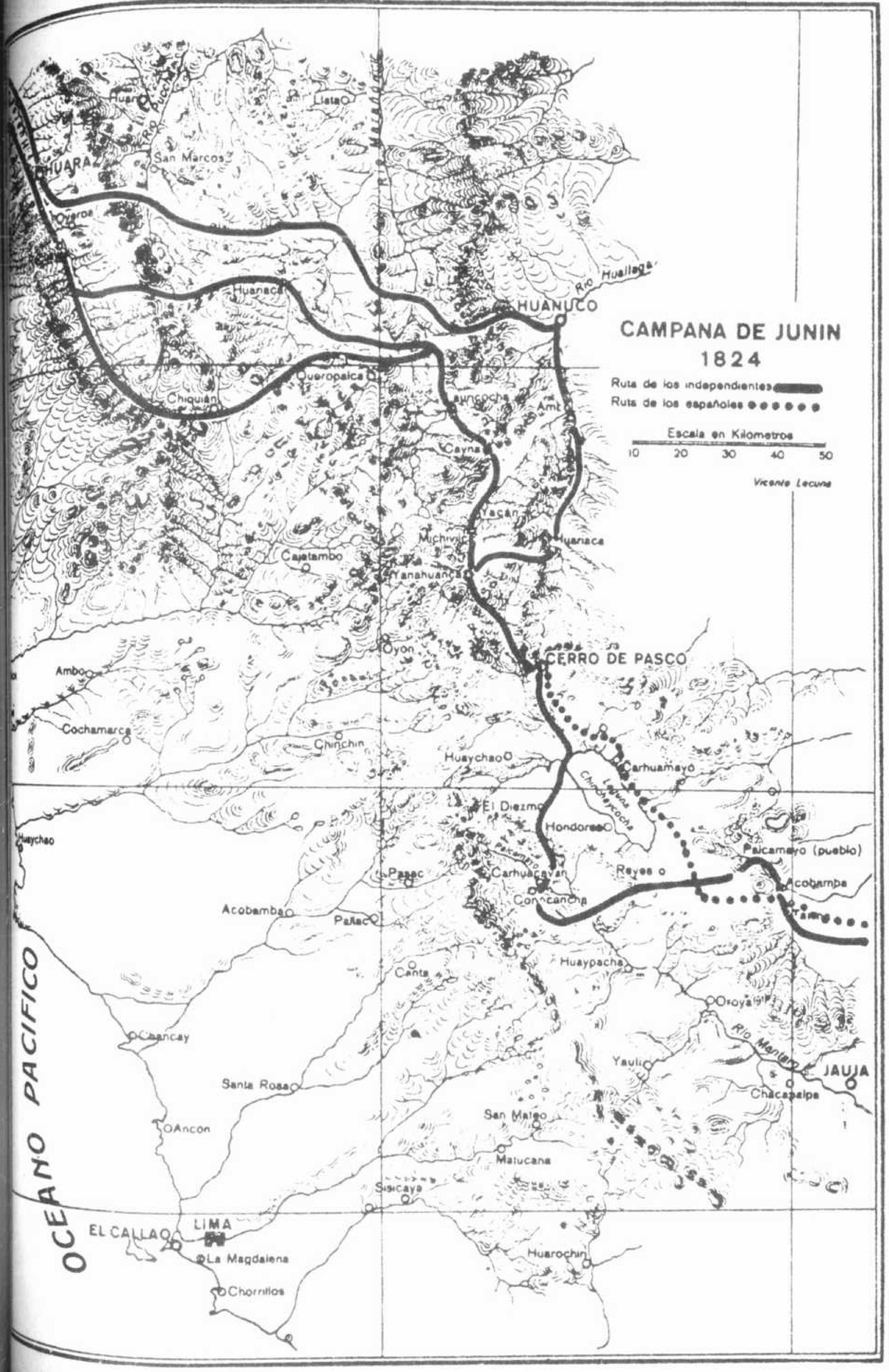
El ejército bolivariano se mueve hacia el sur, costeando el lago de Reyes. El azar quiere que por la otra orilla, en dirección contraria, marchen las tropas de Canterac. Al divisarlas trata de cortarles la retirada. Los españoles intentan tomarle la delantera y ambas caballerías se encuentran en el llano de Junín. Es el 6 de agosto de 1824. Batalla terrible, con el aliento épico de los cantores de la antigüedad, donde no se disparó un solo tiro y el sable y la lanza fueron las armas que cubrieron de muertos y heridos el llano de Junín. El frío de la noche en el árido altiplano acabó con cuantos heridos yacían en el terreno.

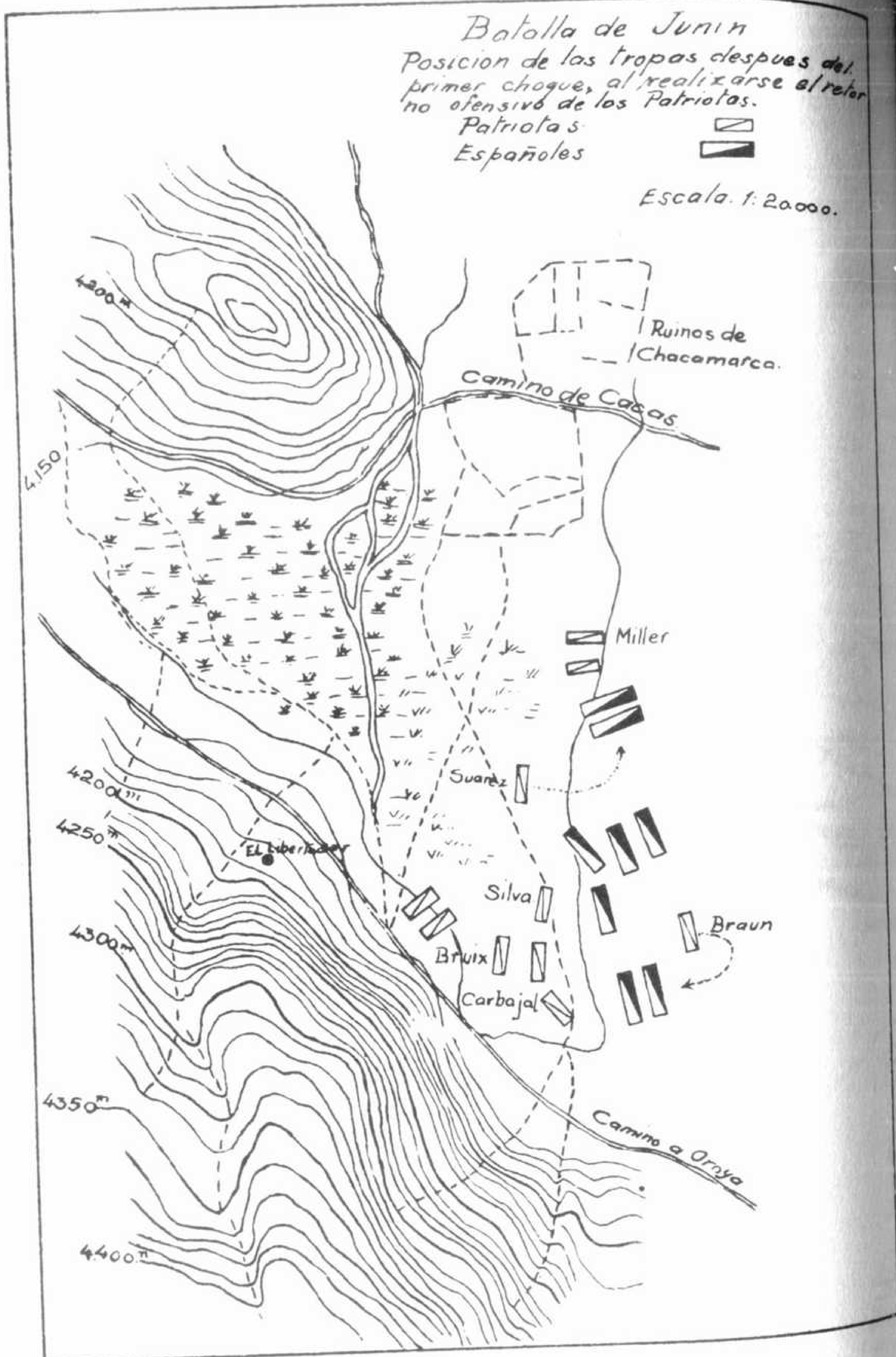
Nada hacía esperar, a pesar de la victoria —dolorosa victo-



José Canterac, el general español que estuvo al mando de las tropas realistas en Ayacucho.

Campaña de Junín, según el doctor Vicente Lecuna. ▸





Croquis de la batalla de Junín, según el doctor Vicente Lecuna.

ria— de Junín, que el fin de la guerra estuviese próximo. Bolívar sabía que Lima, con los españoles dueños de los fuertes del Callao y la posibilidad de que llegasen navíos enemigos, estaba en peligro. Marcha hacia la capital y deja al joven Sucre al frente del ejército.

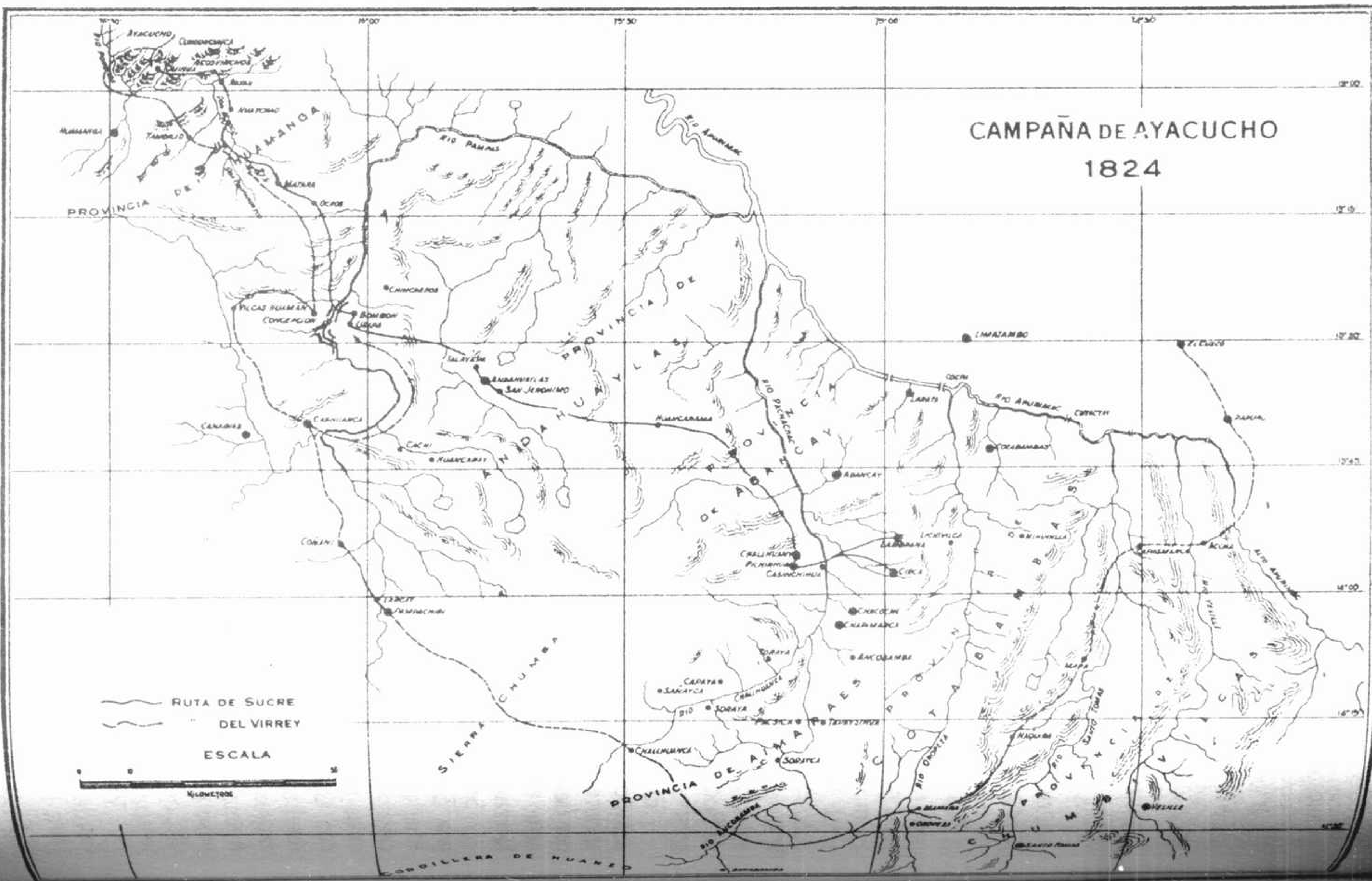
El virrey La Serna concibe la no descabellada idea de caer sobre aquel ejército aislado; si se conseguía destruirlo, Perú quedaría nuevamente libre de fuerzas enemigas.

Sucre maniobró tratando de no comprometerse en una batalla decisiva. Al fin, el 9 de diciembre de 1824, en la meseta de Ayacucho, el virrey acorrala en un llano circundado por montañas a un ejército inferior en fuerzas. ¿Es el fin de la campaña de Bolívar en Perú? En absoluto. Es, nada menos, que el fin del Imperio español en América. Todas las unidades de aquel joven general de veintiocho años rivalizaron en valor y en adelantarse a los movimientos de sus contrarios. El general Canterac se presentó ante él a pedirle una capitulación para las fuerzas que le quedaban. Mil ochocientos cadáveres de los realistas yacían en el llano y pasaban de dos mil los prisioneros. En trescientos diez muertos y seiscientos heridos se cifraron las bajas de las fuerzas de Sucre. Tenientes generales, generales y mariscales se entregaban, y con ellos, toda posibilidad de reconquistar lo perdido.

El general Jerónimo Valdés, uno de los jefes de las fuerzas españolas, es calificado por los historiadores venezolanos con los apelativos de «íntegro, valeroso, abnegado e infatigable». Iniciador del ataque, llevó adelante a sus soldados arrollando a los jinetes de Sucre, pero la suerte del resto del ejército hizo que sus fuerzas fueran derrotadas como las demás.

Sucre sintió alentar la generosidad junto a la enorme alegría. Escribió a su jefe que había creído digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que durante catorce años habían sido vencedores. Al día siguiente, unos y otros almorzaron juntos, invitados por el joven general triunfador. Uno de sus altos oficiales, un llanero de aquellos a los que resulta difícil imaginar separados de sus monturas, con su ruda expresión, se jactó de haber sido el terror de los chapetones. Apenas oída la palabra de fuerte contenido injurioso, Sucre se puso en pie y acalló su eco con un brindis: «Por el general Valdés, quien si hubiera nacido en América habría sido el primer defensor de su independencia.»

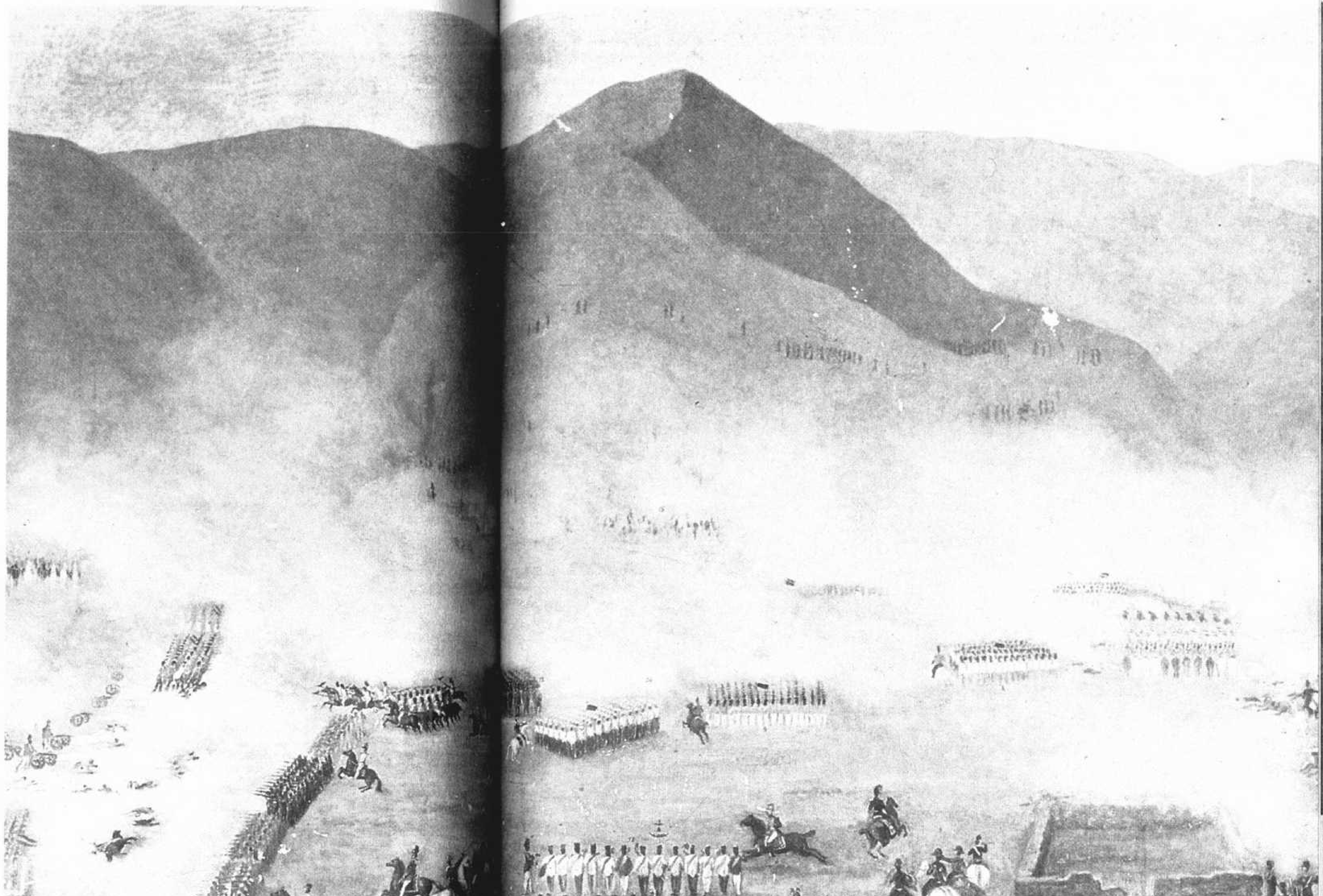
Y sin aguardar nuevos brindis, para evitar posibles momentos de violencia como el que acababa de cortar, los invitó a pasar a la pieza inmediata para tomar el café.



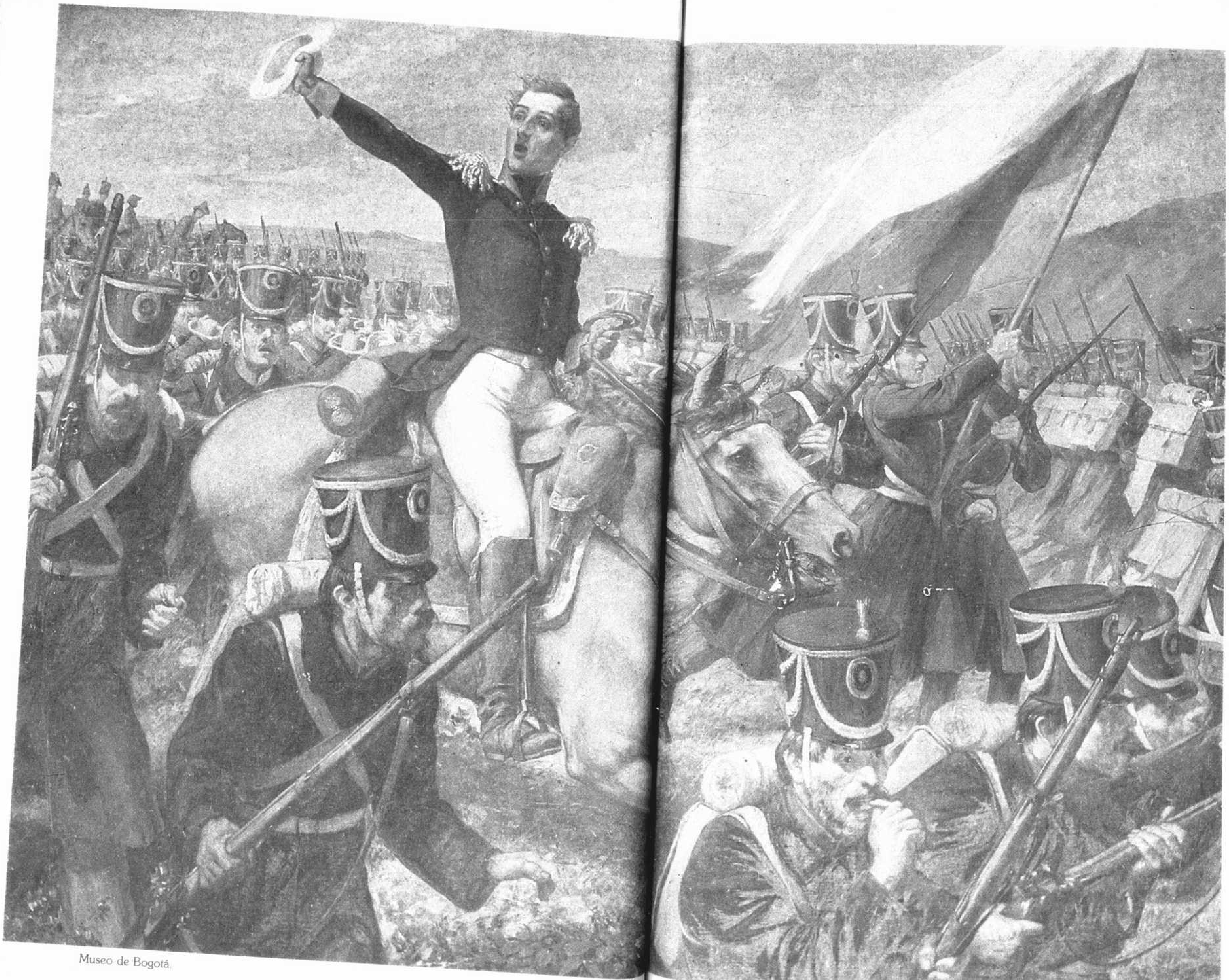
▲ *Campaña de Ayacucho, según el doctor Vicente Lecuna.*

Vista de la pampa de Quinua, donde se libró la batalla de Ayacucho.





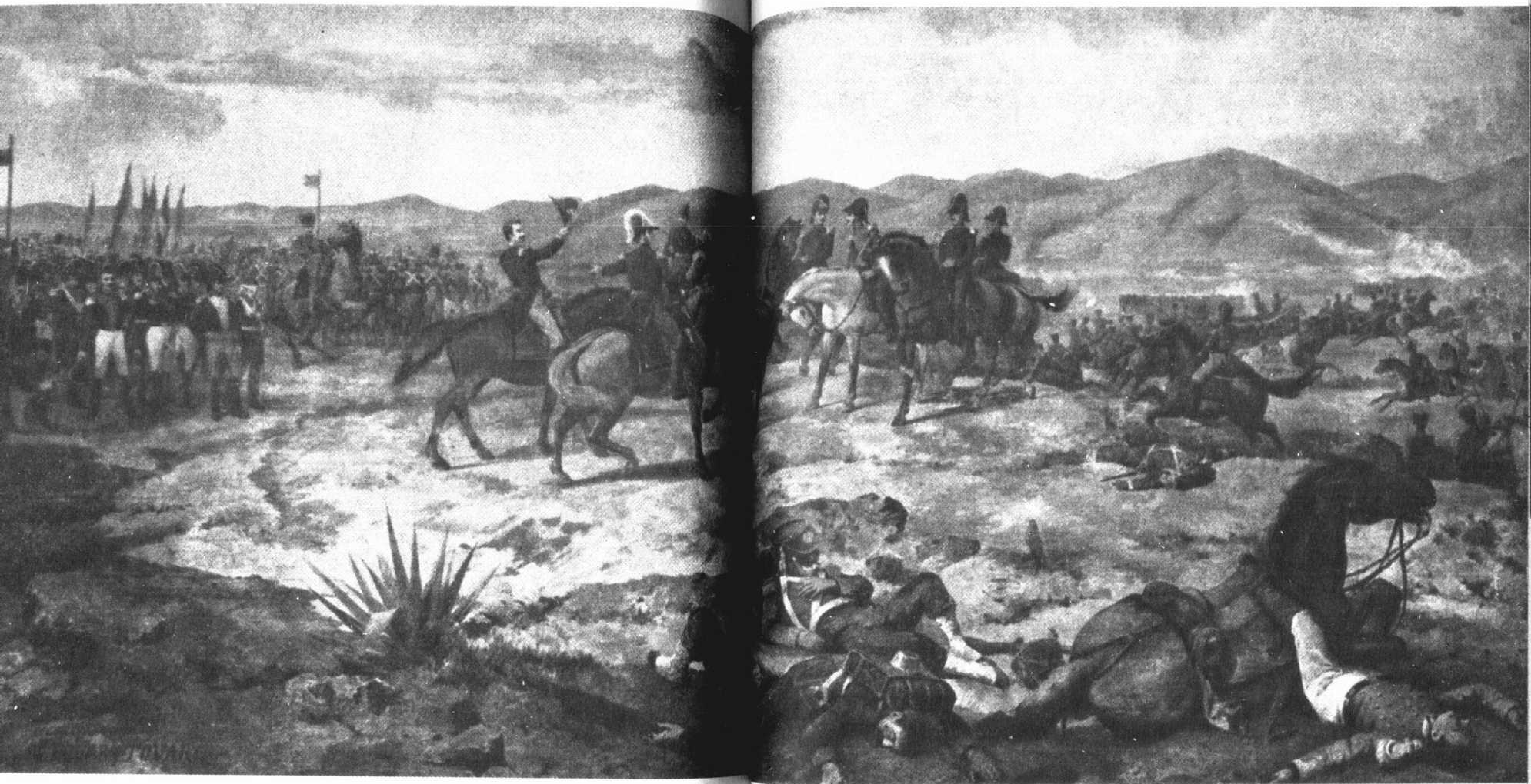
La sorprendente victoria de Sucre en Ayacucho fue el fin del imperio español en América. Batalla de Ayacucho, *por Teófilo Aguirre. Museo Nacional de Historia, Lima.*



Museo de Bogotá.

Museo Nacional de Historia, Lima.

Representación de la batalla de Ayacucho. Museo de Bogotá.



Capitulación de Ayacucho. *Oleo de Martín Tovar.*

¡Qué lejos de esta estampa los días de la Guerra a Muerte!

Existe un curioso testimonio de aquel momento, en Lima. En el mismo día de la batalla, ignorante de ella, Bolívar recibe a un enviado, más o menos oficioso, del Gobierno francés. Nueve días después, el enviado francés está concluyendo la redacción del comunicado de su entrevista, y añade:

«En el instante en que termino esta carta se oye un gran alboroto en la ciudad. Anuncian que el coronel Correa, enviado por el general Sucre, acaba de llegar con la noticia de la destrucción de la causa española en Perú, ocurrida en un importante combate... Lima está llena de júbilo. Un pueblo vociferante ocupa las calles. El general Bolívar recibe las felicitaciones públicas, y su retrato lo pasean en las plazas y calles en medio de banderas y cohetes; las campanas de los templos ensordecen el aire y su eco repercute a lo lejos.»

Otro testigo cuenta que Bolívar, ante la noticia que ponía fin a su gran intranquilidad frente a las maniobras del ejército español, blandía la carta en que se le comunicaba la noticia y danzaba, gritando con voz temblorosa:

—¡Victoria! ¡Victoria!



La independencia política de Latinoamérica abre paso a una literatura también independiente. Bolívar, el Libertador. *Museo Biblioteca Aurelio Espinosa, Quito.*

Museo Biblioteca Aurelio Espinosa, Quito.

Después del triunfo

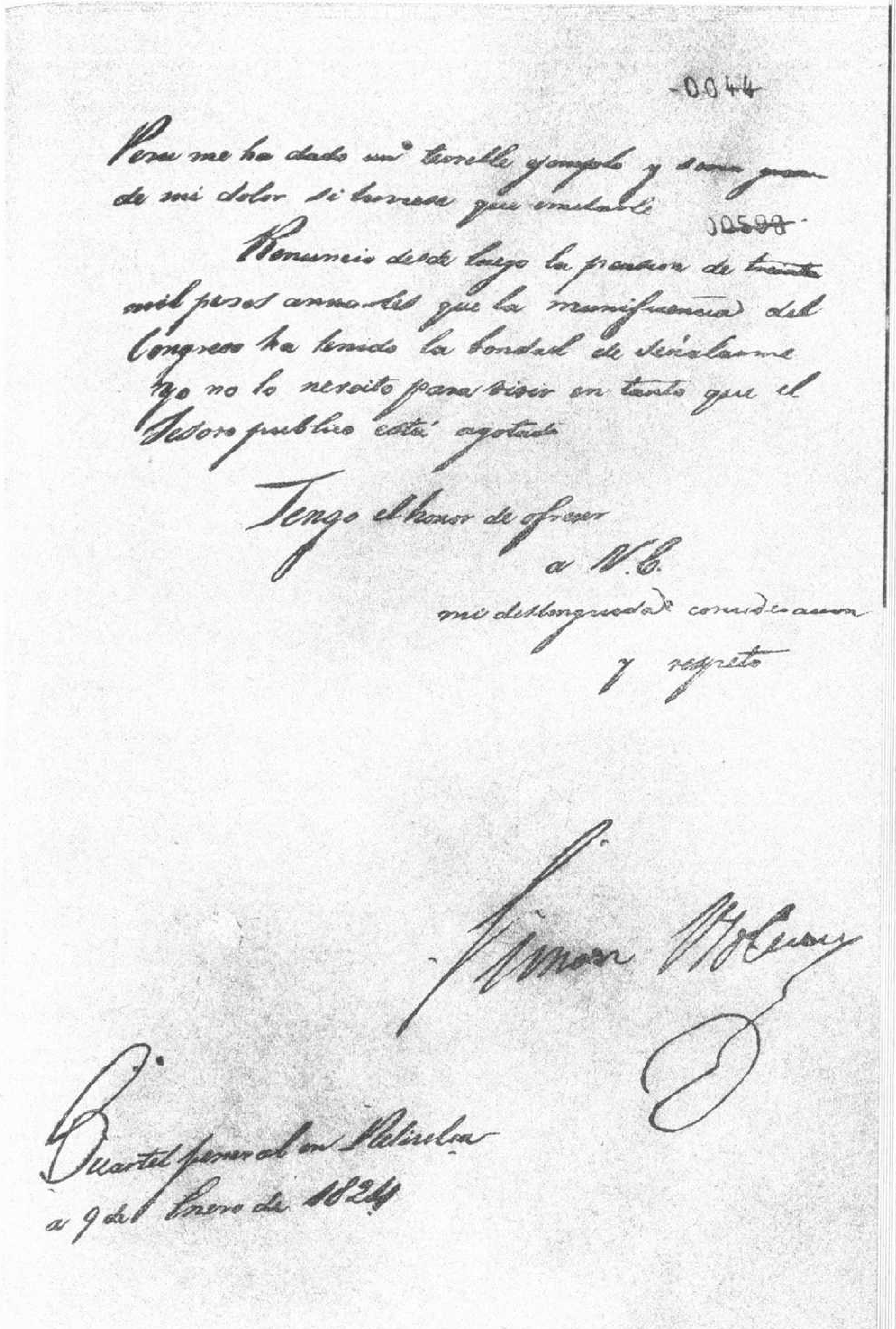
Para nadie es discutible que el gobierno político de España ha desaparecido para siempre del suelo americano. Se entregan las tropas que todavía resisten. En vano mantendrá Rodil en su poder los fuertes del Callao. Poco después del primer aniversario de Ayacucho, agotada la guarnición, entrega la inútil fortaleza. Unos días antes de la gran victoria, Inglaterra había reconocido la independencia de las Repúblicas americanas. ¡La victoria exterior que tanto había soñado el Libertador!

Estas fechas significan el apogeo de las glorias emancipadas y también el punto más elevado en la curva vital de Simón Bolívar. Todo parece ofrecérsele: los lauros militares, el gobierno de un gran país, forjado por sus manos; el amor que le profesa y le manifiesta con ardor Manuelita Sáenz. La paz bien ganada por el esfuerzo bélico.

Su aureola es de tal brillo, que iguala a la de los santos en los altares. En las misas de acción de gracias, entre la epístola y el evangelio, se cantaba:

De ti viene todo
lo bueno, Señor.
Nos diste a Bolívar.
Gloria a ti, gran Dios.

En el mismo documento en que se le concede una pensión, Bolívar escribe su renuncia a ella, así como a la presidencia de la República (1824). ▶


-0044

Pero me ha dado un terrible ejemplo y seria grande de mi dolor si tuviese que imitarle.

J0588

Renuncio desde luego la pension de treinta mil pesos annuales que la munificencia del Congreso ha tenido la bondad de señalarme yo no lo necesito para vivir en tanto que el Tesoro publico está agotado.

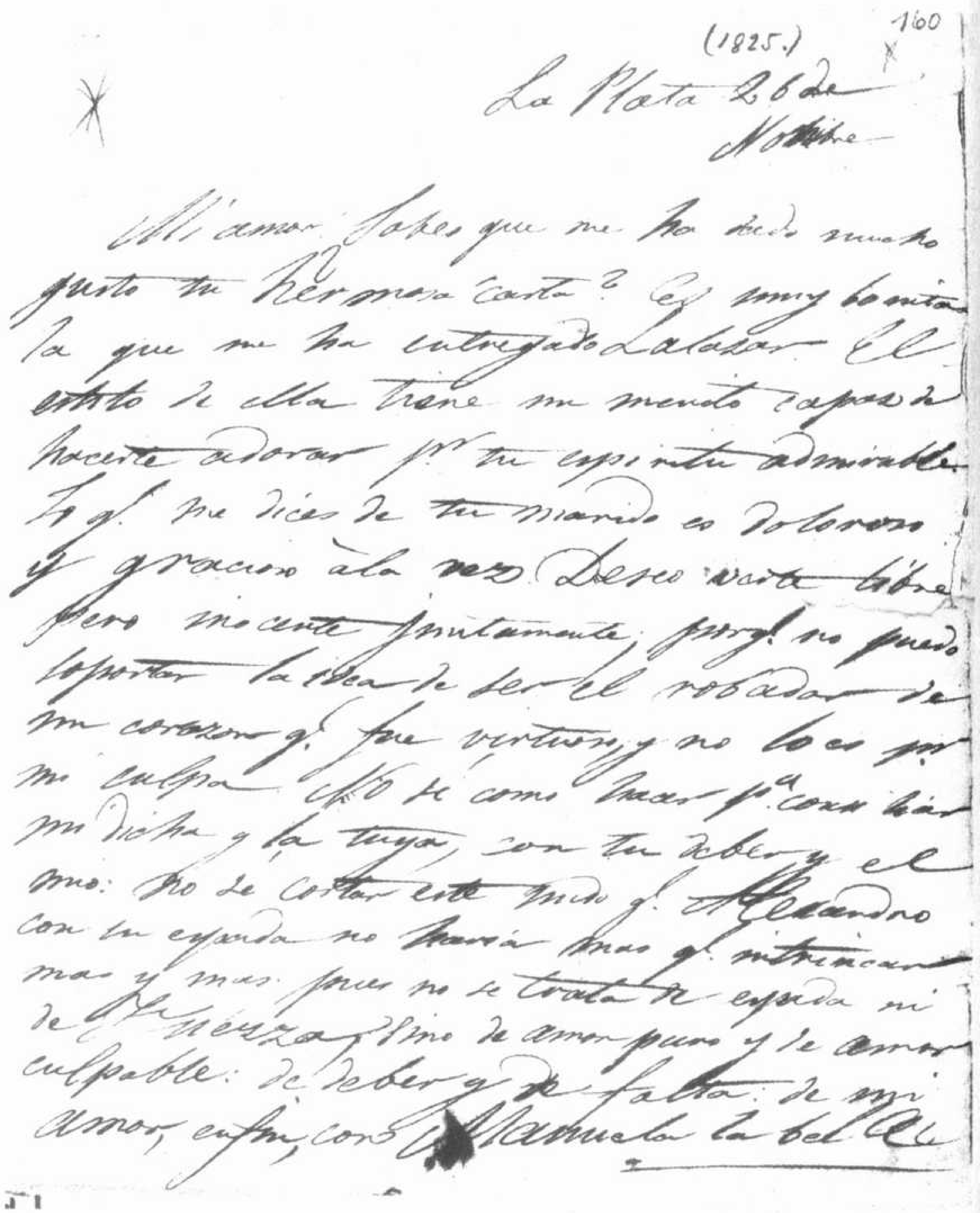
Tengo el honor de ofrecer a V.E. mi distinguida consideracion y respeto

Simon Bolivar

Quartel general en Pativilca a 9 de Enero de 1824

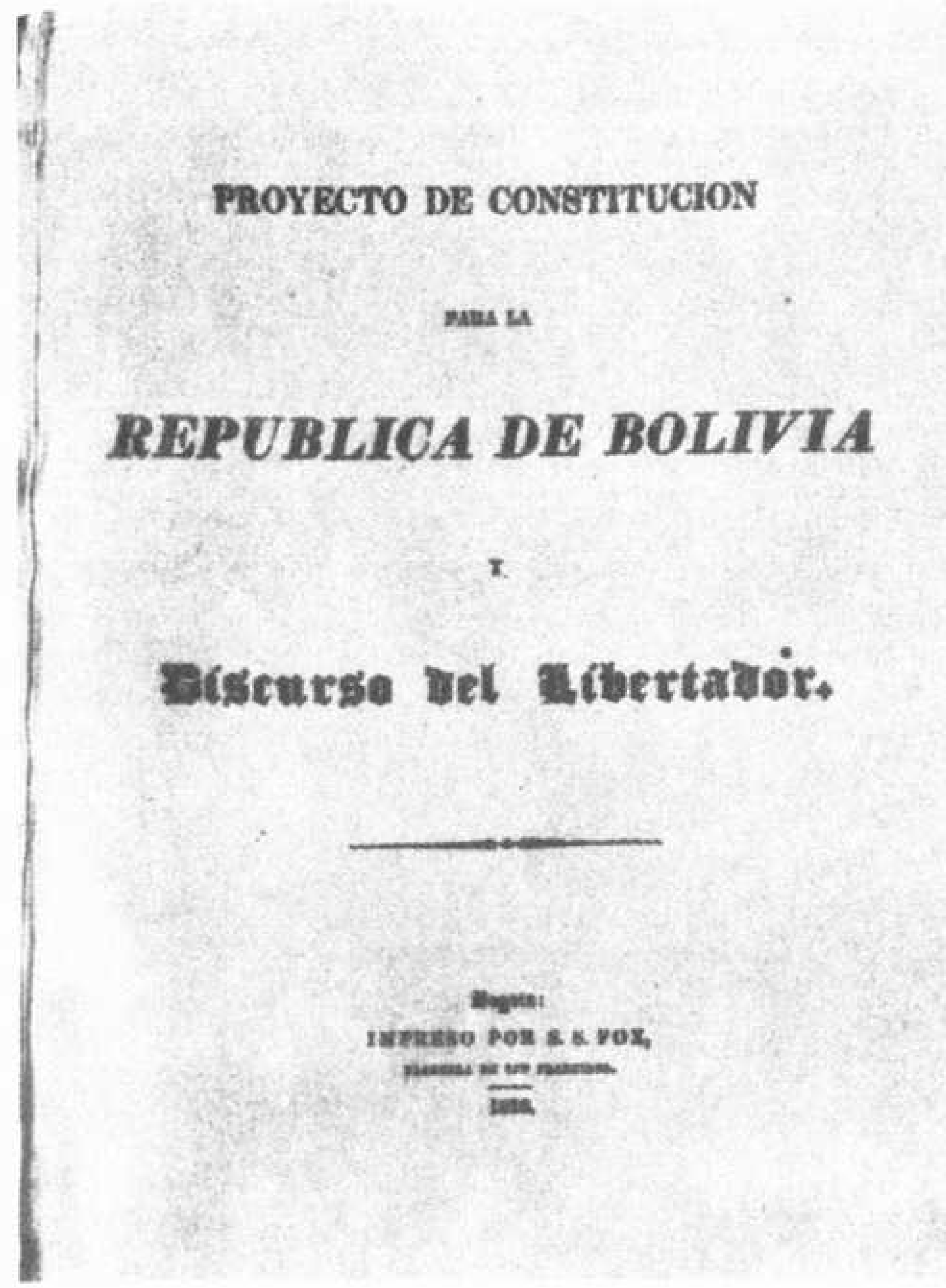
Pero no todo son triunfos. Los años que van a seguir le van a acosar con inexorable saña. La unidad, que parecía consolidarse en la hora de Ayacucho, se resquebraja y desmorona. Aumentan los partidos y banderías. Resucitan viejos rencores. La guerra civil, la guerra entre los vencedores de España, amenaza con seguir desangrando las tierras de América. La propia vida del Libertador se ve amenazada. El Alto Perú se desgaja como República Bolívar, que luego cambiará por Bolivia, y entrega su dirección a Sucre.

Entonces es cuando Bolívar imagina un gran plan político,


(1825.) 160

La Plata 26 de Novbre

Mi amor: Sabes que me ha dado mucho
gusto tu hermosa carta? Es muy bonita
la que me ha entregado Salazar. El
estilo de ella tiene un mérito capaz de
hacerte adorar pr tu espíritu admirable.
Lo q. me dices de tu marido es doloroso
y gracioso ala vez. Deseo verte libre
pero inocente juntamente; porq. no puedo
soportar la idea de ser el robador de
un corazón q. fue virtuoso, y no lo es por
mi culpa. No se como hacer pa conciliar
mi dicha y la tuya, con tu deber y el
mío: No se cortar este nudo q. Alejandro
con su espada no haría mas q. intrincar
mas y mas: pues no se trata de espada ni
de fuerza, sino de amor puro y de amor
culpable: de deber y de falta: de mi
amor, en fin, con Manuela la bella.


PROYECTO DE CONSTITUCION

PARA LA

REPUBLICA DE BOLIVIA

Y

Discurso del Libertador.

Bogotá:
IMPRESO POR S. S. FOX,



Portada del proyecto de la Constitución bolivariana.

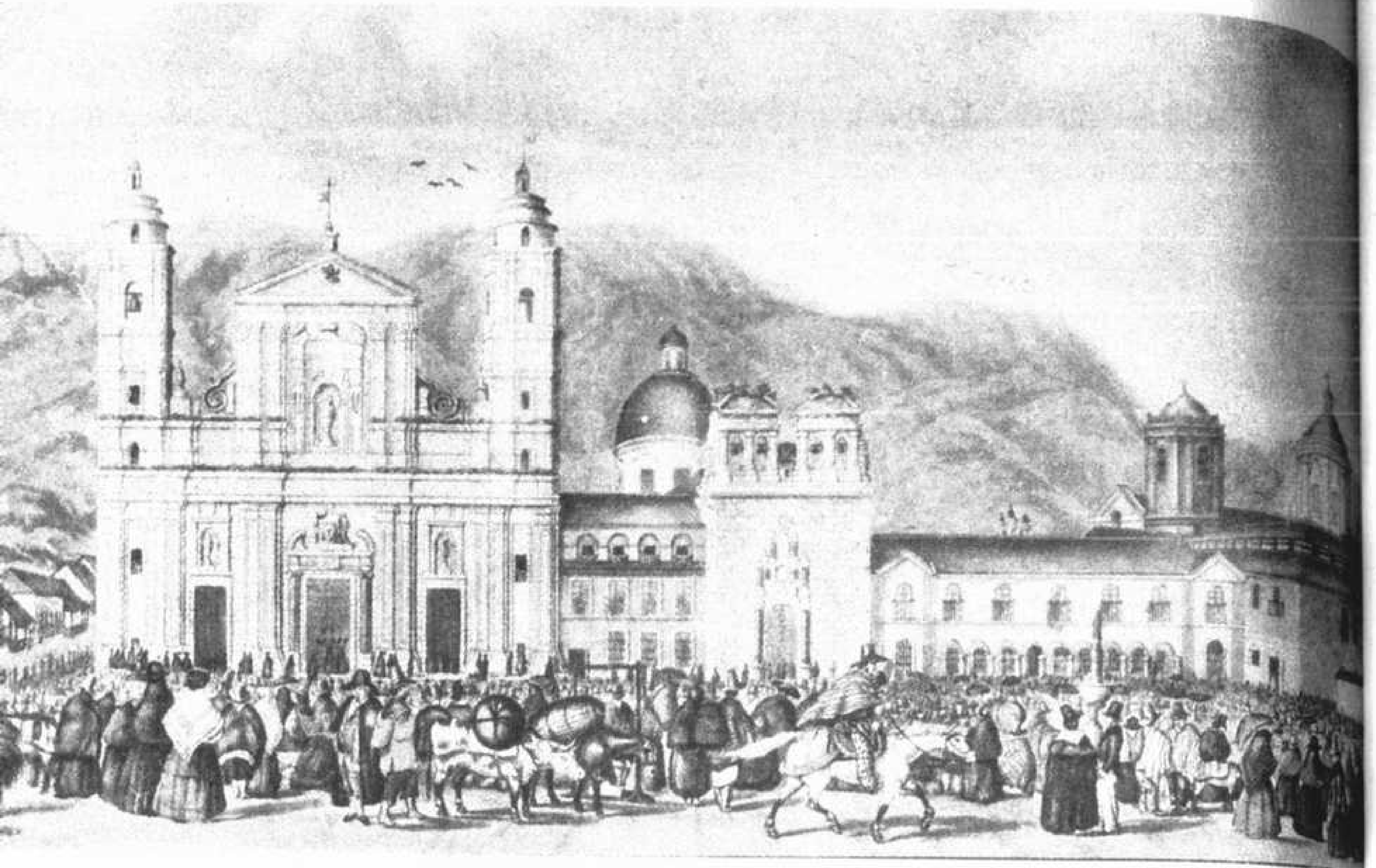


Medallas fundidas por la ciudad de Cuzco y el departamento de Chuquisaca en reconocimiento al Libertador.

◀ *Fragmento de una carta dirigida por Bolívar a Manuela Sáenz, fechada en La Plata el 26 de noviembre de 1825.*

tan audaz y arrojado como lo fuera alguna de sus campañas: la formación de una federación de Estados americanos que una bajo una misma dirección a la gran confederación que ya rige, y a la que se unirán México, Chile y Argentina.

Espera que el Congreso reunido en Panamá proporcione la



Santa Fe de Bogotá.

ansiada unión, y llega a soñar que ni un solo país hispanoamericano faltará a la cita. En 1824 hizo la convocatoria, y del 22 de junio al 15 de julio de 1826 tuvo lugar aquella reunión internacional, de la que no salió nada positivo.

Pero mientras tanto, durante estos años 1826 y 1827, se conspira en Lima contra Bolívar y los colombianos, se sublevan fuerzas de la división colombiana situada en Cochabamba, y en Venezuela alienta una guerra civil. Bolívar ha de acudir a Bogotá y luego a Caracas; trata de gobernar y de contener las diferencias con sus antiguos compañeros de armas, que no vacilan en desobedecerle o conspirar contra él. Hay que ir pensando en la amargura que le producen algunos de estos hechos, hasta presentar su renuncia ante el Congreso de Colombia. No se le admite, y el 6 de junio, en Bogotá, presta juramento y vuelve a Cartagena, para retornar a Bogotá.

Se alternan los recibimientos entusiastas con los proyectos secesionistas. Las sordas maquinaciones, que ya se traducen en encuentros armados y que han dividido al país colombiano en *liberales* y *godos* o *serviles* —¡y éste es el partido de los que se agrupan en torno al Libertador!—, van a condensarse y cristalizar en un episodio personal, síntoma y ejemplo de que nada más lejano de los días gloriosos de Ayacucho que aquella conjura, también con colores dignos de la antigüedad.

La libertadora del Libertador

Es el 25 de septiembre de 1828. Bolívar piensa en las medidas que le permitan salvar al país, al que ve sumido en una malla de discordias internas. Decide afianzarse en las clases conservadoras con una serie de decretos y ganar la confianza de sus veteranos compañeros con una reforma constitucional. A estos días corresponde el retrato de Bolívar realizado por el pintor José María Espinosa.

Aquella noche, los conjurados, dispuestos a acabar con la dictadura de Bolívar e instaurar un gobierno democrático con Santander a la cabeza, se dirigieron al palacio del Gobierno armados con puñales y pistolas. Los seguía una tropilla de veinticinco soldados. Uno de ellos, arrojándose contra el primer centinela, le hirió mortalmente y permitió la entrada en el zaguán. Allí cayó el cabo de guardia, después de tratar de contenerlos. El resto de la guardia se rindió. Ya era suyo el palacio. Subieron la escalera y sorprendieron al centinela que hacía guardia en el corredor alto, quien no había advertido su entrada. Ya nada podía detenerlos. Saltaban las cerraduras de las puertas. Un teniente, a medio vestir, salió a ver qué ocurría. Un sablazo le hirió en un brazo. Al oír su voz descubrieron que no era Bolívar y siguieron adelante. Rota la sorpresa, prorrumpieron en vivas a la libertad. Se hallaban ante la puerta del dormitorio cuando se abrió ésta y apareció ante sus ojos lo que uno de ellos definió como «una hermosa señora con una espada en la mano».

Cortesía y romanticismo. Un breve diálogo, suficiente para que el Libertador saltara por la ventana en el momento en que ya se abría la puerta. Dudas sobre si el hombre buscado ha escapado o no. Registro de la casa.

Mientras tanto, Bolívar, que dudó si hacer frente o no a los conjurados —y tuvo que retrasar dos o tres veces el saltar a la calle porque pasaba alguien por ella—, se había ocultado bajo el Puente del Carmen del río San Agustín. A pesar de sus precauciones, un hombre le vio. Afortunadamente era su repostero, y pudo enviarle a los cuarteles para que procurase informarle de cuál era la situación. Cuando tuvo noticias, se dirigió al Cuartel de Vargas.

Le había salvado aquella mujer, Manuela Sáenz, a la que, con humor, llamaría después «libertadora del Libertador».

Por la vida de Bolívar cruzan varias —casi se puede decir muchas— figuras de mujer. Lo hacen con rapidez; a veces no son para nosotros más que la anécdota recogida por un contem-



Retrato de Manuelita Sáenz, mujer que dejó una profunda huella en Bolívar. Museo de Sucre, Quito.

poráneo o la estampa legendaria que puede no ser cierta. Todas ellas tras la primera, la muchacha conocida en Madrid, la novia convertida en esposa, la mujer que se piensa ha de ser la única y que la muerte le arrebata, fulminando el cuadro idílico de la pareja. Quizás este episodio explique todos los siguientes.

Al de Fanny, la damisela de los salones franceses del Imperio, siguen otros nombres: Josefina Machado, que vivió las terribles jornadas de la emigración caraqueña, y estuvo a su lado en la expedición de los Cayos y reembarcó junto a él en el *Indio libre*, que le salvó la vida en Ocumare; la melindrosa y bella Bernardina Ibáñez, de los días triunfales de Bogotá; Luisa Crobert, que se quiere fuese la causa que le alejó de la hamaca donde acudió a buscarle el puñal del negro Pío; la *Gloriosa*, guayaquileña; Benedicta, flor de la eterna primavera arequipeña; doña Panchita... Aún podrían citarse otros muchos nombres más, pero sobre todo uno, dejado aparte por su importancia, el de su salvadora: Manuela Sáenz. Esposa de un inglés excéntrico, con el que no congeniaba y del que no tenía hijos, conoció al Libertador en sus días triunfales; abandonó su hogar de Quito en 1822 y le acompañó en las campañas peruanas y las amargas jornadas siguientes, hasta mayo de 1830, cuando se despidieron porque él pretendía exiliarse en Europa, en realidad porque la muerte los separaba.

9. Años de amargura

Fracasada la conjura, Bolívar continúa su marcha en lo que muchos de sus compañeros en la lucha por la independencia consideran un camino reaccionario, una instauración de aquello contra lo que habían luchado. Colombia y Perú combatían ya en el campo de batalla. Los esfuerzos de las campañas habían quebrantado la constitución física del Libertador. No se puede calibrar el daño que los sufrimientos morales posteriores a Ayacucho causaron en su equilibrio físico. A la mañana siguiente de su salvación de la conjura sabemos que mostraba «un semblante pálido y melancólico» y le afectaba «una tos seca pulmonar». A partir de entonces, se advierte el rápido declinar de su salud. En Quito y Guayaquil ha de guardar cama más de una vez, al tiempo que la primera gran piedra de su construcción política se resquebraja irremisiblemente. En noviembre de 1829 se firma el Acta de Caracas, en la que Venezuela acuerda desconocer la autoridad de Bolívar y del Gobierno colombiano. Es la primera manifestación de una pronta secesión, que trazará una frontera entre Venezuela y Colombia.



Retrato de Bolívar en 1830, por José María Espinosa.

Dos retratos de Bolívar, realizados por Antonio Maucci (1830). ▶

Se prepara el llamado «Congreso Admirable», para 1830. Bolívar llega a presidirlo el 15 de enero. Recibimiento grandioso. Reunión de los «grandes» de la emancipación. Sin embargo, Bolívar ya no es el que era. Lo escribe él mismo:

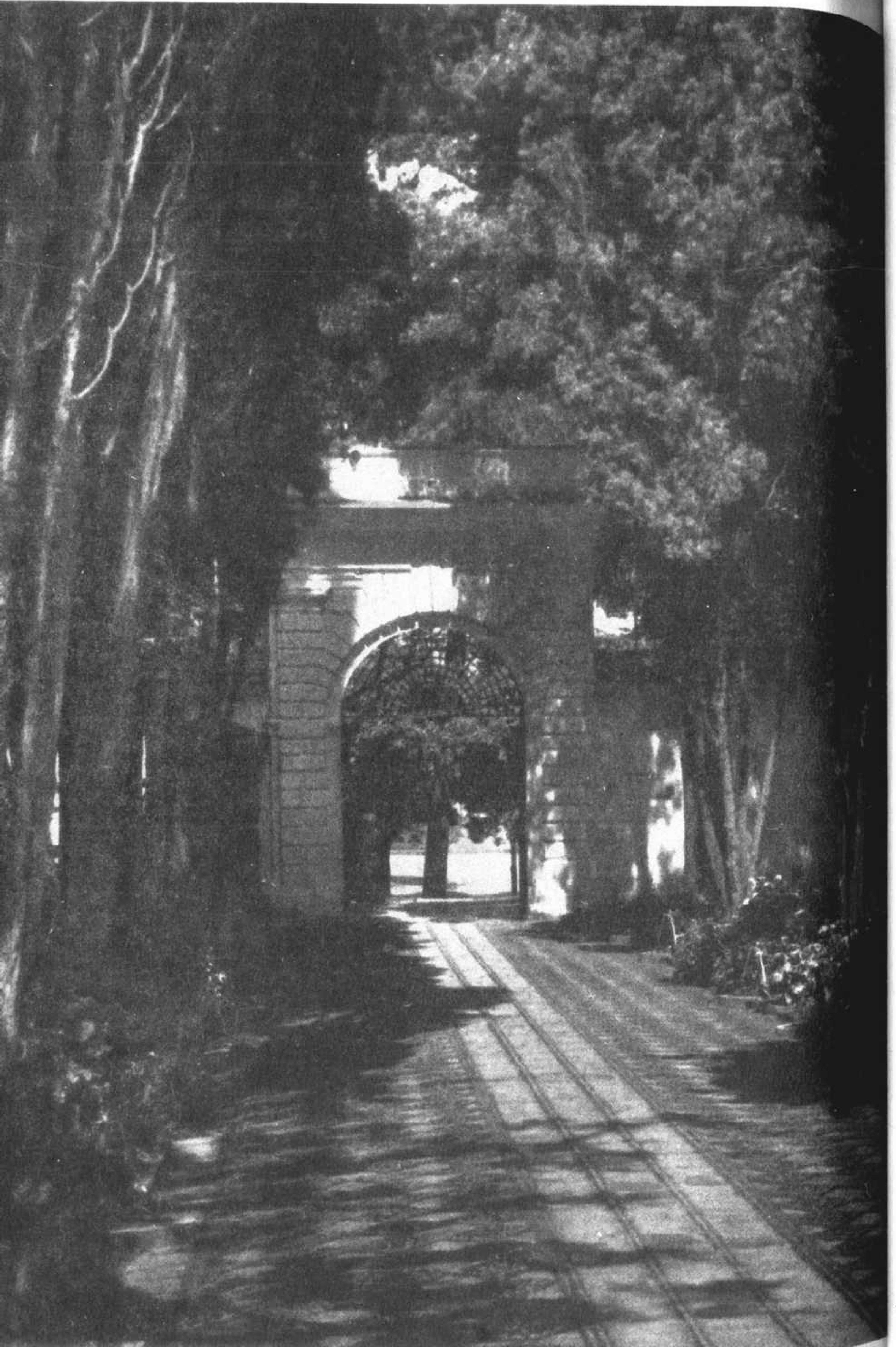
«No es creíble el estado en que estoy, según lo que he sido en toda mi vida; y bien sea que mi robustez espiritual ha sufrido mucha decadencia, o que mi constitución se ha arruinado en gran manera, lo que no deja duda es que me siento sin fuerzas para nada y que nigún estímulo puede reanimarlas.»

Pocos días después, el Congreso recibe su renuncia a la presidencia desde la Quinta de Fucha, cerca de Bogotá, donde se encuentra retirado para reponer su salud.

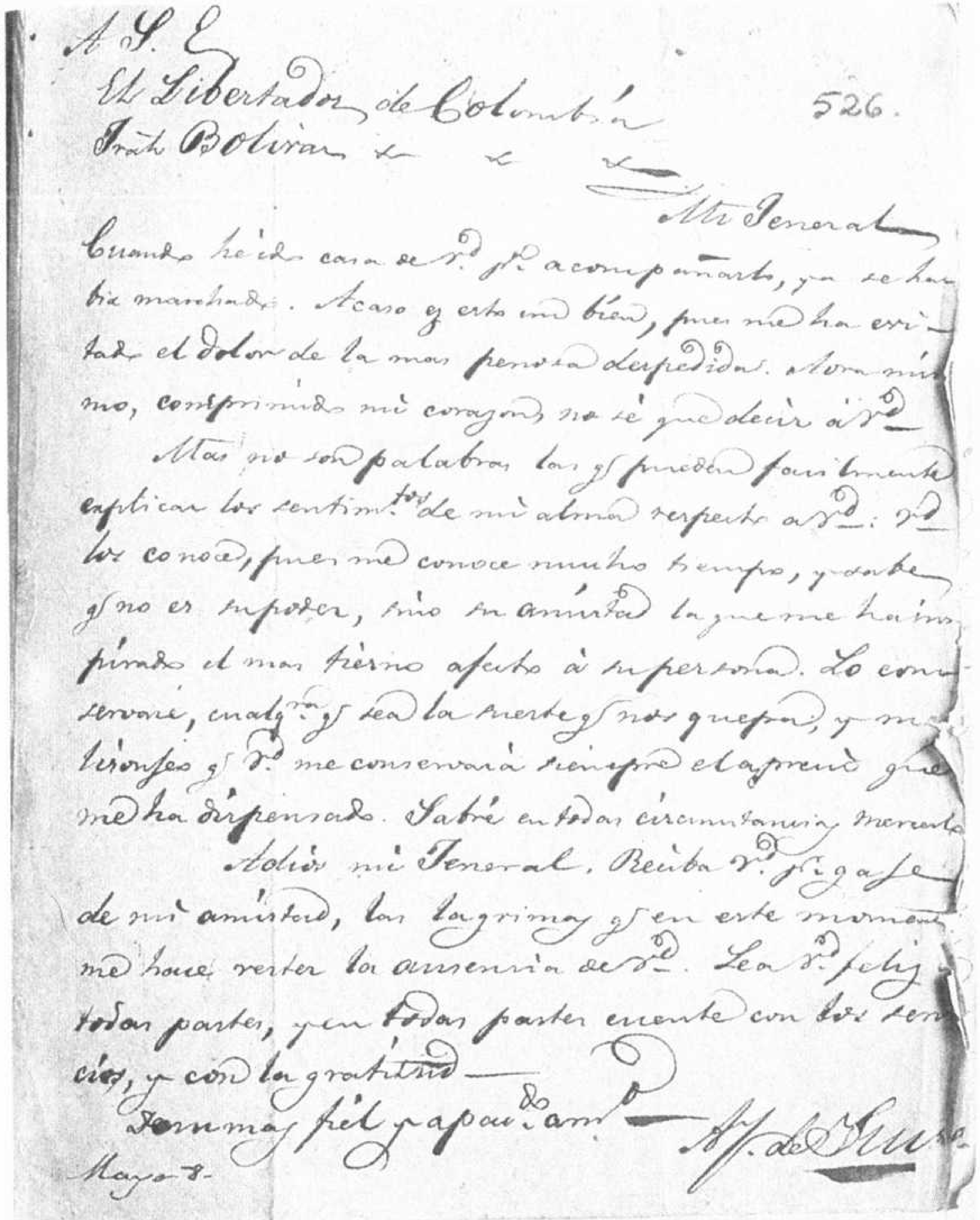
Un testigo nos lo pinta con andar lento y fatigoso, habla apagada, respiración anhelosa y mirada lánguida. La Quinta de Bolívar, como hoy se llama a aquel lugar, estaba demasiado cerca del centro político de Colombia. Sus partidarios del Congreso le reclaman. Aún podría volver a la lucha, pero ya no quiere. Desde allí se entera de que Venezuela le acusa de ser el origen de todos sus males, y dirige su mensaje al Congreso reiterando sus «protestas repetidas de no aceptar otra vez la magistratura del Estado».







Casa del Libertador, Caracas.



A S. E.
El Libertador de Colombia
Jral. Bolivar &c. &c. &c.

Mi General

Cuando he ido casa de Vd. pª acompañarlo, ya se ha-
bia marchado. Acaso q. esto es un bien, pues me ha evi-
tado el dolor de la mas penosa despedida. Ahora mis-
mo, comprimido mi corazon, no sé que decir á Vd.
Mas no son palabras las q. pueden facilmente
esplicar los sentimtos. de mi alma respecto a Vd.: Vd.
los conoce, pues me conoce mucho tiempo, y sabe
q. no es su poder, sino su amistad la que me ha ins-
pirado el mas tierno afecto á su persona. Lo con-
servaré, cualqª. q. sea la suerte q. nos quepa, y me
lisonjeo q. Vd. me conservará siempre el aprecio que
me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.
Adios mi General. Reciba Vd. por gaje
de mi amistad, las lagrimas q. en este momen-
me hace verter la ausencia de Vd. Sea Vd. feliz en
todas partes, y en todas partes cuente con los servi-
cios, y con la gratitud —
de su mas fiel y apasdo. amº.
A. J. de Sucre
Mayo 8.

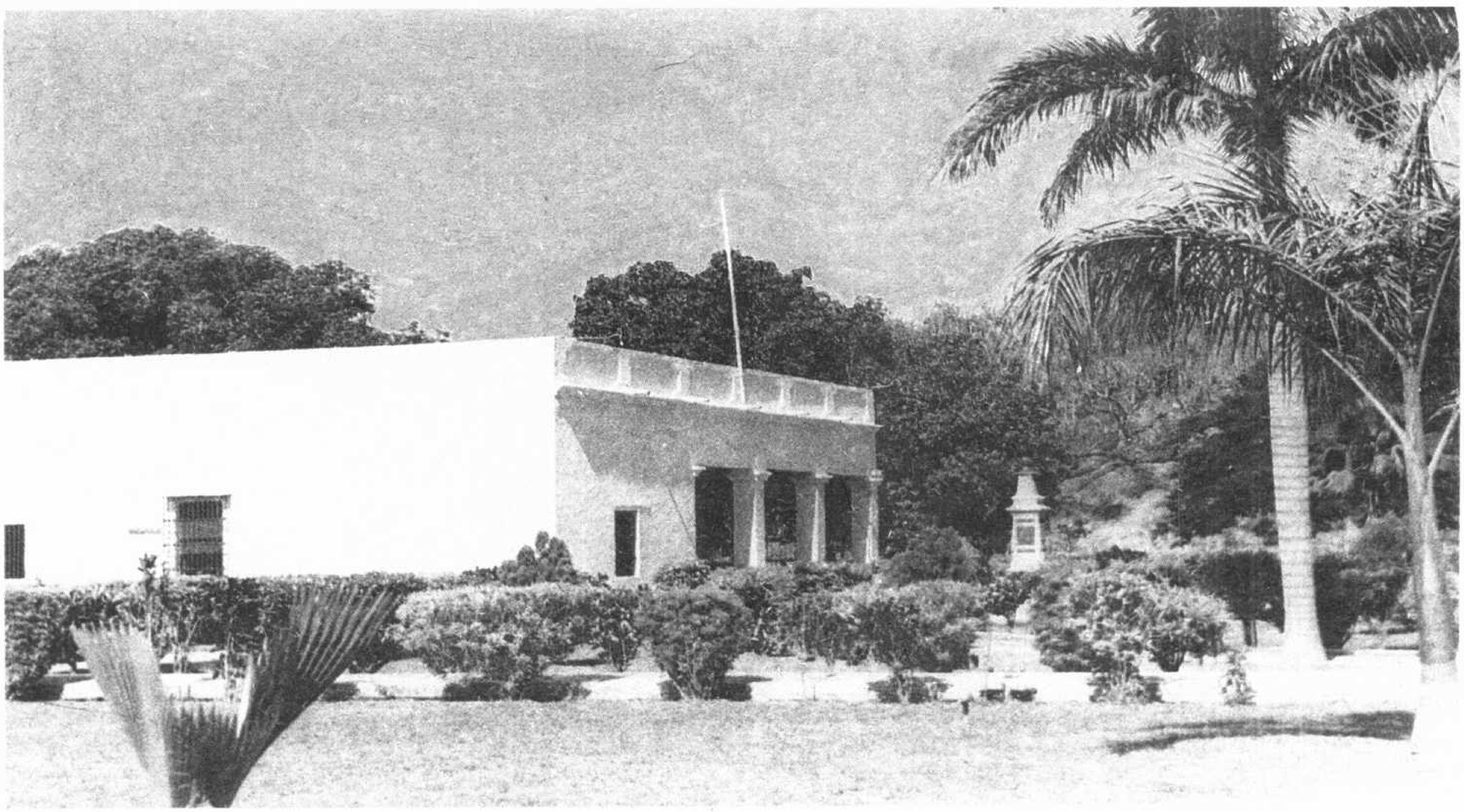
526.

Ultima carta enviada por Sucre a Bolívar, probablemente del 8 de mayo de 1830. Casa Natal del Libertador, Caracas.

◀ Callejón de entrada a la quinta de Bolívar en Bogotá.



Asesinato de Sucre en Berruecos.



Quinta San Pedro Alejandrino en Santa Marta (Colombia), donde murió Simón Bolívar.



Retrato de Simón Bolívar, poco antes de su muerte, por Arturo Michelena. Casa Natal del Libertador, Caracas.

Medallón con el busto de Bolívar y una frase de su última proclama.



El Libertador abandona el país que había liberado. Piensa en Europa. No posee medios económicos para una vida acomodada; nunca ha pensado en el porvenir, en ese porvenir. Se dirige a Cartagena. Todavía hay un pronunciamiento en Bogotá pidiéndole que se encargue del Gobierno, pero la amargura o la fatiga le impiden aceptar. Su fortaleza física decae a ojos vistas, al mismo ritmo que la gran Colombia se desintegra: Quito y Guayaquil se han separado, Venezuela se niega a ningún pacto «hasta que Bolívar haya evacuado el territorio de Colombia».

No le es fácil hacerlo. Se halla en Turbaco, lugar próximo a Cartagena, muy postrado y sin ánimos para embarcar. El 24 de junio pudo gozar de la última de las alegrías que le ofrecieron sus compatriotas. Entró en la ciudad para embarcarse en un paquebote inglés. Colgaduras en balcones y ventanas, tropas formadas presentándole armas. Su embarco logró impedirse gracias a una avería y a que le convencieron de que la fragata *Shanon*, que estaba a punto de llegar, era más cómoda y adecuada.

Llega la fragata. Su oficialidad le presenta sus respetos y le expresa la conveniencia de hacer un recorrido por la costa antes de poner proa a Jamaica. Bolívar decide esperar su regreso. En una parroquia del Pie de la Popa, fuera de los muros de la ciudad, le llega la noticia del asesinato de Sucre. Fue como un golpe final. Pasó la noche paseando, inquieto, por el patio de su casa. Apenas si estuvo unas horas acostado. Un fuerte resfriado y una fiebre que ya no había de cesar le acompañaron desde aquella madrugada.

La fragata tarda. Bolívar no guarda el reposo que necesita. Va a Barranquilla; luego, a Santa Marta. Aquí le instalan los amigos en la finca del español Joaquín de Mier, llamada San Pedro Alejandrino. Bolívar observa con curiosidad la casa, escudriña los libros que le han preparado en un estante. Quiere disimular el efecto que le produce la atención de su voluntario huésped.

—¡Hombre!... Señor Mier, usted ha tirado dinero comprando estos libros... Apenas se puede leer éste... —y con la mano le señala el *Quijote*.

El doctor Reverend, que ha de cuidarle hasta el final, celebra consulta con el doctor MacNeight, que le ha venido acompañando. «Catarro pulmonar crónico» es el diagnóstico en la terminología de la época, que encubre lo que el mismo doctor expresa después ante una pregunta: «Tisis pulmonar llegada a su último grado.»

Julio de 1830. Las calles de París se inflaman otra vez con el ardor de la revolución. Un ejército improvisado ataca el abso-

Museo Bolivariano, Caracas.



Oleo de Herrera Toro, en el que aparece Bolívar dictando su última proclama a los venezolanos.

lutismo de Carlos X, que en sólo tres días se derrumba. Españoles e hispanoamericanos están en la vanguardia de los revolucionarios. Espronceda, en el Puente de las Artes, ve caer a su lado, con un balazo en la pierna, a su amigo Balbino Cortés. Andrés Borrego es de los diez primeros que asaltan, fusil en mano, el Ayuntamiento. Se entonan himnos revolucionarios. Uno de ellos dice:

Le feu sacré des républiques
jaillit autour de Bolivar.
Les rochers des deux Amériques
des peuples sont les boulevards.

Pero a Bolívar no le llegan los ecos de aquellas canciones. Sumido en un letargo, la fiebre le hace agitarse y pronunciar frases entrecortadas:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!... Esta gente no nos quiere en esta tierra. ¡Vámonos, muchachos! Lleven mi equipaje a bordo de la fragata.

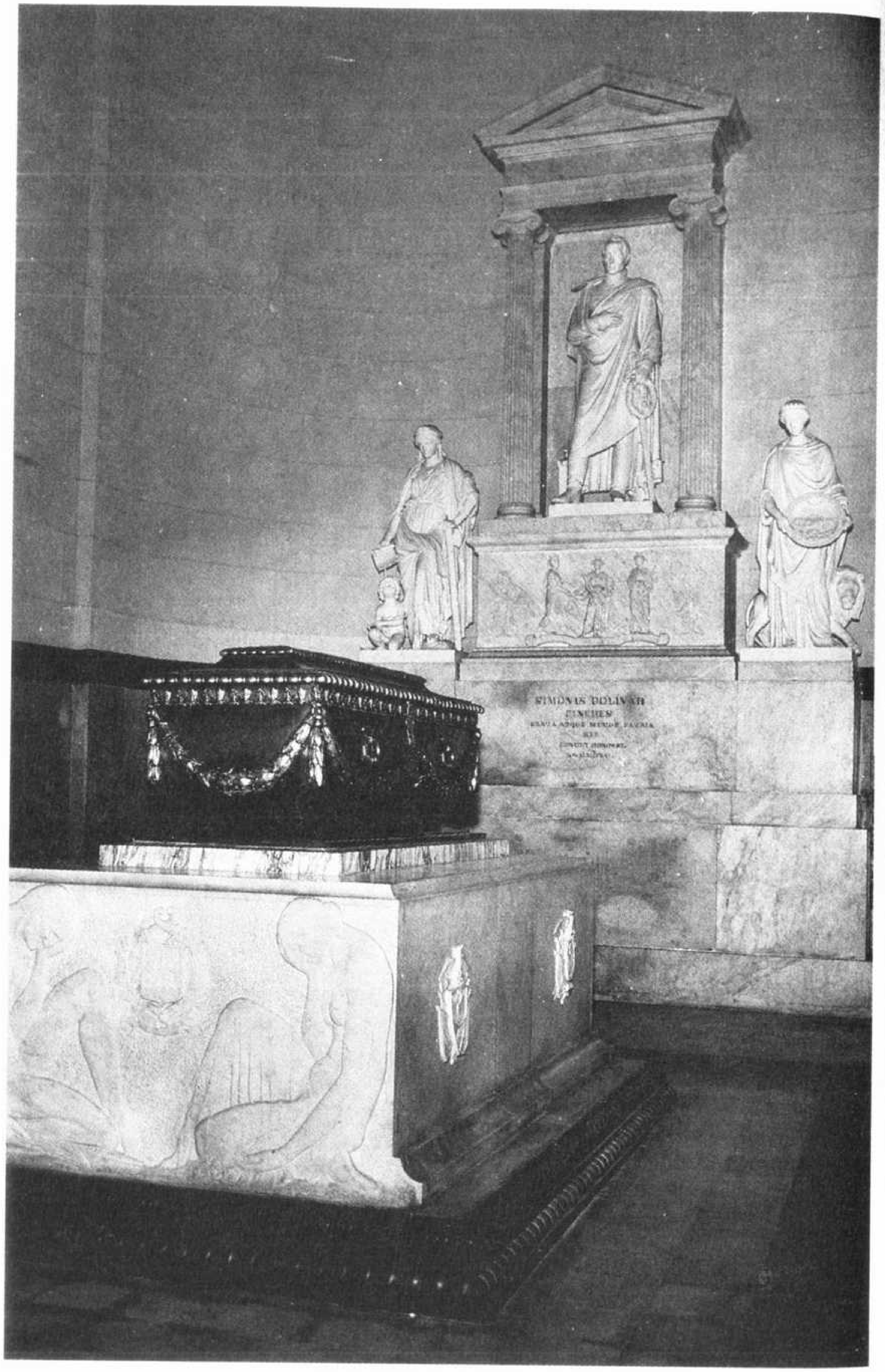
El 10 de diciembre, el obispo de Santa Marta fue a visitarle. Fueron sus últimas jornadas. Recibió la extremaunción. Hizo testamento, y todavía dictó una proclama, con un mensaje de unidad:

«Si mi muerte contribuye para que cesen
los partidos y se consolide la Unión,
yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

El 17 de diciembre, el doctor Reverend, sentado a la cabecera de la cama, observa la detención progresiva del pulso, la respiración suavemente estertorosa. Sale entonces a la habitación inmediata y anuncia:

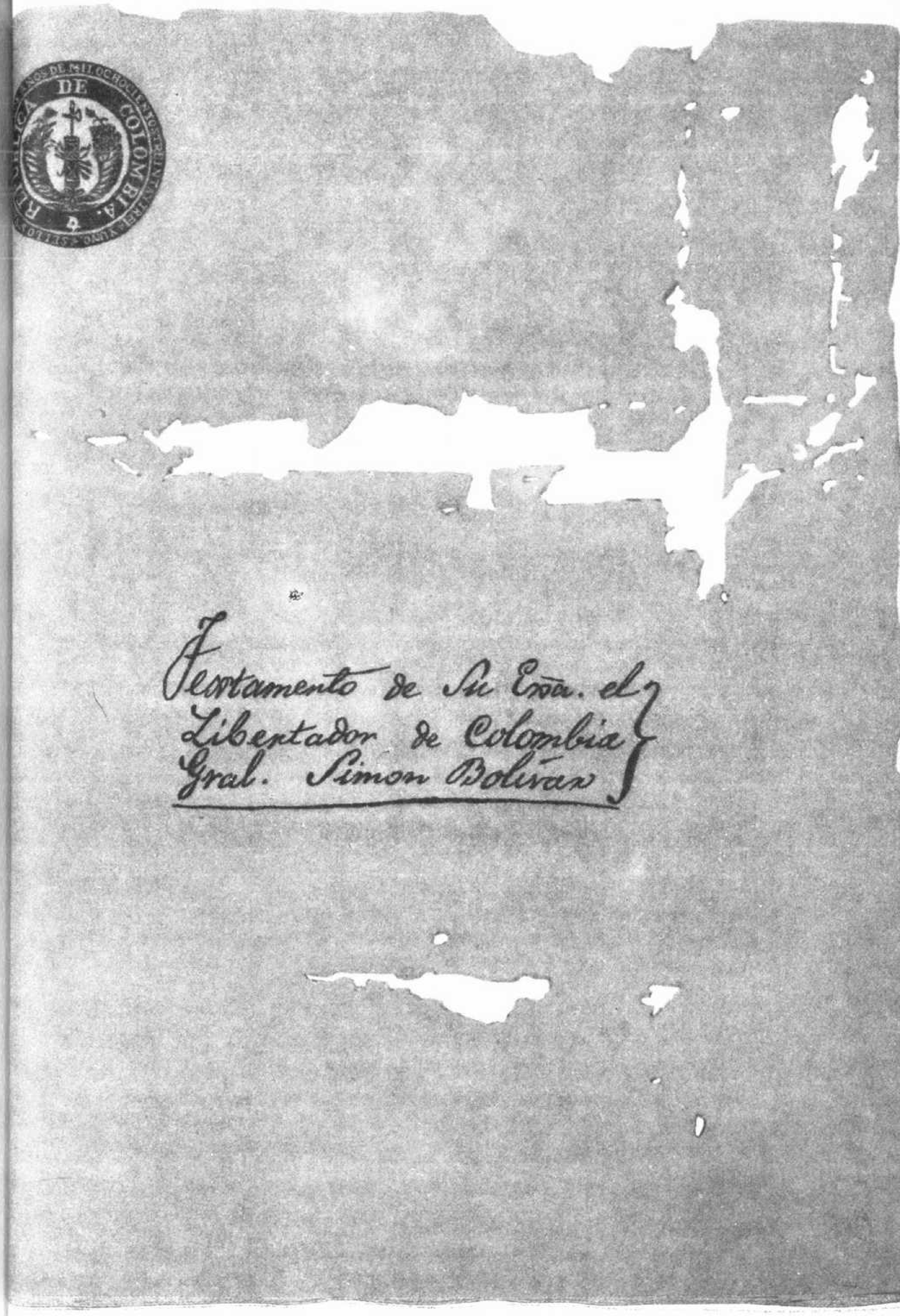
—Señores, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo.

Edecanes, generales, adictos hasta el último minuto, componen el gran cuadro de historia, que nadie está allí para fijar. Era la una y siete minutos de la tarde. Desaparecía el hombre que recogió sobre sí el momento glorioso de la emancipación sudamericana.



Sepulcro de Simón Bolívar en el Panteón Nacional de Caracas.

Testamento de Simón Bolívar. ▶



Testamento de Su Exa. el Libertador de Colombia Gral. Simon Bolivar

Cronología

1783 Simón Bolívar, cuarto hijo de Juan Vicente Bolívar y María Concepción Palacios, nace en Caracas, el día 24 de julio, en una casa señorial conservada hoy y denominada Casa Natal del Libertador.

1786 El 19 de enero muere su padre dejando una gran fortuna a su viuda y a los cuatro huérfanos.

1792 Fallece la madre, el día 6 de julio.

1798 El 4 de julio firma el rey de España el nombramiento de Bolívar como subteniente de la Sexta Compañía del Batallón de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua.

1799 El 19 de enero se le envía a la corte, tomando pasaje rumbo a España en el navío *San Ildefonso*, que parte de La Guaira en dirección a Veracruz. En junio llega a Madrid, después de mes y medio de forzosa detención en tierras mexicanas.

1802 Contrae matrimonio, el 26 de mayo, con María Teresa Rodríguez del Toro, en Madrid, en la capilla del palacio del duque de Frías, posteriormente transferida a la actual parroquia de San José. De vuelta a Caracas, se establecen allí en agosto, ocupando la llamada Casa de la Esquina de las Gradillas.

1803 María Teresa muere víctima de la fiebre amarilla, el 22 de enero. Es enterrada en la capilla de la Santísima Trinidad, en la catedral de Caracas. El 23 de octubre Bolívar embarca de nuevo para España y llega a Cádiz a fines de diciembre.

1804 En abril se dirige a París, donde llega a principios de mayo. Se encuentra allí cuando la ciudad presencia la proclamación de Napoleón en Saint-Cloud.

1805 El 6 de abril inicia un viaje a Italia en unión de sus amigos Simón Rodríguez y Fernando Toro. El 26 de mayo presencia la coronación de Napoleón en Milán y el gran desfile militar que tuvo lugar en Monte Chiaro, cerca de Castiglione. De allí pasa a Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia, Perusa y finalmente Roma, donde, hallándose en el Monte Sacro, jura ante sus amigos no dar descanso a su vida hasta no lograr la independencia de su país natal. El juramento de Monte Sacro tuvo lugar el 15 de agosto.

1807 Después de pasar en París la mayor parte del año anterior, se embarca para

Charleston, donde desembarca el 1 de enero. Visita Washington, Filadelfia, Nueva York y Boston, desde donde sale hacia La Guaira.

1810 Iniciado el movimiento del 19 de abril, es nombrado coronel de los reales ejércitos por la Junta de Gobierno, y se le envía comisionado a Londres, en unión de Andrés Bello y Luis López Méndez.

1811 Se reúne el Congreso de las Provincias de Venezuela. Bolívar pronuncia importantes discursos. El 5 de julio decreta el Congreso la independencia del país. Comienza la guerra contra la resistencia realista. Bolívar manda el batallón de Aragua y asiste a la toma de Valencia.

1812 Se encuentra en Caracas el 26 de marzo, día del terrible terremoto que destruye parte de la ciudad. El 4 de mayo se hace cargo del mando militar y político de Puerto Cabello. Sublevada la guarnición del castillo con apoyo de la población, ha de abandonar Puerto Cabello el 6 de julio. Miranda capitula el 24 de julio. Bolívar logra abandonar La Guaira, rumbo a Caracas, el 27 de agosto. A fines de octubre se halla en Cartagena, donde se dirige al Gobierno-Congreso de Nueva Granada, que le nombra comandante de Barranca, donde inicia una triunfal campaña.

1813 El 14 de mayo inicia en Cúcuta su marcha hacia Venezuela que se conoce por «campaña admirable». El 23 de marzo entra en Mérida, donde se le aclama como Libertador. El 15 de julio firma el «Decreto de Guerra a Muerte». El 7 de agosto entra triunfal en Caracas. El 14 de octubre, la municipalidad de Caracas le nombra capitán general de los ejércitos de Venezuela, con el sobrenombre de Libertador. El 5 de diciembre gana la batalla de Araure.

1814 Reacción española acaudillada por Boves. El 7 de julio se inicia la retirada a oriente de la población de Caracas, protegida por Bolívar. El 25 de agosto embarca en Cumaná rumbo a Carúpano; de allí, a Cartagena, donde el 20 de septiembre se dirige al Congreso de Nueva Granada, al que ofrece una explicación de los sucesos. El 27 de noviembre se le asciende a general de división, con el encargo de someter al Estado de Cundinamarca a la Unión granadina, tarea a la que da fin victoriosamente dentro del año.

1815 El 23 de enero, nombrado capitán general de la Confederación de la Nueva Granada, se despide de los bogotanos al emprender la liberación de Venezuela. Ya en Cartagena, la hostilidad de las autoridades le hace resignar el mando. El 9 de mayo, embarcado en el bergantín inglés *La Descubierta*, se dirige a Jamaica, instalándose en Kingston. El 10 de diciembre es objeto de un atentado, del que escapa milagrosamente. A fin de año se traslada a Puerto Príncipe.

1816 Se prepara una expedición, que sale de los Campos de San Luis, rumbo a Margarita, el 21 de marzo. El 2 de mayo tiene lugar un combate naval frente a la isla de los Frailes. Toma de Carúpano el 1 de junio. Decreta al día siguiente la libertad de los esclavos. El 6 de julio pone su expedición en tierra, en Ocumare de la Costa. El 15 se ve obligado a reembarcar, refugiándose de nuevo en Haití. El 21 de diciembre se pone en marcha una «Segunda Expedición de los Cayos».

1817 El 1 de enero Bolívar desembarca en Barcelona, donde llama a cuantos se mantenían en lucha con el Gobierno español. El 25 de marzo se traslada a Guayana, dispuesto a luchar en la región de Orinoco. Instala el 8 de mayo el Congreso de Cariaco. El 8 de julio logra dejar abierta para sus armas la navegación del Orinoco. Nueve días después se rinde Angostura.

1818 El general Páez, comandante general del Apure, se entrevista con Bolívar el 30 de enero, poniéndose a sus órdenes. Campañas contra Morillo. El 17 de abril la acción de un grupo español en la «Sorpresa del Rincón de los Toros» está a punto de acabar con Bolívar.

1819 El 23 de mayo pone en marcha su plan de invasión del Nuevo Reino de Granada, y el 10 de agosto, tras cruzar las sabanas inundadas y las desiertas altiplanicies, derrota al ejército español en Boyacá (7 de agosto) y libera la capital, Bogotá (10 de agosto). Vuelve a Angostura, donde se le acoge triunfalmente. El Congreso aprueba su propuesta de creación de la República de Colombia.

1820 Prepara una nueva campaña de Venezuela. El 27 de noviembre se entrevistan Simón Bolívar y Pablo Morillo en Santa Ana. Pasaron un día juntos y decidieron elevar un monumento, cuya primera piedra pusieron con sus manos. Ambos habían firmado el día anterior tratados de armisticio y regularización de la guerra.

1821 El 17 de abril se da parte oficial de la ruptura del armisticio. El 24 de junio el ejército de Bolívar ataca y destruye al ejército español en Carabobo. El 29 entra victorioso en Caracas. El 7 de septiembre le nombra el Congreso presidente de Colombia, y el 9 de octubre se le confieren amplias facultades para dirigir la guerra en todo el territorio. El 14 de noviembre se pone en marcha hacia Popayán para impulsar la guerra en el sur.

1822 La campaña del sur queda virtualmente concluida el 24 de mayo al vencer el general Sucre al ejército español en Pichincha. El 16 de junio hace su entrada Simón Bolívar en Quito, provincia que se incorpora a Colombia en medio de gran entusiasmo. El 27 de julio tiene lugar la famosa «Conferencia de Guayaquil», entre Bolívar y el general San Martín. El 13 de octubre es la fecha de una copia coetánea del texto de Simón Bolívar: *Mi delirio sobre el Chimborazo*.

1823 Bolívar sueña con la unión de las fuerzas de Chile y Buenos Aires en una «cooperación simultánea para destruir el ejército real en la América del Sur». Resultados de esta idea son el Tratado de Amistad y Alianza entre Colombia y Buenos Aires, de 8 de marzo, y el envío de divisiones colombianas a Perú. El 26 de abril llegan a Guayaquil los comisionados peruanos, que piden a Bolívar que tome la dirección de la guerra en Perú, donde llega el 1 de septiembre.

1824 Al comenzar el año, enfermo de fiebre, se retiró a Pativilca, donde lucha más de un mes contra la enfermedad. El 10 de febrero el Congreso de Perú le nombra dictador. El 6 de agosto, las fuerzas bolivarianas, mandadas por Sucre, ganan la batalla de Junín. El 5 de diciembre Bolívar libera Lima, y el 9 del mismo mes tiene lugar la batalla de Ayacucho, en que capitula ante Sucre el ejército español y de hecho concluye la dominación española.

1825 Jornadas de disfrute del triunfo y entrega a tareas de gobierno. El 11 de agosto, la Asamblea deliberante del Alto Perú acuerda dar su nombre a las

cuatro provincias altas de esta región. El día 18, Bolívar hace su entrada triunfal en La Paz.

1826 Del 22 de junio al 15 de julio celebra sus sesiones el Congreso de Panamá, promovido por Bolívar. El 23 de septiembre abandona Lima y se embarca rumbo a Guayaquil. De allí va a Bogotá, de donde sale para Venezuela el 25 de noviembre.

1827 El 12 de enero, visita triunfal a Caracas. Presenta renuncia de sus cargos ante el Congreso de Colombia el 6 de febrero, que es rechazada.

1828 El 28 de junio regresa a Bogotá. Recepción entusiasta. En la misma ciudad, el 25 de septiembre, se intenta asesinarle, salvándole la serenidad de Manuela Sáenz.

1829 Guerra entre Perú y Colombia. Bolívar se hace cargo de la campaña en marzo. El tratado de paz se firma el 22 de septiembre.

1830 El «Congreso Admirable» comienza sus tareas el 5 de enero. Bolívar regresa a Bogotá para asistir a sus sesiones, y presenta su renuncia a la presidencia el 27 de abril. Unos días más tarde, el 8 de mayo, parte hacia Cartagena. Del 2 al 5 de septiembre se pronuncian varias ciudades pidiéndole que se encargue del Gobierno. Su estado de salud es precario y le obliga a detener su viaje en Turbaco, cerca de Cartagena, el 2 de octubre. Se instala en la finca San Pedro Alejandrino, donde muere el 17 de diciembre.

Testimonios

José Antonio Páez

En aquellos días [noviembre de 1829] aparecieron pasquines en Caracas injuriosos a la persona del Libertador y con violentas alusiones a su gobierno y yo entonces expedí órdenes desde Valencia a las autoridades para que castigasen estos excesos, y dije a los habitantes que la libertad en que los decretos del gobierno los habían dejado para que pidieran lo que más conviniera a su dicha y prosperidad, no había podido autorizarlos para escribir ultrajes y amenazas contra el primer magistrado, que era al mismo tiempo el héroe más insigne de esta parte del Nuevo Mundo, y a quien debían inmensos servicios; que tales demasías sólo podían ser obra de algunos exaltados que en un momento de delirio habían escrito lo que ni sus corazones ni los del resto de los venezolanos deseaban; que de cualquier modo siempre era sensible y deshonrosa para el país una conducta semejante; y que, en fin, estando libre el uso de la prensa y en ejercicio el derecho de petición, ninguna razón había para ocurrir a medios de aquella clase.
(*Autobiografía*)

José Martí

Hombre fue aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde... ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía.
(*Simón Bolívar*)

Miguel de Unamuno

Todo esto es profundamente quijotesco, pero hay algo más que acerca a Bolívar a don Quijote, otro de los tres insignes majaderos de la Historia. Cuantos hayan leído el *Quijote* recordarán aquel melancólico capítulo LVIII de la segunda parte, en que el Caballero encontró unas imágenes de relieve y entalladura para el retablo de una

aldea y las reflexiones de triste desesperanza que ellas le sugieren. En mi ya mencionada *Vida* las he comentado largamente. Aquello fue como el Huerto de los Olivos de Jesús, el otro de los tres insignes, según Bolívar. Y ¿no están llenos los últimos años del Libertador de tristes reflexiones en que el héroe parece repetir con don Quijote: «No sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos»? En aquellos tristes momentos, en aquellas horas de arado en el mar, desconfiaba de los destinos de las naciones que con su espada y su fe separó de España.

Pero hay una frase profunda, profundísima, tal vez la más profunda que he leído a Bolívar –con frecuencia hay en sus frases célebres más retórica a la española que no otra cosa–, hay una frase que nos hace penetrar hasta el hondo del alma del héroe. Es cuando en 1824 escribía al marqués de Toro: «Entiende usted, mi querido marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía, y que soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio. Esto lo digo para que usted no crea que mi estado es triste y mucho menos mi fortuna.» ¿No os dice nada esto del hombre triste en la prosperidad y triste por filosofía? ¿Llegaría Bolívar a sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terrible voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: «y todo, ¿para qué?»

(Don Quijote y Bolívar)

Emil Ludwig

Bolívar es y será un modelo. Como su mayor amor fue la gloria póstuma, el destino, al final, le dejó vislumbrar su luz. Poco antes de su muerte, su médico le leyó... la canción cantada en París durante el asalto al Ayuntamiento, en la revolución de julio. Allí se hallaba esta estrofa: «El fuego sagrado de las repúblicas / surge en torno a Bolívar. / Las rocas de las dos Américas / son el baluarte de los pueblos.» El Libertador comprendió que su espíritu se imponía a la ciudad en la que, dominado por el tedio, recibió un día el gran ejemplo. En este canto oyó el moribundo resonar los dos bienes inmortales, objeto de toda la lucha de su vida: la libertad y la gloria.

(Bolívar)

Miguel Angel Asturias

Bolívar es la lucha que no acaba.
Prueba la miel de un trozo de colmena
para endulzar su labio y presto escupe.
No hay que probar dulzura que se forje
en cárcel o prisión, sea de cera,
que harto dura es la cera si con ella
la aurora de los libres se detiene...

Parpadeo de estrellas derretidas.
Escucha el resollar de sus soldados.
El fluido resoplón de los llaneros,
que más parece que en sus lanzas
llevaran las narices. Los andinos
del aliento mordido entre los dientes.

Y en esa muelle cama de resuellos,
como en resortes de profundo pueblo,
se duerme el Capitán.

(Bolívar)

Pablo Neruda

Cuando entró San Martín, algo nocturno
de camino impalpable, sombra, cuero,
entró en la sala.
Bolívar esperaba.
Bolívar olfateó lo que llegaba.
El era aéreo, rápido, metálico,
todo anticipación, ciencia de vuelo,
su contenido ser temblaba
allí, en el cuarto detenido
en la oscuridad de la historia...

Cuanto hablaron cayó de cuerpo a cuerpo
en el silencio, en el hondo intersticio.
No eran palabras, era la profunda
emanación de las tierras adversas,
de la piedra humana que toca
otro metal inaccesible.
Las palabras volvieron a su sitio...

Se abrió otra vez la puerta, otra vez toda
la noche americana, el ancho río
de muchos labios palpitó un segundo.

San Martín regresó de aquella noche
hacia las soledades, hacia el trigo.
Bolívar siguió solo.

(Canto general)

Arturo Uslar Pietri

Es el hombre que encarnó la lucha por la independencia, con una tenacidad increíble. Quince años de guerra, de lucha muy dura; alcanzar la independencia de lo que hoy son cinco naciones latinoamericanas. Y, de hecho, de toda la América Latina, porque fue la victoria final de Ayacucho la que selló el destino final de todas esas naciones. Bolívar era mucho más de lo que en el lenguaje de la época se conocía como un insurgente. Era un hombre con un pensamiento muy completo y muy rico. No era sólo un hombre de acción, sino un hombre de pensamiento, y escribía admirablemente. Las cartas de Bolívar están en una de las mejores prosas de la época. El nervio y el vigor que tiene su lenguaje son verdaderamente excepcionales. Bolívar pensaba que, en primer lugar, había que ganar la independencia. Pero no por la independencia misma. El pensaba que era el paso previo necesario. Hecho esto, dado este paso, que es por el que realmente se le recuerda, él lo que quería era integrar estos países. El no pensaba en una Venezuela independiente, haciendo lo que le diera la gana, ni en un Ecuador, ni en un Perú, etc. El pensaba que estos países, y no sólo los que él independizó, sino toda la América Latina, desde México a Argentina, debían integrarse en una forma de cooperación que permitiera tener en común todo lo que tenían.

(«Simón Bolívar al fondo», en *El País Semanal*, 24.7.1983)

Pierre Vilar

La iniciativa [del proceso de independencia venezolano] fue aristocrática y la dirección permaneció como tal, a pesar del carácter jacobino de la «Sociedad Patriótica» del joven Bolívar. Los «cabildos», incluso ampliados, eran una representación minoritaria...

Este primer fracaso desembocó en la invención de la «guerra a muerte», a la que Bolívar dio un sentido más matizado, pero fácil de entender: la guerra no es civil, la revolución no es política. Se trata de una *guerra contra el extranjero*, la distinción se basa en *grupos nacionales*: españoles y americanos.

Los hechos desmienten, en lo inmediato, esa distinción. Boves, un español, guerrillero de talento, arrastró a las masas de caballeros «llaneros» (mestizos «pardos») contra la aristocracia criolla de la Caracas insurgente... Su acción no llegó más allá de ser un movimiento de bandas masivas, populares, que no se sintieron vinculadas por la solidaridad venezolana. Para que la situación se clarificara fue necesario que los «llaneros» encontrasen jefes antiespañoles en sus propias filas.

(*Movimientos nacionales de independencia y clases populares en América Latina*)

John Lynch

En Latinoamérica se comprendían los objetivos básicos de la política británica. La independencia, el comercio libre y los principios políticos moderados eran característicos de la política británica que atraía a Bolívar; y aquella combinación de liberalismo y conservadurismo del Libertador y de otros libertadores era lo que impresionaba tanto a los observadores británicos de las ideas de Bolívar. Por entonces había pocas señales en América Latina de aquella reacción nacionalista contra la penetración británica que sentirían generaciones posteriores...

Había muy poco en el pensamiento de Bolívar de aquella reacción nacionalista ante la penetración extranjera sentida por las generaciones siguientes. Ante la falta de acumulación nacional, volvió la vista hacia el exterior y juzgó necesarios para las nuevas repúblicas el capital, los empresarios y los inmigrantes extranjeros. La participación británica en las economías de la postindependencia fue considerada esencial y beneficiosa para ambas partes. Según Bolívar, la alternativa era el aislamiento y el estancamiento.

(«Gran Bretaña, Bolívar y la independencia hispanoamericana», en *Revista de Occidente*, 30-31)

Eduardo Galeano

La criatura dijo sus primeras palabras. Fueron las últimas. De los invitados al bautismo, solamente cuatro llegaron a Panamá, y en vez de bautismo hubo extremaunción. El dolor, dolor de padre, encoge la cara de Bolívar. Las piedades y condolencias le suenan a hueco.

Doblan las campanas por la unidad de Hispanoamérica.

Bolívar había convocado a las nuevas patrias a unirse, bajo el amparo inglés, en una sola patria. No invitó a Estados Unidos ni a Haití «por ser extranjeros a nuestros arreglos americanos», pero quiso que el Reino Unido integrara la liga hispanoamericana, para defenderla del peligro de la reconquista española.

Ningún interés tiene Londres en la unidad de sus nuevos dominios. El congreso de Panamá no ha parido más que edificantes declaraciones, porque los viejos virreinatos han parido países atados al nuevo imperio de ultramar y divorciados entre sí. La economía colonial, minas y plantaciones, produciendo para afuera; ciudades que prefieren el bazar a la fábrica; no abre paso a una gran nación, sino a un gran archipiélago. Los países independientes se están desintegrando, mientras Bolívar sueña con la patria grande.

(«Ventana sobre Bolívar. El congreso de Panamá», en *El País Semanal*, 24.7.1983)

Bibliografía

BELAÚNDE, V. A.: *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana*. Madrid, Cultura Hispánica, 1959.

GUZMÁN NOGUERA, I.: *El pensamiento del Libertador*. Bogotá, Biblioteca de autores colombianos, 1953.

LUDWIG, E.: *Bolívar*. Barcelona, Juventud, 1983.

MADARIAGA, S. de: *Bolívar*. Madrid, Espasa-Calpe, 1979. 2 vols.

MASUR, G.: *Simón Bolívar*. México, Grijalbo, 1960.

MOSQUERA, T. C.: *Memoria sobre la vida de Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Bogotá, Impr. Nacional, 1954.

ORTEGA, E.: *Bolívar y la revolución sudamericana*. Buenos Aires, 1973.

PORRA TROCONI, G.: *Campañas bolivarianas de la libertad*. Caracas, Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1953.

SALLEDO-BASTARDO, J. L. : *Visión y revisión de Bolívar*. Caracas, Ministerio de Educación, 1960.

WORCERSTER, D. E.: *Bolívar*. Boston, Little, Brown and Company, 1977.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Victor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

BOLIVAR

Las promesas de libertad, igualdad y fraternidad que enarboló la Revolución Francesa fueron ideas que conquistaron rápidamente a Simón Bolívar. Movido por ellas, comenzó un proceso político y militar que culminaría con la independencia de cinco de las actuales Repúblicas sudamericanas y daría lugar a un cambio de rumbo de la historia de América.

Esta biografía de Jorge Campos, además de un acabado retrato de la figura política y humana de Bolívar, nos presenta un amplio y fiel panorama de las circunstancias, conspiraciones, luchas, rencillas e intrigas en que se desarrolló la agitada existencia del *Libertador*.

10021
9 788434 581456


BOLIVAR Jorge Campos

21

SALVAT

BOLIVAR

JORGE CAMPOS



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS